



7 -
M. R. P. Fr. Ambrosio Gardeil, O. P.

LOS DONES DEL ESPÍRITU SANTO

EN LOS

SANTOS DOMINICOS

ESTUDIO DE PSICOLOGÍA SOBRENATURAL

VERSIÓN ESPAÑOLA POR EL

P. Pr. Luis D. Urbano, O. P.

CON LAS DEBIDAS LICENCIAS

Bibl. Noviciado
Dominicano.



VERGARA

Imprenta de «EL SANTÍSIMO ROSARIO»

1907

SUMARIO

INTRODUCCIÓN.—Objeto de los Dones del Espíritu Santo.

I.—Los dones del Espíritu Santo y la Vida sobrenatural.

II.—Don de Temor: S. Luis Beltrán, S. Vicente, Sta. Rosa.

III.—Don de Fortaleza: Sta. Catalina de Riccis, S. Juan, S. Pedro Mártir.

IV.—Don de Piedad: Sta. Inés, S. Pío V, S. Raimundo.

V.—Don de Consejo: S. Antonino.

VI.—Don de Ciencia: Sto. Domingo, S. Jacinto.

VII.—Don de Inteligencia: Sta. Catalina de Sena.

VIII.—Don de Sabiduría: Sto. Tomás de Aquino.

IX.—Los Dones del Espíritu Santo en el Purísimo Corazón de María.

Los Dones en el Cielo: Pentecostés dominicano.

Censura y aprobación

Hemos leído la obra «Los dones del Espíritu Santo en los Santos dominicos», vertida del francés. Y por ser el original católico y piadoso en todo, y la traducción exacta y elegante, entendemos será utilísima su publicación.

FR. MATÍAS GARCÍA

Lector de Teología

FR. LUIS G. ALONSO GETINO

Lector de Teología

Salamanca 21 de Diciembre de 1904.

Visto el favorable informe de los PP. examinadores, damos nuestra licencia para que pueda imprimirse la obra: «Los dones del Espíritu Santo en los Santos dominicos», vertida del francés por un Religioso de la Orden.

FR. VICENTE ÁLVAREZ C.

Provincial

Madrid 15 de Marzo de 1905.

Lugar ✠ del sello de la Provincia.

INTRODUCCIÓN

Objeto de los Dones del Espíritu Santo



INTRODUCCIÓN

OBJETO DE LOS DONES DEL ESPÍRITU SANTO

Es una verdad universalmente admitida en la Iglesia Católica, la existencia de los Dones del Espíritu Santo en las almas justas. Si bien ninguna definición formal les atribuye esencia distinta de la que tienen las virtudes infusas; sin embargo, el lenguaje de la Sagrada Escritura, los más de los Santos Padres, las oraciones de la liturgia, la conformidad creciente de los teólogos, la voz del pueblo cristiano las presentan á nuestra vista como perfecciones especiales del orden sobrenatural, superiores á las virtudes infusas, excepción hecha de las virtudes teologales.

Pero ¿qué papel desempeñan estos dones en la economía de nuestra vida espiritual? ¡Cuestión interesante en grado sumo! De la solución que se le dé, pende el conocimiento de las operaciones más admirables quizá de cuantas el Espíritu Santo ejerce en nuestras almas; la inteligencia de nuestros deberes sobrenaturales, más elevados á la par que más urgentes, y aun el fruto mismo y el

éxito feliz de aquellas operaciones divinas, ya que Dios no nos justifica sin nuestra cooperación.

En pos del Angélico Doctor y de Juan de Santo Tomás, el teólogo piadoso, que con mayor profundidad, al parecer, penetró su pensamiento en este punto, intentaremos darnos cuenta del papel que los Dones del Espíritu Santo desempeñan en el alma fiel; cuyo estudio dividiremos en estas dos partes, á saber:

- 1.—*Lo que sería la Caridad sin los Dones.*
 - 2.—*Lo que es la Caridad con los Dones.*
-



I

LO QUE SERÍA LA CARIDAD SIN LOS DONES

Vere tu es Deus absconditus,
Deus Israel Salvator.

(*Ioa., XLV, 15*)

CARIDAD: he ahí la palabra, donde hallamos sintetizada toda nuestra psicología sobrenatural. Dios habita en nosotros y se hospeda en nuestras almas por la gracia santificante.—Por las virtudes morales infusas se enseñorea de nuestra actividad cotidiana—La virtud teologal de la caridad es como el postigo por donde Dios penetra é invade las potencias del alma, en cuya esencia reside: es el centro, desde donde dirige las operaciones de las virtudes infusas. Si Dios diviniza nuestra inteligencia y nuestra voluntad principiando por el corazón, es porque éste encierra en su seno cuanto se halla diseminado en todas las esferas de la actividad humana—Las virtudes infusas no harán más que especificar el bien, que la caridad hubiere depositado en el corazón del hombre. Siendo esta virtud, como es, punto de contacto entre la gracia y las costumbres, foco de la psico-

logía sobrenatural, encarna, si se permite la expresión, todo el orden sobrenatural.

Sin embargo, á primera vista, la caridad se asemeja á las demás virtudes infusas, es, como ellas, un hábito sobrenatural. La repetición de actos engendra el hábito en el orden natural; y mediante la ejecución de actos moralmente buenos se adquieren las virtudes naturales. Por el contrario, las virtudes sobrenaturales se establecen de repente en nuestras facultades. Dios, como es infinitamente poderoso, prescinde de la humana actividad impotente, é ingerta á manera de púas divinas en el árbol silvestre, que le ofrece nuestra naturaleza miserable. Y así la virtud infusa llega á transformar la actividad de la facultad misma, que la mantiene en el ser comunicándole su savia. Merced á esta virtud nuestro entendimiento y voluntad tienden hacia el Bien divino. La virtud infusa, como todo hábito, tiene la propiedad de estar á disposición de la voluntad humana; de modo que quien por su dicha la posea, puede usar de ella á su talante; y por esto usamos, según queremos, de la presencia de Dios en nosotros y de la comunicación de su propia vida, que liberalmente nos concede.

Pero la caridad sobrepuja las demás virtudes en cuanto es efecto propio del Espíritu Santo. La Trinidad Beatísima habita por la gracia en nuestras almas. El divino Espíritu, que es amor, halla su mansión apropiada en el corazón del hombre,

y esta habitación se realiza mediante la caridad. He ahí el profundo sentido de aquellas palabras de S. Pablo: La caridad de Dios ha sido derramada en nuestros corazones *por medio del Espíritu Santo, que se nos ha dado*. Este divino Espíritu no causa el amor de Dios en nuestras almas, á la manera de los agentes exteriores, que se tornan advenedizos cuando su operación se extingue: prodúcelo, por el contrario, como una causa íntima, anidada en el mismo amor, puesto que *se nos ha dado*, según dice el Apóstol, asemejándose con esto al modo de obrar de una alma, que está presente á todo cuanto hace, y que ni en un punto abandona la operación. Si el justo ama á Dios, no está solo; mora en el fondo de su corazón el Espíritu de Dios, que con toda verdad y eficacia le hace prorrumpir en esta exclamación de amor filial: ¡Padre mío!

Mediante la caridad, pues, el corazón del hombre hállase plenamente rectificado delante de Dios, nuestro último fin. Mas el orden de las cosas exige que del corazón nazca toda la actividad, porque efectivamente todas las virtudes infusas, fe y esperanza, prudencia y justicia, fortaleza y templanza, obran bajo el influjo del amor divino: lo cual equivale á decir que el espíritu de Dios, alma y origen de nuestra caridad, se sirve de las virtudes como de canales para derramar el amor, que en el corazón del justo deposita, por todas las potencias del hombre; por la inteligencia, la vo-

luntad y hasta las mismas pasiones. «Bendice, oh alma mía, al Señor,—dice el profeta inspirado por el Espíritu Santo—, y bendigan todas mis potencias su santo Nombre.»

Aquí se ofrece una cuestión, que bien resuelta nos servirá para conocer el objeto de los Dones del Espíritu Santo. ¿Cómo obra en nuestra psicología interna este Paráclito celestial, que por la caridad mora en los corazones? En el desarrollo de su actividad ¿sigue las leyes propias de su divino ser ó se amolda á las del nuestro? Su intervención en nuestras operaciones ¿es tan sólo una elevación de nuestra actividad psicológica, ó es una irradiación de lo que llamaría con gusto, si se me permitiera, su psicología divina?

El Espíritu Santo presente á nuestra alma ¿es el sol radiante, cuyos rayos victoriosos traspasan densos nubarrones llegando á vivificar directamente y con su propia virtud todos los demás seres? ó más bien, queriendo ser prisionero benéfico ¿se vela como por una nube tras las maneras propias del humano obrar?

¿Será permitido aplicar á un asunto tan sublime y elevado los principios y leyes que rigen el orden natural?—Lo es indudablemente, puesto que Santo Tomás de Aquino lo hizo en esta, como en otras muchas ocasiones. ¡Audacia sublime de aquel espíritu sobre todos impávido! Jamás se le ocurrió el pensamiento de que hubiera oposición entre el orden natural y el sobrenatural; jamás

Libl. Noviciado

Dominicano.

vaciló en aplicar al segundo las concepciones del primero, reclamando tan sólo para ellas la mayor perfección de su nuevo estado.

Por esta causa debemos de responder desde luego, que puesto caso que la caridad y las virtudes infusas son real y propiamente virtudes activas, y éstas esencialmente son perfecciones de las potencias activas del hombre, el Espíritu Santo, que en la caridad reside, obra en nosotros á la manera de las virtudes humanas, y se ajusta al modo de obrar de nuestras facultades.

Por lo tanto el justo enriquecido con celestiales virtudes permanece siendo el verdadero y principal autor de sus operaciones sobrenaturales. Él es quien dirige los movimientos de su inteligencia y de su corazón, y su razón permanece al frente de toda su psicología sobrenatural. El Espíritu Santo se derrama mediante las virtudes por las potencias del justo con rigor, pero con suavidad: como un fuego que insensiblemente calienta el corazón, como una luz silenciosa que brilla sin manifestar el foco de donde mana, como un bálsamo que se infiltra suavemente en los miembros y ablanda las articulaciones y vigoriza las coyunturas.—«*Fons vivus, ignis, charitas et spiritalis unctio.*» Nada cambió en el ordinario funcionamiento de nuestro mundo íntimo, aun cuando haya variado todo atendido el fin, hacia que nuestra actividad en lo sucesivo se dirige, y el vigor con que aspiramos á él.—Tales son los efectos del Espíritu

Santo, en cuanto su acción se ejerce por medio de las virtudes. Viene á nuestras almas como Dios, pero como «DIOS ESCONDIDO,» según expresión de la Sagrada Escritura.

De ahí nace la oscuridad de nuestra fe. No podemos en la presente vida poseer intuición directa de las esencias de las cosas; y si alguna hay que excede la capacidad de nuestro entendimiento, es ciertamente la Esencia de Dios, cuya contemplación y amor es cabalmente el fin del orden sobrenatural. La Revelación instruye á nuestra inteligencia en las verdades que á esta divina Esencia se refieren, para que, conociéndola, podamos desearla. Mas nuestra débil razón recibe entre tinieblas esta revelación certificada por el oído, esto es, por el testimonio vivo de Dios que ni se engaña ni puede engañarnos. El amor y la esperanza sobrenaturales se derivan de la fe, porque no son otra cosa que nuestro corazón habitualmente aplicado al amor del bien divino, revelado por la fe. De este modo hállase regulada por el conocimiento oscuro de la fe hasta la misma caridad, totalmente llena del Consolador Espíritu que la anima, cediendo al peso que la atrae con la fuerza infinita del amor que Dios se tiene á Sí mismo,

El Espíritu Santo se halla como aprisionado por las imperfecciones del amor, que inspira en nosotros ¡Tan grande es el respeto que la Providencia guarda á nuestra libertad! ¡Tan claramente

desea concedernos el mérito de nuestra justificación á lo menos en la marcha habitual de nuestra vida!

Si las virtudes teologales se hallan reguladas por el modo de ver estrecho y limitado, propio del hombre, lo mismo acontecerá y con mayor razón, con las virtudes morales infusas. Ahora bien: la naturaleza racional del hombre pone la perfección de sus costumbres en un justo medio, lejano igualmente de los extremos, que por exceso y por defecto se pueden encontrar en la órbita de su actividad, que lo mismo abarca las acciones externas que las pasiones interiores. Aun cuando al proponernos un fin sobrenatural, este justo medio sobrepuje el nivel de su ordinaria grandeza, sin embargo, siempre deberá consistir en una adaptación completa de las acciones y pasiones humanas al dicho fin sobrenatural; la cual adaptación exige como consecuencia cercenar los excesos posibles de las tales acciones y pasiones, reduciéndolas á una proporción que las torne hábiles para la consecución del fin apetecido. Encontrar aquel justo medio en relación con el divino fin, que la Fe señala, la Esperanza ansía y apetece la Caridad: he aquí el objeto de la Prudencia infusa. Poner en práctica el justo medio determinado por ésta, dominando los actos voluntarios y las pasiones concupiscibles é irascibles, tal será el fin de las virtudes infusas, justicia, fortaleza y templanza. Aquí también el Espíritu Santo tamiza, por

decirlo así, el brillo de su acción. Nuestro orden moral práctico está totalmente moderado por la prudencia; como el orden de la conciencia y de las intenciones está regulado en todo tiempo por la fe.

Oscuridad y justo medio: ¡he ahí los velos humanos con que el Divino Espíritu encubre su acción vivificante! Esta acción callada y como escondida es sin duda alguna de valor infinito para nosotros, pues ella es la que al fin sobrenatural nos encamina, y además nos proporciona habitualmente los medios para conseguir el dicho fin. Pero el Espíritu Santo, que hace ya tanto con habitar en nosotros ¿no llegará á perfeccionar su obra? ¿Por qué no penetrará como Señor en el alma de su siervo el justo, quebrantando, si preciso fuere, el uniforme régimen de las virtudes? ¿Por qué sin atentar contra la fe ni la prudencia, sino más bien sobrepujándolas, no llegarán á ser, alguna vez siquiera, el regulador inmediato de nuestras acciones su Corazón y su Inteligencia divina, conforme la manera de obrar que les es propia?

Y pues que no bastó al Espíritu de Dios revolotear sobre las ondas en los primitivos tiempos de la creación del mundo; resuenen ya en esta nueva creación sobrenatural los *fiat* triunfadores, levántese ya otra semana creadora, y aparezcan en la frente del justo, como arco-iris rutilante, los Dones fecundos señalando el progreso de la nueva obra divina... ¡*Veni, Creator Spiritus!*



II

LO QUE ES LA CARIDAD CON LOS DONES

Ut sit Deus omnia in omnibus.

(I Cor., XV, 28.)

El Espíritu Santo, regla interior, inmediata y homogénea, por decirlo así, de nuestra actividad sobrenatural, es el ideal que en lo sucesivo se ofrece á las aspiraciones del justo. Mas, apenas concebido este ideal, vese el justo impelido por la misma fe, no á destruir, sino á limitar su extensión. No podría la Inteligencia divina llegar á ser el regulador próximo de nuestra actividad interna, sin manifestarse á las claras la Esencia de Dios. Y por esto nos está prohibido en la tierra aspirar á las claridades reservadas únicamente para la vida futura. Sin prejuzgar lo que sucederá en el cielo, es lo cierto que Dios, como luz intelectual, no podría aquí abajo regular nuestro mundo moral; si interviene en nuestra vida, será por una influencia motriz; y si el efecto de esta intervención es á veces la expresión de su vida intelectual, será sin embargo bajo la extraña apa-

riencia de una actividad impulsiva y oculta á pesar de todo: causará en nuestras almas estos efectos luminosos bajo la forma de un secreto instinto. Por lo tanto la fe, regla y norma de la caridad, permanece siendo la luz directiva de las intervenciones divinas, por iluminadoras que éstas sean.

Ahora bien: esta influencia directa de Dios en nuestra actividad interna ¿es posible? Y si nada hay que se le oponga ¿existe? Y si existe ¿en qué condiciones se realiza? Tantas y tan importantes son las cuestiones que se plantean, cuya solución ha de hacernos claro el objeto que cumplen los Dones del Espíritu Santo en nuestra vida mística.

1.º Desde luego parece que el carácter positivo de la moral aristotélica, que Sto. Tomás trasladó al orden sobrenatural, no debe permitir intervención alguna directa de otro mundo superior. ¿Qué será del justo medio en que la virtud consiste, si la Prudencia cede su trono á las soberanas mociones de agentes extra-mundanos? ¿No se convertirá todo en un mundo imaginario, remembranza del platónico, sujeto inmediatamente al imperio de las Ideas y Causas ejemplares?

Mas ¿qué pensar, si Aristóteles mismo, el más decidido adversario de Platón en esta parte, obró de modo semejante? ¿Qué hemos de pensar, si el discípulo mediato de Sócrates, el maestro de Alejandro, el émulo de Platón y el admirador de Fidias, para resolver con aplomo el problema que le ofrecían algunos ingenios peregrinos, lejos de

atenerse á las leyes intrínsecas y ordinarias del humano carácter, traspasó los límites de la razón y fué á preguntar á la divinidad misma la explicación de aquellos hombres *divinos*? En su *Moral á Nicómaco* habla Aristóteles de una manera de ser superior á la naturaleza humana, de una virtud que, por decirlo así, puede hacer al hombre divino. Este mismo pensamiento vuelve á repetirlo en la *Moral á Endemo*, en el capítulo donde habla de la *Fortuna*. Hombres hay, dice, á quien todo sale bien, sin que en ello tenga parte el saber ó la prudencia: ¿cómo se explica este hecho? «Esto, dice Aristóteles, equivale á preguntar cuál es el principio de movimiento en el alma. Porque es evidente que el principio del movimiento cósmico es un dios... Pero el principio del movimiento racional no es la razón, sino algo mejor. Ahora bien: ¿qué hay mejor que la razón, si no es divino? Y esto no es la virtud, auxiliar de la razón...; ni es la razón misma, que nunca usan los hombres de que hablo; ni es el entusiasmo impotente para tales cosas. Sin razón, pues, son aquellos hombres lo que son... Parece, que cuanto más la razón se ausenta, tanto más obra el principio que los gobierna: así como los ciegos tienen mejor memoria porque están más desembarazados de cuanto distrae.»

De este modo, para Aristóteles, fortuna extraordinaria, virtud heroica y el genio mismo se deben á influencias especiales y directas de la Divinidad,

razón suprema, cuyo débil reflejo es la humana razón. Esta influencia sustituye con ventaja al racional tanteo, que constituye el *justo medio* de la moral humana: el sistema de Aristóteles podía responder con ella á las dificultades, que le vendrían de parte de los platónicos á causa de ciertos caracteres extraordinarios, personificaciones superiores de la humanidad, los cuales viven fuera de las leyes comunes, ¿Experimentaría por ventura en sí primero que en otros las impresiones de la Primer Inteligencia? Y si habló tan acertadamente de ellas ¿fué tal vez por haber experimentado sus impulsos y toques divinos?

Por lo que se refiere al contacto con la Divinidad ¿qué son Sócrates, Alejandro, Platón Fidias ó Aristóteles en presencia del Justo reformado por la gracia? Si queréis una sublime respuesta, que como relámpago clarifique las tenebrosas profundidades de nuestra conciencia atormentada, preguntad con preferencia á Sócrates, á este niño que acaba de hacer su primera comunión. Si os llena de entusiasmo un ideal glorioso y magníficas ilusiones forman vuestra vida; dejad ahí vuestro Plutarco y preguntad á este joven de vivaz y límpida mirada el secreto de sus heroicas victorias. No interroguéis á Platón sobre la vida de ultratumba, porque refrendará sus enseñanzas sublimes con una enigmática sonrisa, llena por su parte de ironía: id á encontrar á aquella pobrecita mujer que acaba de interrumpir la ruda tarea de

su trabajo para orar en aquel templo; ella sabrá decirnos si hay un cielo, y lo que en él se hace. Si buscáis obras artísticas ¿no aventajarán á Fidias los que modelan en una fragil arcilla la semejanza de la cara misma de Dios?—Si Aristóteles es grande á nuestros ojos por haberse elevado dos veces al conocimiento del contacto directo entre el alma y la Divinidad, ¿qué es todo esto, si se compara con el estado ordinario del alma de un S. Agustín ó de un Santo Tomás de Aquino?

Porque es de saber que en virtud de la gracia la Divinidad habita en el alma del justo. Y ¡qué dicha para el justificado si ofrece un terreno bien dispuesto á la acción directa de la Divinidad! El justo es el asiento natural de la virtud heroica, el hombre predestinado á las encarnaciones del genio, el blanco en fin de los favores divinos. No es, pues, de extrañar que el Angélico Maestro, inspirándose en Aristóteles, juzgara como *posible* que Dios, razón de nuestra razón, se haga regla inmediata é inspirador de la actividad sobrenatural.

2.º Pero ¿cómo sabremos si *realmente* el Espíritu Santo sustituye al normal regulador de nuestra vida sobrenatural? Para esclarecer esta cuestión un solo medio tenemos: la palabra de Dios. El orden sobrenatural es gratuito en todos sus grados; las más elevadas razones de conveniencia no equivalen á una sencilla palabra dicha por Dios.

Esta palabra la tenemos en la Sagrada Escritura. Ya hicimos constar la fe que tiene la Iglesia

respecto á la existencia de Dones especiales, distintos, superiores á las virtudes infusas; el carácter distintivo de estos Dones nos lo ofrecen las divinas Letras llamándolos soplos, alientos, inspiraciones, *spiritus*. Y así, fija la mirada en el Mesías prometido, cantó el Profeta: «Y reposará sobre Él el Espíritu del Señor: espíritu de sabiduría y de entendimiento, espíritu de consejo y de fortaleza, espíritu de ciencia y de piedad; y estará lleno del espíritu del temor del Señor.» (1) Sobre lo cual dice el Angélico Doctor: «Este lenguaje habitual de la Sagrada Escritura ¿no es de suyo manifiesto, y no nos enseña que merced á la inspiración divina viven los siete Dones en nuestras almas?—No hay, en efecto, perfectible diferencia entre la inspiración, que la Escritura nos garantiza, y el instintivo impulso hacia el bien de los que habla Aristóteles al decir: οἱ ἄν ὀρμητικοὶ κατορθοῦν ἄλογοι ὄντες (Traducción literal: *Cualesquiera que, siendo ignorantes-irracionales-fueren impulsados á obrar con éxito feliz*). La palabra de Dios, con su autoridad infinita, sale al encuentro de las atrevidas investigaciones del filósofo: donde éste nombra *instinto divino*, aquella dice *inspiración divina*, y para que más notable sea la concordancia, la Escritura Sagrada caracterizaba con la palabra *locura, stultitiam*, el estado mental correspondiente al instinto divino; mientras Aristóteles en el mismo caso le llamaba *irrational, ἄλογος*. ¿De dón-

(1) Isa., XI. 2, *versio vulgata*.

de pudo nacer tal armonía? Tal vez sea de que la Divinidad inspiradora del profeta Isaías inspiraba también al filósofo de Estagira...! En todo caso pertenecía á Santo Tomás, testigo de la correspondencia de ambos textos, sacar de ésta la doctrina, que viene á ser el punto culminante y el apogeo de su moral sobrenatural.

3.º ¿En qué condiciones se cumple esta intervención divina? En lo sucesivo nuestra actividad moral del orden sobrenatural se nos presentará bajo la dependencia de dos principios reguladores, á saber; la razón perfeccionada por la fe, y el Espíritu Santo; principios armónicos entre sí, puesto que la razón divina fuente es de nuestra humana razón. No obstante, cada uno de estos principios obra á su manera; y por esto la razón humana suspende su actividad en presencia de la operación divina, ya que se halla reemplazada por un principio mejor.

Pero aquí se nos ofrece una nueva cuestión. El Espíritu Santo habita en nosotros por la gracia, del modo que la razón por naturaleza. Ateniéndonos á los datos hasta ahora expuestos parece que la razón sobrepuja al Espíritu Santo en lo tocante á poder obrar en nuestro organismo psicológico; pues, según hemos ya dicho, nuestra razón, mediante el ejercicio de los actos, créase por todos los ámbitos del organismo psicológico á manera de ayudas permanentes que le permiten regular libre y fácilmente todas las potencias, y que, por

decirlo así, le dan entrada en nuestro mundo íntimo, que son las virtudes morales. Ahora bien: el Espíritu Santo es indudablemente Todopoderoso: para obrar no necesita de anteriores predisposiciones; dispone en el hecho mismo de obrar. Todo, pues, está perfecto, por lo que á Él toca; pero, ¿sucede lo mismo de nuestra parte?

Aquí es donde Santo Tomás se adelanta al Estagirita de un modo definitivo, al parecer. Había Aristóteles rehusado reconocer una base permanente á la acción peculiar de Dios en la naturaleza humana; el único fundamento de la *Fortuna* residía según él, en particulares y sostenidas atenciones de la Divinidad. Pero el Angélico Maestro encuéntrase ante un hombre poseído ya por la Divinidad, en quien habitualmente reside la Divinidad, de quien la Divinidad es como el alma. Propio es de esta última hacer desarrollarse en el ser, á quien da vida, cuantos órganos necesita. ¿Por qué, pues, no han de brotar de la caridad, hábitos y perfecciones semejantes á los que tanto facilitan la entrada de la razón en nuestro mundo moral? ¿Hase de negar al justo lo que al hombre concede la naturaleza? El orden sobrenatural ¿será por ventura más imperfecto que el orden natural? Ciertamente que Dios no necesita puntos de apoyo para influir en las acciones de mi vida; pero debe usarlos atendiendo á mis exigencias, si he de ser tan perfecto en el orden de las mociones divinas, como lo soy en el de las operaciones racionales.

Las inspiraciones del Espíritu Santo deben estar en estado de *habitud*, como así lo están los dictados de mi razón. Al posesionarse Dios de mi alma no cedo ni por fuerza ni por violencia, sino voluntaria y espontáneamente como á su razon cede el virtuoso, con la ayuda únicamente que el hábito proporciona. Siempre anhele decir con el Profeta: El Señor Dios me abrió los oídos, y yo no me resistí, no me volví atrás.

El Angélico responde con una sola palabra: las inspiraciones del Espíritu Santo se llaman *dones*, no sólo porque los causa Dios, sino también porque constituyen perfecciones que hacen al hombre fácilmente impresionable á la inspiración divina, y que son análogas á las que facilitan y disponen para recibir el impulso de la razón en sus acciones ordinarias. Como si dijera: Si las intervenciones divinas del Paráclito celestial en el gobierno de nuestra alma fueran otros tantos actos espontáneos y como decretos *motu proprio* del Espíritu Santo, no tendrían el carácter difinitivo y permanente que expresa la palabra *don*. Pues, ¿qué serán los dones de Dios fugitivos é inconstantes como los del hombre?—Preciso es por tanto no sólo que el Espíritu de Dios *nos sea dado*, esto es, que viva habitualmente en nuestra alma, sino que también *nos sean dadas* y formen uno de nuestros hábitos sus inspiraciones divinas. ¿Cómo esto puede suceder? Nosotros no podemos ser el principio activo de dichas inspiraciones, pues de lo contra-

rio no serían inspiraciones del Espíritu Santo; bástanos ser principios activos de las mismas, esto es, que nos pongan los dones habitualmente bajo su dependencia, y mediante ellos tengamos así como un derecho permanente y una vida libre bajo la inspiración del Paráclito celestial.

¡Concepción admirable del Doctor Angélico! Para él toda la doctrina referente á los dones se compendia en estas dos palabras, *Spiritus, dona*. Los Dones, como alientos ó inspiraciones del Espíritu Santo, exigen la autonomía de su principio, y estas inspiraciones, tienen como dones, un punto de apoyo en nuestras almas. Preciso es ciertamente que una gracia actual despierte en nosotros la voluntad de usar el don divino; pero estas gracias son como el aire que respiran las almas justas y fervorosas, ya que Dios nos da la voluntad de usar aquel don, nuevo hábito de nuestra alma, y el divino Consolador descende á nosotros como si fuera evocado. Á nuestras órdenes está el Espíritu Santo, *Utimur Spiritu Sancto*, como dicen los teólogos con enérgica expresión. Aunque en hecho de verdad, quien se sirve de nosotros, con la independencia completa que exige su manera de obrar, es el Espíritu Santo; sólo que, prevenidos ya por la gracia, nos determinamos en el mismo instante en que se apodera de nosotros como de instrumentos. Con esto el justo se asemeja á un niño que un espejo recibiese la imagen del sol, con la cual á su gusto juguetea; no posee el foco

de que la imagen brota, y sin embargo sírvese de ella para hacer penetrar los rayos del astro luminoso en lugares no sujetos á su influencia directa aunque pálidamente iluminados por mortecinos resplandores de su luz difusa. Así aparece á nuestros ojos el Hijo de Dios adornado con los Dones, pues por estos centellea Dios á placer en toda su vida moral y sobrenatural, iluminada ya por la apacible lumbre de las virtudes. ¡Oh qué dicha la suya! *Et nox illuminatio mea in deliciis meis.* Pasi-vo en presencia del Espíritu Santo, le *posee* en cambio, y usa de la influencia de su huésped: la libertad y la esclavitud viven á la vez en el corazón del justo.... *Ubi Spiritus, ibi libertas. Qui spiritu aguntur, hi sunt filii Dei.* Tal es la rara antinomia, cuya solución nos ofrece el don sobrenatural.

Ya sabemos desde ahora lo que hace la Caridad con los Dones. Es, no ya dulce calorcillo ó aquel deseo de virtudes, que callado se insinuaba en nuestro organismo moral, adoptando las humanas formas de nuestra razón y amor; sino foco brillante que rasgando las negras envolturas que lo ocultaban, alumbra como el sol; es la luz misma de la cara de Dios, que resplandece con el brillo infinito que la caracteriza... ¡Sí, Espíritu divino; la caridad es el resplandor de tu fisonomía! Y esta lumbre se revela en nosotros: *Signatum est super nos lumen vultus tui, Domine;* ni en el interior únicamente se detiene, resplandece también por

defuera, *signatum est super nos*, no iluminando aún, es cierto, nuestra frente, ni fascinando nuestra mirada como en la visión beatífica, pero sí envolviendo nuestro corazón, que á manera de sol despide los rayos, que constantemente mantenidos y renovados por el Paráclito divino; clarifican el mundo íntimo de nuestro ser, el sistema planetario de nuestra alma, la verdad y el amor, la esperanza y la justicia y las pasiones y todo, en fin, porque todo está sometido en su manera al imperio directo de Dios: *Ut Deus sit omnia in omnibus* (1).

Tal es el oficio de los Dones, según la doctrina de Santo Tomás. ¿En qué fuentes bebió el Doctor Angélico esta enseñanza tan original como sublime? No se engañaba el grabador de la Edad Media, cuando representaba en sus estampas la figura del Angélico Maestro con la mirada tranquila y serena del Peripatético (porque tal como el grabado le representaba, aún no había sonado para él la hora de la visión beatífica) y escapándose de su pecho un haz de rayos luminosos, como si la caridad divina, que inflama y llena su corazón, no pudiera ocultar por más tiempo el volcán que hierve en sus entrañas...: es el Espíritu Santo que invade por medio de sus Dones á este ingenio divino. *¡Deus; Ecce Deus!*

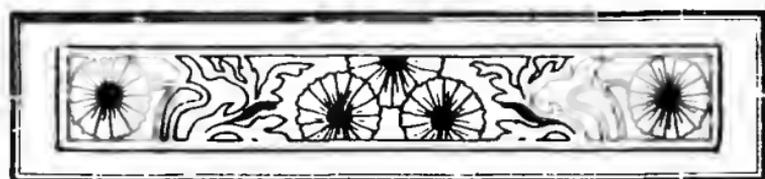
(1) *Summ. Theol.*, q. 68.

I

LOS DONES DEL ESPÍRITU SANTO

Y

Y LA VIDA SOBRENATURAL



I

LOS DONES DEL ESPÍRITU SANTO Y LA VIDA SOBRENATURAL

Almas piadosas, justas y santas, que os formáis en la escuela del bienaventurado Padre Santo Domingo, todas vosotras aspiráis á vivir vida sobrenatural. Pero ¿qué es vivir esta vida sobrenatural? ¿qué la distingue de la vida meramente natural? Se diferencian principalmente por el objeto á que se ordenan vuestros pensamientos, obras y afectos. El fin de la vida natural es manteneros en la existencia, y perfeccionaros ora en vuestras facultades, ora en las relaciones que os unen con la familia, con el amigo ó con la sociedad. Este fin puede indudablemente ser elevado por la gracia á otro fin más grandioso; pero, de suyo, no traspasa la atmósfera de la tierra y debe perecer con vosotros. Por el contrario la vida sobrenatural se dirige á lo que tras el polvo de la tumba permanece, se dirige á Dios, de quien esperamos firmemente gozar algún día en las eternas mansiones, á cuyo último y glorioso fin ordena de antemano todas nuestras vitales energías. Bien podemos apellidar

á esta vida SOBRENATURAL, ya que su fin sobrepuja infinitamente á todas nuestras fuerzas naturales, y que es absolutamente necesario el poder de Dios para dirigirnos hacia Él con eficacia; ya que esta vida es superior á nuestra naturaleza, bien se atienda al sublime ideal que nos propone, bien á la energía sobrenatural que exige; la cual por ninguna vía podemos conseguir que á nuestras almas descienda, siendo como es un don gratuito de Dios.

Para comprender la vida sobrenatural, según que la podemos adquirir en este mundo, debemos desde luego trasportarnos en alas del pensamiento á la visión beatífica, en que esta vida adquiere completa realidad. Aquí está Dios todo en todos, y no ciertamente el Dios de los filósofos, Causa primera, Ser perfecto... etc., sino tal como es en Sí mismo, tal como se conoce y ama á Sí mismo, Dios Padre, Dios Hijo y Dios Espíritu Santo. El bienaventurado, lleno de admiración, ve al Padre engendrando al Hijo desde la eternidad; y al Hijo, Verbo del Padre, brotando de su seno como brota un resplandor del sol inflamado, sin abandonarle jamás y sumergiéndose continuamente en sus entrañas luminosas para relumbrar después siglos de siglos; y ve al Espíritu Santo, amor común del Padre y del Hijo, y fruto del perfecto conocimiento que el Padre, principio y manantial de todo ser, tiene del Hijo, esplendor de su gloria, y que el Hijo, reflejo del Padre, tiene del Principio ingénito de

su hermosura. Contempla el bienaventurado la íntima esencia de la Divinidad, y ve en su primordial origen cuantas perfecciones nos encantan en las criaturas: ser, bondad, verdad, amor, duración, espacio, unidad, armonía, ciencia, libertad, justicia y misericordia; y las ve, no ya desmenuzadas y esparcidas como nosotros, por lo que nos vemos obligados á estudiarlas en haces diminutos; sino juntas y reconcentradas en la simplicidad del Ser divino; no ya achicadas y oscurecidas por la pequeñez de la vida creada, sino engrandecidas y renovadas y desbordantes de la vida infinita, en que viven sumergidas.—Ved aquí una pálida imagen de lo que contempla el bienaventurado cara á cara, no abarcando, sin embargo, la inmensidad, porque de ello es incapaz.

Nada de cuanto nos admira, seduce y encanta en este mundo, ninguna bondad ni belleza hay, que no hallemos en el océano de la Divinidad, aunque infinitamente más bellas y más consoladoras...

A vista de tal espectáculo ábrense de par en par los ojos y el corazón del bienaventurado y penetra el Infinito sin obstáculo ni resistencia.—Así como nos dejamos inundar por los bienes de este mundo; el sabio por la verdad, el artista por la armonía, el amigo por el recuerdo de su amigo, dándoles, por decirlo así, asilo permanente en el fondo de nuestras almas, para que allí moren de una manera más profunda y real que por la simple cohabitación material; así penetra Dios en lo más

íntimo del bienaventurado, y en él habita y permanece. El pensamiento y el amor vivientes forman el pavimento, los muros y la techumbre de esta habitación espiritual, única en que puede morar el Ser incorpóreo, el Espíritu puro, el Pensamiento y el Amor subsistente, que es Dios. Tal es la vida sobrenatural perfecta, la eterna vida del Cielo.

Para entender ahora qué es la vida sobrenatural de la tierra, bastáranos atenuar un poco la viveza de lo que acabamos de describir, pues lo que es la vida eterna en el orden de las cosas perfectas y acabadas, es la vida sobrenatural presente en el orden de las que aún no consiguieron su perfeccionamiento, aun cuando tiendan á él eficazmente.—Me explicaré—Una misma realidad constituye el fondo de la vida del cielo y de la vida sobrenatural terrena; pero allá arriba la poseemos al descubierto para jamás perderla, y acá abajo la poseemos embozada y podemos tener la desdicha de perderla. Pero digámoslo una vez más; en ambos casos, y dejada aparte la diferencia que entre la fe y la visión existe, dicha posesión es completamente real, porque tan realmente habita Dios en nuestros corazones, como en el corazón del bienaventurado, ya que nosotros amamos á Dios, y el amor que le tenemos ahora, será el mismo que le profesaremos después que vayamos al Cielo. La caridad no muere, dice S. Pablo.

Así, pues, el justo, el santo de la tierra, ejerce

desde ahora con respecto á Dios el mismo *acto vencedor* por el cual le ha de poseer en el cielo. Dios vive ya en su amor, su corazón es un verdadero cielo, aunque invisible y oculto á todas las miradas, sin exceptuar la suya. Tal es la vida sobrenatural de la tierra con toda su profunda realidad.

Pero—si queremos ahondar más en la raíz de esta vida misteriosa—¿quién pudo anticipadamente depositar en el corazón del hombre mortal ese amor todo del cielo? De nuestra parte no podemos producir ni una sola chispa de amor de Dios, tal como lo requiere su grandeza infinita. Mas supuesto que naturalmente no conocemos á Dios de aquella manera perfecta y acabada, preciso es que esto se nos revele: porque ¿cómo se podrá naturalmente amar lo que naturalmente no se conoce? Pero, aun cuando nos sea revelado, ¿cómo nos atreveremos á amarlo?—hablo de un amor de amistad, de un amor aceptado y correspondido, de un amor, eficaz, en una palabra, y no de aquel amor quimérico y mentido que se tiene á un ser inaccesible y que no es más que una veleidad de amor. Tal es, sin embargo, el amor que los bienaventurados tienen á Dios. Desciende Dios hasta ellos y dales facultad de obrar lo que nunca jamás pudieran por sí solos: les hace participantes del amor, con que se ama á sí mismo. El acto divino y el acto del bienaventurado llegan á identificarse en cuanto es posible: como el Padre y el Hijo se aman por

el Espíritu Santo, el bienaventurado ama á Dios por el Espíritu Santo. Pero ya que el amor de los bienaventurados para con Dios aparece en nosotros como *tendencia eficaz*, es necesario que Dios se abaje hasta nuestra miseria para hacernos participantes del acto, por el que se ama á sí mismo, y encumbrar nuestro despreciable amor á la altura de su corazón infinito; es necesario que el Espíritu Divino, Amor consubstancial del Padre y del Hijo, esté de algún modo en lo más íntimo de nuestro amor. Porque, para decirlo de nuevo, amamos real y verdaderamente á Dios; lo cual sólo se puede hacer mediante el Espíritu Santo.

Por lo tanto este divino Consolador habita en nuestras almas de particular manera. Toda la Santísima Trinidad mora en ellas como objeto á que eficazmente se inclinan nuestra fe y nuestro amor: pero el Espíritu Santo añade á esta habitación, de suyo tan íntima, otra especial manera, porque reside en nuestro corazón sobrenaturalizado como principio del movimiento que hacia la Santísima Trinidad le impulsa y encamina: es, por decirlo así, el corazón de nuestro corazón. Y así como éste se manifiesta en el hombre por una inclinación que le arrastra; por cierto peso que le orienta y poderosamente le atrae hacia su centro, que es su bien, de la propia manera el Espíritu Santo, peso inmanente de nuestra caridad, nos orienta y encamina y atrae hacia la Trinidad Beatísima, centro á do convergen las aspiraciones de los

bienaventurados del cielo y de los justos de la tierra.

Íntimamente enlazados con el desarrollo de esta fuerza que vibra oculta en el fondo de nuestro corazón, están los dones del Espíritu Santo, que son la más divina de las dos maneras con que la actividad de este Divino Espíritu se ejerce en las almas de los justos.

Toda energía superior puede valerse de dos medios para ejercer su acción. Desde luego puede suscitar en el ser, á quien impera, órganos fijos y permanentes que bajo su dirección se distribuirán las actividades necesarias para conseguir el fin propuesto. Así es como esa fuerza superior, que apellidamos *germen*, hace brotar en el cuerpo viviente un conjunto de órganos, que se reparten las diversas funciones de la vida. En este caso, la fuerza inicial únicamente conserva la virtud que da unidad y vivifica el organismo; no interviene directamente ni á cada momento en todos los pormenores de su obra, sino que deja trabajar á cada órgano según la ley que le impuso: parece que se doblega al modo de obrar de cada uno de ellos. De esta manera el Espíritu Santo que reside en el amor, origen de toda nuestra actividad, crea órganos fijos de su operación en las virtudes infusas, esto es, la prudencia, justicia, fortaleza y templanza, y en todas las demás virtudes que vienen á ser los órganos secundarios, los tejidos y las células de aquellos órganos sobrenaturales. Contén-

tase con darles unidad y vida, dejándoles llenar sus funciones propias, conforme su peculiar manera de obrar; semejante á la de las virtudes morales meramente humanas, conocidas con los mismos nombres. La dirección del Espíritu Santo no se disminuye con el poder que liberalmente concede á los ejecutores de su potencia infinita, los cuales de Él reciben su destino y el constante impulso vivificador, que hace converger su actividad al fin que les trazó de antemano. Todos conocemos este dechado de la vida cristiana, que es lo fundamental de la vida del justo, el cual en silencio y como naturalmente ejecuta obras que, sin embargo, son del orden divino, porque el Espíritu Santo jamás le desampara.

Pero si la energía vital del germen, esencialmente sumergida en la materia á que comunica la vida, se agota de algún modo en esta su actividad primitiva, no sucede lo mismo con una fuerza espiritual y por necesidad trascendente, como es Dios con relación á su criatura. La actividad divina supera á la actividad de todos los órganos, que para realizarla plugo á su beneplácito crear. Así como un Jefe de Estado, señor absoluto de su imperio, no está obligado á valerse de los funcionarios subalternos para realizar su voluntad en tal ó cual parte sometida á su gobierno. de la misma manera obra el Espíritu Santo, como dueño absoluto del gobierno de nuestras almas en cuanto se refiere al fin sobrenatural, que es la posesión de

la Trinidad Beatísima. Basta, por tanto, que por su parte se limite á intervenciones directas, ora sea para ayudar á los órganos ordinarios de su reinado, que son las virtudes infusas (por ejemplo, cuando las tentaciones son tan graves, que no las puede vencer una virtud ordinaria), ora sea sencillamente porque puede y quiere hacerlo; ora sea en fin para promover en el trascurso de nuestra vida obras excelentes, que traspasen el nivel común.

Estas intervenciones directas ofrecen á los dones del Espíritu Santo un nuevo fundamento para obrar. Hubiera Dios podido indudablemente justificarnos sin nuestro concurso. Hubiera podido entrar á su placer en nuestra organización sobrenatural, sirviéndose de nosotros como de meros instrumentos de su obra, lo cual hace algunas veces; bástanos recordar, como ejemplos de estas intervenciones especiales, la conversión de S. Pablo y tantos otros milagros interiores. A estas mismas intervenciones obedecen también la profecía, el don de obrar milagros y todas las gracias que á los hombres se conceden atendiendo no tanto á su propia santificación, cuanto á la santificación de los demás. Pero como aquí se trata de nuestra santificación personal, no quiso Dios que permaneciéramos no sólo sin mérito, mas también sin cooperar á sus espontáneas inspiraciones, aún cuando el mismo Dios obrase en nosotros directamente, sin someterse á los ordinarios organismos; y

por esto, aquel germen vivificador hizo brotar en nuestras almas los dones del Espíritu Santo, por los cuales nuestro organismo sobrenatural está como duplicado. Lo extraordinario, lo divino, vive allí en cierta manera *aclimatado*. Y puesto caso que lo ordinario y lo extraordinario entonces no guarden entre sí notable diferencia, harto necesita disposición semejante de un motor divino, sabio y, podemos añadir, prudente en grado sumo, ya que prudencia ha menester un jefe absolutamente libérrimo y que posee infinitos resortes de gobierno.

Pero los Dones del Espíritu Santo no son las mismas intervenciones de este Divino Espíritu en nuestra vida, sino habituales disposiciones depositadas en lo íntimo de nuestra alma, que la impulsan y la inclinan á consentir con facilidad en las sobredichas inspiraciones. Son, en una palabra, cualidades disponentes en derechura á Dios, las cuales guarda reservadas el alma justa, una vez cumplidos los ordinarios deberes, que trae consigo el trabajo moral de las virtudes infusas. ¡Creación efectivamente única y original! Mas ¿por ventura no es también único el espectáculo de un ser moral que se lanza á la conquista de un fin que del todo le sobrepuja, siquiera sea bajo la influencia directriz de Dios, cuando es impotente para alcanzarlo con sus propias fuerzas?

Además de las virtudes activas se requieren también ciertas disposiciones para recibir las influen-

cias divinas, que no podría dirigir adecuadamente la humana actividad: y esto mismo pudiéramos decir en general de cuantas operaciones quisiere Dios obrar en el alma justa, pues todas exigen disposiciones permanentes.

Cierto es que los Dones del Espíritu Santo tienen por sí mismos un número limitado, puesto que son siete. Mas este número, no agota los infinitos recursos, con que cuenta la Bondad divina. Siempre que en la sagrada teología, se usa el número perfecto *siete* para designar las obras de Dios, expresa no tanto un límite, cuanto una plenitud. Hay siete sacramentos, siete virtudes teológicas y morales, siete sagrados órdenes... se podrían multiplicar los ejemplos. Aparece el número siete, cuantas veces la muchedumbre de los tesoros divinos se derrama plenamente sobre la tierra. Ante el Arca del Altísimo, de Jehová, era representado por el candelero de oro de siete lámparas. Los Dones del Espíritu Santo son, pues, como decimos, siete, conviene saber: temor de Dios, fortaleza, piedad, consejo, ciencia, entendimiento y sabiduría; pero no se nos oculta el misterio. Cuando un pintor quiere representar la claridad deslumbradora del sol, no emplea ciertamente limitado número de rayos luminosos, y sin embargo hace que entre tanta muchedumbre como en el cuadro pinta se destaquen unos pocos, que formen como el armazón y el centro de cada hacecillo de luz. Así nosotros, al hablar de los Do-

nes, no pretendemos encerrar las acciones divinas en los límites de nuestra potencia receptora. Hay *siete* Dones del Espíritu Santo; pero los medios que Dios tiene para obrar en nosotros en orden á la gloria eterna son ilimitados, son infinitos.

De este modo, el sublime adiestrador, el Espíritu Santo, desde el fondo de la caridad donde reside, ve extenderse ante sus ojos en el alma cuyo dueño es, como un gran teclado de variados registros: aquí cualidades activas en las virtudes infusas, acullá cualidades receptoras en los Dones. Mas he aquí que este incomparable Orfeo empieza ya su obra encantadora. «El Espíritu Santo influye é inspira donde más le place»; y bajo su inspiración resuenan los bronceos del alma justa, produciendo divinales sinfonías, en que suenan enlazados los acordes enérgicos de las Virtudes y las halagadoras vibraciones de los Dones. Y entre tanto, á medida que se despliegan y crecen las armonías divinas, surgen y se entrelazan y se elevan, como formando un monumento de sublime grandeza, las decisiones luminosas y las acciones justas, las varoniles resoluciones y los puros sacrificios, los temores santos y los acontecimientos generosos, la paciencia heroica y los afectos píos, los prudentes consejos, los suspiros de ciencia, los éxtasis del entendimiento, y como coronamiento, en fin, en la cumbre del edificio, los vítores entusiastas de la Sabiduría. En el fondo

del alma santa jamás cesa de vibrar el Orfeo divino mientras que lentamente y con majestad se acerca el día de su coronación en la Jerusalén divina:

Santa ciudad, Jerusalén bendita,
Dicha visión de paz y de ventura
Que adornada tu frente de hermosura
Allá en los cielos Dios te construyó.
Vivas piedras levantan tus paredes
Tus palacios y alcázares adornan,
Tus fronteras los ángeles coronan,
Comitiva nupcial de tu esplendor.

Duro cincel ya modeló esas piedras
Antes de alzarlas á tan rico asiento,
Y relucen con fino pulimento
Do las puso el Artífice inmortal.
Allí estarán mientras los siglos pasen;
Nunca verán su base carcomida,
Porque forman el templo de la vida,
De la vida que nunca morirá.

En aquella ciudad tan amorosa
Al Dios Omnipotente consagrada
Se oye doquier la música sagrada
Que hacen sonar mil cánticos de amor.
Con estas sinfonías celestiales
Cantan de Dios la Esencia indivisible,
La augusta Trinidad indefinible
Loan también con singular fervor (1).

(1) Estrofas de los himnos que se cantan en la fiesta de la Dedicación de la Iglesia (traducción directa).

II

DON DE TEMOR DE DIOS



II

DON DE TEMOR DE DIOS

S. Luis Beltrán.—S. Vicente Ferrer.—Sta. Rosa de Lima

Es honor del Cristianismo transfigurar las pasiones humanas.

Pero entre todas ellas, ¿cuál hay más difícil de rectificar que el miedo?

El amor y el odio, la esperanza y la desesperación, la tristeza, la ira, la audacia... todas estas pasiones tienen su tinte de grandeza. ¡Pero el miedo...! ¿Quién se atreverá á salir su abogado? ¿Quién se comprometerá, sobre todo, á señalar un destino á este sentimiento infame en un código moral, que se respete á sí mismo y respete los fueros de la humanidad? Intento semejante está prohibido, según parece, á la filosofía humana, que tiene un recelo continuo de no elevarse nunca lo bastante.

Estos *puros* moralistas, necesitan para satisfacerse una doctrina completamente desinteresada. Pero... ¿confesar que el hombre tiene á veces mie-

do? ¿servirse de él para excitarle á la práctica del bien? ¡Qué vergüenza! Ocultemos, pues, esta miseria: y para que no desconcierte el orden magnífico de nuestros preceptos inmaculados, suprimamos de la moral hasta su mismo nombre.

Al Espíritu Divino pertenecía rehabilitar el miedo. Cierto es que el *temor* adoptado por el Espíritu Santo nada tiene de común con el mundano temor; pues mientras éste es el miedo de los hombres, aquél es el temor de Dios. Según testimonio de la Sagrada Escritura, el temor de Dios es el principio de la sabiduría. Y el santo Concilio Tridentino, confirmando la antigua tradición de los siglos cristianos, declara bueno y saludable aun el temor de los castigos con que Dios nos amenaza.

No se contentó el Angélico Doctor Sto. Tomás con introducir el temor en la moral meramente natural, haciéndole materia de la virtud de los pacientes; no bastó á su brillante ingenio haber considerado el temor como motivo legítimo de penitencia; osado intérprete de la audacia divina, quiso darle un lugar en la Teología, y un lugar que le fuese adecuado. No pudiendo hacer del miedo una virtud, porque á pesar de todo conserva cierto carácter de irracional, é impropio de la naturaleza humana, hízole un Don del Espíritu Santo: esto es, algo superior á la razón, una emanación directa de la influencia reguladora de Dios en el humano obrar. Sólo, pues, con este carácter de Don del Espíritu Santo, el *temor* tomará

parte, y muy activa, en la moral cristiana sobrenatural.

Ved ya ahí algunos hombres, que repitiendo los ecos de esta sublime doctrina, se levantan y se atreven á decir, cuan alto pueden, que el temor es para ellos un instrumento de progreso moral y de santificación: hombres que hacen del temor el pensamiento inspirador de su vida, que tienen en una palabra la religión del temor. Y sin embargo, estos hombres no saben lo que es temblar delante de los otros: el justo, que cantó el antiguo poeta, *justum et tenacem propositi virum*, no es más que un niño, si con esos varones independientes hasta el heroísmo se compara; y efectivamente, por sus extraordinarias acciones, vienen á ser representaciones vivas, los más sublimes tipos de la moral humana, divinizada por la revelación de Dios; son los santos más puros, más suaves y más poderosos.

Tres presentaremos aquí, escogidos de la misma familia religiosa de aquel Doctor Santo, que proclamó el Don de Temor: San Luis Beltrán, San Vicente Ferrer y Santa Rosa de Lima.

*
**

¿Había leído el artículo décimo de la cuestión diez y nueve de la *Prima secundae*, el artista profundamente piadoso que meditó los conmovedores Maitines de la fiesta de San Luis Beltrán? Principia el himno con una resonancia imposible de traducir, que forman los suspiros y las disciplinas en que pasaba sus noches.

Estrellas claras de la noche oscura
Que sabéis los lamentos,
Que entre golpes cruentos
Exhalaba San Luis con amargura:

Decidnos los azotes que se daba;
Los hoyos que se hacía,
La sangre que vertía
Cuando sus carnes con placer rasgaba. (1)

Los antifonas, los responsorios, las lecciones principian siempre con una extraña armonía en que se mezclan estas palabras: tribulación, disciplina, cilicio, ayuno, penitencia, muerte... De cuando en cuando, como rompiendo el monótono y melodioso cántico de la salmodia, óyense gritos más penetrantes y más agudos, como este: «Señor, aquí quema, aquí corta: no perdones aquí, para que en la eternidad me perdones.»

¿Alcanzó alguna vez el temor á tener una expresión más viva? Sin embargo, en dirección paralela á este lamento del temor, resuena el cántico de la intrepidez y del desafío: «No temía los millares de pueblos salvajes que le rodeaban; y ni las clavas, ni los peñascos, ni las flechas le causaban pavora.» En boca del Santo se ponen aquellas palabras del Apóstol: «Si agradase á los hombres, no sería siervo de Cristo.» Después, estos dos cánticos, inspirados por el temor de Dios y el

(1) Himno de Maitines.

menosprecio del mundo, se unen en una sola armonía y concluyen entrelazados en un solo himno que es el de la Caridad: «Concédeme, Señor, que muera por tí, ya que á ti plugo morir por mí.»

Y los Maitines concluyen con un grito de triunfo, cuando la furia de las embravecidas olas de la penitencia viene dulcemente á morir en las playas encantadoras del cielo: «Rompiste, Señor, mi cilicio y me rodeaste de alegría para que en siglos de siglos te cante mi ventura.»

*
*
*

San Luis Beltrán significa el Don de Temor de Dios como medio para alcanzar la santificación personal; San Vicente Ferrer representa el mismo Don obrando, y por decirlo así, convertido en Apóstol. A este predicador incomparable no le basta temer á Dios; quiere que toda la tierra tiemble ante su vista.

¡Terrible Santo! Su palabra de fuego se endereza por entero á producir el espanto. Su devoción favorita es el vengador y airado semblante de Cristo, apareciendo sobre las nubes del cielo. Su evangelio es el evangelio del fin del mundo. Su meditación continua le ha hecho experimentar y sufrir de antemano todos los castigos, y su semblante se ha cubierto de palidez ante todos los signos de la justicia divina...: á fuerza de horrorizarse á sí mismo enseñó á horrorizarse á los demás. Así como el viajero, que durante la noche va

bordeando las costas de Sicilia, ve enrojecerse los montes con el fuego sombrío, que despiden las entrañas ardientes del Etna; del mismo modo, la frente de este hombre extraordinario, elevado por Dios á una altura de donde se descubren los horizontes invisibles de la justicia divina, refleja anticipadamente las llamas vengadoras del infierno. A tan inmensa altura cierne sus alas desde el púlpito donde predica: tan penetrante y tan terrible es el acento de su voz, que titubea uno en creer que sea hombre. Su voz es la trompeta que viene á despertar á los vivos y á los muertos; y él es el Angel del Juicio final.

*
*
*

Pero el Don del Temor de Dios no apareció con todas sus manifestaciones ni en San Luis Beltrán ni en San Vicente Ferrer. El mortificado temor del primero es la raíz del árbol que perfora y se hinca en la tierra mediante un trabajo oscuro y fecundo; el temor activo del segundo es el tronco por donde va subiendo tras la rugosa corteza la savia vivificadora; en Santa Rosa de Lima es el temor la flor aromática, que con su perfume le circunda y parece rendir un homenaje supremo y silencioso á la invisible belleza del Criador.

No creáis, sin embargo, encontrar en Santa Rosa de Lima algo que de lejos se parezca al regalo ó á la molicie. No es una santa delicada nuestra joven y bienaventurada hermana; pues su mortificación apenas cede un punto á las terribles peni-

tencias de sus hermanos, que acabamos de ver. Pero sobre el erguido y robusto tallo del temor expiatorio, ábrese, con todo el brillo de su hermosura, la flor trémula y delicada del temor filial, que, según expresión de Sto. Tomás, nada teme tanto como *no someterse lo bastante á su Dios*. Como la rosa que entreabre su capullo, cuando, besada por las rayos del sol, las auras invisibles la acarician y la mecen en la punta de su tallo, así es Santa Rosa de Lima en el jardín de los santos delante de Dios.

Y como la rosa parece compendiar en sus colores magníficos y en su perfume sin igual las más luminosas y caloríficas energías del sol, de la misma manera esta Rosa mística ve nacer y desarrollarse en su corazón como resumidos, todo el calor y la lumbre que infunde el Espíritu Santo en el alma de los justos. Es la pureza que nunca se da por satisfecha; es la humildad en su continuo flujo y reflujo de sufrimiento y de heroísmo; es la oración siempre fervorosa; es en todo género de virtudes un piar continuo por más, una sed de lo finito ó de lo infinito, como se quiera decir, porque en nuestro caso todo es uno; es una tendencia y aspiración perpetua para asemejarse al Padre Celestial; es un escrupuloso cuidado de no perder de vista ninguno de los rasgos de su imagen divina; es una inquietud deliciosa por reproducirlos todos; es una delicada investigación de todos y cada uno de los matices que pre-

senta aquel modelo sobrenatural; es, en una palabra, el temor filial de Dios, temor exento de terror, que tiene por base la confianza, porque conoce ser obra del amor de Dios; y así la única pesadumbre que tiene hincada en su corazón es no sufrir y trabajar bastante por Dios, y permanecer siempre, á pesar de sus esfuerzos, separada por abismo inmensurable de la divina hermosura, de la cara de Dios, que en los cielos vive y reina por los siglos de los siglos.



III

DON DE FORTALEZA



III

DON DE FORTALEZA

Santa Catalina de Ricciis.—San Juan de Colonia.—San Pedro Mártir.

«¿Quién hallará una mujer fuerte?» En vano busco la respuesta en el libro de los Proverbios, donde se halla la anterior pregunta. Veo, es verdad, una descripción ideal de ese tipo de varonil fortaleza, acabada la cual, el texto se abrevia, y termina como de repente el libro de los Proverbios. ¿Será por tanto una ironía, ó al menos una de tantas cuestiones por siempre irresolubles, llamadas *problemas* por los antiguos, y que en nuestro language apellidaríamos *enigmas*? Pero no es ciertamente un enigma; y si lo es, diariamente lo descifra el Espíritu de Dios. A la flaqueza de Eva opone la fortaleza de María, la Madre de los Dolores; frente á la historia lúgubre y funeraria de las recaídas é inconstancias de mujeres, que no se cobijaban bajo el manto protector de Dios, hace resaltar esa magnífica epopeya de santas que encontraron en la inspiración del Espíritu de fortaleza el valor indomable de los héroes.

Y entre éstas brilla con fulgor esplendente Santa Catalina de Riccis.

Las principales manifestaciones de la fuerza son dos: resistir y acometer. Raro es que ambos caracteres estén absolutamente aislados. Sin embargo, ordinariamente prepondera uno de los dos. Puesto que en nuestro caso es preciso escoger entre ambos, diremos que el temperamento de nuestra santa es *de ataque*; el Espíritu de Dios le inspira la ciencia, el arte y el valor de obrar indomablemente en su divino servicio.

Niña aún, *quiere* ser dominica. Si desea obtener el permiso de su padre, ilustre personaje de Florencia, es necesario que intervenga todo el mundo, ora dominicas que se hallan de paso en la ciudad, ora su tío el P. Riccis, ora la superiora del convento de Prato, emparentada con las primeras familias, y persona muy influyente en Florencia. Ésta consigue que Catalina vaya con ella á pasar diez días en su monasterio. Cumplidos éstos, rehusa naturalmente marchar con un hermano suyo, que había ido á buscarla. Acude su padre: la niña no le quiere seguir. Tiene que intervenir la autoridad misma de la priora; Catalina marcha al fin, pero con la condición de volver. No se da prisa su padre por cumplir esta palabra que le había dado, y viene entonces en su ayuda un supremo y sobrenatural recurso: cae enferma, pero enferma *de muerte*. Su padre está desolado. Cierta día, en que sin alivio lloraba junto á su lecho, y con sus

lágrimas regaba la manita desfalleciente de su hija, le miró ésta con ternura y le dijo: «Padre mío: Nuestro Señor me quiere por esposa: déjame marchar y verás qué pronto me curo.» Prométeselo su padre y la niña sana de repente. Su padre la deja marchar; esta vez ha conseguido el logro de sus anhelos.

Quiso ser dominica, y lo fué.

Ya dominica, *quiere* ser una religiosa perfecta hasta lo sumo. «Las religiosas estaban orgullosas teniendo una santita por compañera: sólo querían que esta niña de once años fuese como ellas, prudente, amable, obediente, amiga de la observancia, eso sí; pero que se ajustase en sus acciones á la costumbre general» (1). No era esta ni la voluntad del Espíritu Santo ni el deseo de su fiel servidora.—La íntima comunicación con las cosas del cielo le arrobaba, sustrayéndola al cumplimiento de los tranquilos deberes; veíanse multiplicados los extraordinarios acontecimientos. Turbábase la Comunidad ante aquellas escenas extrañas y llenábase de prevenciones. Se la llegó á mandar que se burlase de todas sus visiones, lo que hizo con un acto heroico; pero éstas, en lugar de desaparecer, siguieron más tenaces.—El cambio de su corazón con el de Jesucristo, la impresión de las divinas llagas y otras sobrenaturales manifestaciones fueron la recompensa de su obediencia rendida, y signo inequívoco de ser cosa de Dios. Como era

(1) *Sainte Catherine de Ricci*, por el R. P. Boitel. Desclée, 1897, p. 7.

esclava de la regla y trataba á todas sus hermanas con familiaridad franca, pero noble, acabó por obtener la ratificación del género de vida que guardaba: su perseverancia, su valor y su energía sobrehumanos, en consorcio eterno y amigable, llegaron á conseguir una victoria decisiva. Catalina *quiso* ser una dominica perfecta y lo fué.

Pero esto no era bastante. Siendo perfecta, *quiso* que también lo fuesen sus hermanas. «Se conocía á la sazón lo que valía y quería manifestar á todos ese valor. Nombrada desde luego subpriora, sobrepujó tanto las esperanzas que de ella se habían concebido, que á la primera vacante fué elegida priora por unanimidad, y entonces sí que colmó la medida. Mujer de inteligencia y de corazón, gobernó con un espíritu de justicia incorruptible..... Siendo ejemplo vivo de austeridad y vigilante custodio de la regla, no dejaba impune falta alguna..... y no toleraba que las religiosas llenaran su corazón de bagatelas ó mundanas afecciones» (1). Sin embargo, la dulzura templaba su firmeza, conforme convenía á un don recibido del cielo. La naturaleza es violenta; pero la verdadera fortaleza es dueña de sí misma y sabe contenerse. «Su modo de mandar era tan maternal, que se sentía gusto en obedecerle.»

Ya se deja comprender que bajo esa dirección tan alta, el convento de Prato llegaría á ser un

(1) Obra citada, p 17 y 18.

foco de vida religiosa modelo. Había *querido* Catalina que sus hermanas fueran perfectas, y lo fueron.

Pero ni aun esto bastaba á su corazón ardiente. *Quería* que la perfección y la santidad, que anidaban en el convento de Prato, irradiasen en todo su alrededor, en su Orden y en aquella Florencia tan amada, cuyo ángel protector era ella. Tuvo discípulos como los había tenido Santa Catalina de Sena. «Su Orden le proporcionó los primeros. Provinciales y priores la llamaban su Madre: religiosos de gran valer tenían á grande estiman tratar con ella y gozaban siguiendo sus consejos. Toda su familia estaba enteramente en su mano..... Muchedumbre de discípulos tenía en la aristocracia florentina, almas elevadas, capaces de las más heroicas virtudes, cívicas y cristianas..... En su mayor parte vivían en medio del mundo una vida que no hubiera desdicho en el claustro.» Otras almas, todavía más perfectas, buscaban con ansia su amistad. Basta recordar á Sta. María Magdalena de Pazzis, San Felipe Neri, San Carlos Borromeo, San Pío V y Savonarola. Siempre Catalina permaneció fiel á este hombre extraordinario, y Prato llegó á ser el asilo bendito de su memoria. Por su numerosa correspondencia, por las muchas visitas que recibía y la edificación que sentían cuantos trataban con Prato, vino Catalina á poner el sello á la obra continua de su vida. Había *querido* que Prato fuese un foco de vida perfecta, y lo fué.

De este modo se desarrolla la unidad vigorosa de esta vida, en medio de los más temibles obstáculos. Háblele enseñado el Espíritu de Dios á *querer* valerosamente cuanto El *quisiera*, y ella lo *quiso* sin conocer desfallecimiento. Dominica, Perfecta, Imán de virtud y Foco de Apostolado; he aquí los sucesivos progresos de su atrevido impulso. Catalina es, pues, dechado de este primer aspecto del Don de Fortaleza.

*
* *

De Italia, tierra clásica de los aventureros heroicos, pasamos á Holanda, país de los valerosos sufridos, y nos encontraremos con una multitud de pueblos, que sin apurarse dominan por medio de diques las invasiones del mar, y son los padres de los héroes que en todo tiempo, guarecidos en sus trincheras, esperaron con calma al enemigo, y sin conocer el temblor, consiguieron incomparables victorias, con sólo no ceder, volviendo atrás, un palmo de terreno. Holanda es el país de la fuerza; mas no de la fuerza que acomete, sino de la que resiste sin aflojar un puño. El Espíritu Divino, que por la caridad mora en las almas, temple á menudo su acción, acomodándolas á nuestras disposiciones naturales. Y como la caridad sabe sufrir, *charitas patiens est*, no es raro que en Holanda nos encontremos con una raza de santos, dechados de caridad valerosa, pero sufrida.

Hacia veinte años que San Juan de Gorkum (1)

(1) En España suele también llamarse San Juan de Colonia.

administraba la parroquia de Horu. La Holanda entera yacía devastada, víctima de la secta de los Mendigos, y la Religión Católica era proscrita en gran parte del territorio. En la parroquia de Gorkum (1), á dos millas de Horu, los calvinistas han hecho ya prisioneros á gran número de sacerdotes y religiosos que, aherrojados en la ciudadela, tienen que sufrir de sus verdugos las más ignominiosas vejaciones. En tanto, Juan de Gorkum permanece entre sus feligreses, aunque disfrazado en traje seglar, para poder seguir desempeñando su ministerio. Llega á penetrar hasta en la misma cárcel de Gorkum, y consigue llevar á sus hermanos prisioneros la sagrada Eucaristía. Toma á su cargo la extensa parroquia devastada, pero sus idas y venidas le descubren. Hecho á su vez prisionero, es encarcelado con los futuros compañeros de su martirio.

Ya se puede imaginar cuántas y cuán horribles torturas inventarían sus verdugos. Despojados de sus hábitos religiosos, medio desnudos, se les transporta á Brille, mediante una travesía mortal de veinte horas.

En Dordrecht (2) les recibe el populacho, cubriéndolos de inmundicias y colmándolos de injurias. Y como si fueran fieras encerradas en jaulas, se les puede ir á ver á su barca, pagando la entrada.... En Brille les obligan á rodear la masa en

(1) Ó Gorinchen.

(2) Ó Dort.

que los verdugos celebran su triste victoria con una orgía. Ordénaseles al día siguiente que se dirijan, arrastrándose de rodillas, hacia el lugar donde se ajusticiaba, y se les manda dar tres vueltas alrededor de una horca. Ellos, creyendo llegada su última hora, cantan la *Salve, Regina.....*; pero todo aquello no era más que una farsa. Llévanlos entre burladora muchedumbre á la plaza del mercado, en que hay levantada otra horca. Ellos cantan el *Te Deum*. Nueva farsa: la jornada concluye en la cárcel.

El 7 de Julio son llevados ante el tribunal del gobernador. Les intiman abjurar de la presencia real de Jesucristo en la Eucaristía y de la supremacía de la Santa Sede. Tres sucumben, pero los demás resisten. Al siguiente día, uno de los apóstatas, que era novicio franciscano, vino á llenar el hueco que había dejado en el sagrado cortejo.

Es el 9 de Julio de 1572. Entre las ruinas y escombros de un saqueado convento de Agustinos, se descubre un viejo granero, cuyo techo desvenado apenas lo sostienen algunas vigas, desafiantes del tiempo. Frente por frente á estas vigas son colocados en fila los confesores de la fe, desnudas sus carnes. Los esbirros cogen primeramente á Nicolás Pich, guardián de los Franciscanos que, atada una cuerda al cuello, es en una viga levantado en alto. Y mientras el mártir sufre y se desangra, tientan los herejes el último esfuerzo para hacer que los demás apostaten. Toma Juan

la palabra, y en nombre de todos sus compañeros proclama la presencia real de Jesucristo en la Eucaristía y el Primado del Papa. Sin embargo, dos de ellos, víctimas de la debilidad, sucumben; pero los otros aprétanse más y más en varonil falange, y, cada uno en sus puestos, aperciéndose para el combate. Uno á uno, atadas las sogas á sus gargantas, son levantados en alto desde las vigas del techo, é izados como banderas de exterminio. Uno de los últimos queda Juan de Gorkum; pero su valor no flaquea, siendo ejecutado al llegar el turno. Diez y nueve cadáveres cuelgan del patíbulo; la muchedumbre se encarniza en ellos, los desmiembra, los despedaza.... y clava en las puntas de las picas sus miembros mutilados chorreando sangre, y en horrible procesión cruza á Brille en todas direcciones. Para coronar fiesta tan sangrienta, reúnen todos aquellos despojos de la muerte en la plaza del mercado y son vendidos al mejor postor (1). En este horroroso drama todo es resistencia, inmolación sufrida y paciencia indomable; ni por asomos aparece el impulso ni el ataque. La fuerza se concentra en un solo acto: no ceder jamás. Conforme crecen la agresión y el ataque, crece también el espíritu de resistencia. ¿Qué espíritu inspira á nuestros mártires aquellas enérgicas repulsas, denegaciones

(1) Todos estos datos están tomados de la «Noticia ó Relación de San Juan de Colonia y compañeros mártires», escrita por el R. P. Mortier. Descléo, 1899.

sublimes y heroicos sufrimientos, sino el Espíritu de Fortaleza, más admirable tal vez en quien soporta las aficciones con paciencia, ageno de todo humano consuelo, que en quien obra con todo el entusiasmo de la actividad?... ¡Qué lumbre tan clara caerá sobre las almas que llame Dios á la vida del sufrimiento....!

*
* *

Sobre las losas del Capítulo del convento de Bolonia yace tendido Pedro de Verona. Corrió una voz que le acusaba de una acción deshonrosa, y por ella es proclamado. El prior le insta para que se justifique; pero él, hincadas en el polvo las rodillas, lo rehusa, y se contenta únicamente con protestar de su inocencia. Los testimonios parecen, sin embargo, convincentes; y Fr. Pedro, arrojado del convento de Bolonia, es desterrado á Jesi, en Las Marcas de Ancona, y marcha deshonorado. Así permanece penitenciado durante mucho tiempo, sufriendo sin murmurar aquella prueba que Dios le envía. Llega, por fin, la hora de que la verdad brille con su inmaculado resplandor; la inocencia de Fr. Pedro es reconocida y proclamada, y vuelve á su convento, ceñida la frente con la aureola de los valientes que saben sufrir con paciencia y magnanimidad de corazón.

Pero ya llegó el tiempo de combatir. Fr. Pedro es inquisidor, esto es, tiene el encargo de desmascarar y perseguir la herejía. El teatro de sus operaciones se alza en medio de los mayores peli-

gros, que le rodean por todas partes, pues sería error creer que sólo tenía que sufrir por parte de los herejes. Esfuérsase por convencerlos, valiéndose principalmente de la predicación; y tan grande es su intrepidez, y tan brillante y extraordinario el éxito, que llega á ser el blanco de todas las asechanzas. «He de morir á manos de los herejes», repite con frecuencia; y continúa sin palidecer en su misión heroica.—En 1252 se arma un complot para asesinarle; Fr. Pedro no lo ignora. Anuncia á sus hermanos de Como, que su fin está próximo, y además les advierte que su martirio tendrá lugar entre Como y Milán.

Y después de pronunciar el último discurso de despedida, marcha á Milán, á donde le llama el cumplimiento de su deber. En el camino le está preparada la emboscada.

El Santo, junto con sus compañeros, canta las estrofas del himno *Victimae paschali laudes*, y marcha delante de todos con sólo Fr. Domingo. Al cruzar un soto espeso y sombrío, los asesinos se precipitan sobre él, y con una podadera, le parten la cabeza de un tajo. Fr. Pedro exclama: «en tus manos, Señor, encomiendo mi espíritu» y, reanimando un poco sus moribundas fuerzas, escribe en el polvo con el dedo empapado en su sangre estas palabras: *Credo in Deum, creo en Dios.*

*
**

Bienaventurados los que han hambre y sed de justicia, porque ellos serán hartos. En estas pala-

bras está encerrado todo el fondo espiritual de nuestros tres santos: Santa Catalina tiene hambre y sed de la justicia debida á Dios, conviene saber de la santidad, que produce y forma los verdaderos justos; San Juan tiene hambre y sed de la justicia que consiste en cumplir con su deber y serle fiel hasta la muerte; San Pedro Mártir, que sabe adorar la justicia divina cuando inocente le hiere, sabe también coadyuvar al cumplimiento de lo que exige la misma justicia para salvar la inocencia.

Intrepidez en el ataque y paciencia en el servicio de Dios, tales son los caracteres de nuestros tres santos, que al presente—en cumplimiento de la promesa—ya son hartos. Entre los resplandores del cielo, de donde toda injusticia huye desterrada, ven en su misma fuente la voluntad divina lanzando anatemas contra las humanas injusticias y aprobando todas las intenciones justas.

Nosotros, que padecemos persecuciones por la justicia y aborrecemos la iniquidad, levantemos los ojos al cielo y avivemos nuestro esfuerzo. La presente lucha pasará pronto; en pos de la persecución y del martirio vienen siempre días de gloria.

No está lejos de nosotros el reino de Dios, el reino de la justicia, donde ya viven nuestros santos, invitándonos al sufrimiento.

Bienaventurados los que han hambre y sed de justicia, porque ellos serán hartos.

IV

DON DE PIEDAD



IV

DON DE PIEDAD

Santa Inés de Montepoliciano.—San Pío V.—San Raimundo de Peñafort.

Uno de los caracteres más principales del Cristianismo es la piedad filial hacia Dios. Sin tocar siquiera la cuestión, más sutil que importante, de si es ó no por sí sola la esencia del Cristianismo, debemos reconocer, no obstante, que el culto de la divina Paternidad se destaca en nuestra religión de incomparable manera.

El paganismo y la filosofía honraron á Dios, al Creador, al Juez, á la Providencia; pero nosotros adoramos en Él al Padre consustancial de Nuestro Señor Jesucristo, que también es nuestro Padre por adopción, pudiéndole nosotros decir con toda verdad: Padre Nuestro que estás en los Cielos.....

Si nadie puede pronunciar el nombre de Jesús sino por el Espíritu Santo, como dice el Apóstol, con mayor razón debe suceder esto en el nombre de nuestro Padre celestial. El Espíritu Santo está á la cabeza de toda nuestra actividad sobrenatu-

ral; y por cierto que la gobierna á maravilla: ¿cómo podríamos producir actos reservados á la Divinidad, como es, por ejemplo, el amor eficaz á Dios, sino fuera Dios mismo el principio interno de nuestra vida por medio de sus inspiraciones y mociones?

Entre éstas, dice Santo Tomás, hay una que nos mueve á tener á Dios un amor filial, conforme lo que dice el Apóstol en su Epístola á los Romanos (c. VIII): «Habéis recibido el espíritu de adopción de hijos, en virtud del cual clamamos con toda confianza: Abba, esto es ¡oh Padre mío! Y por cuanto á la piedad corresponde guardar á nuestros padres el culto y la veneración debidos, síguese que cuando por inspiración del Espíritu Santo damos á Dios el culto que se le debe como á Padre, obramos bajo la influencia de un Don de aquel divino Espíritu, del Don de Piedad.» (1)

Todos los Santos de la Orden de Predicadores poseyeron el espíritu de hijos de adopción y todos obraron bajo el influjo dulcísimo del Don de Piedad. Si de los dípticos de nuestra Orden escogemos los nombres de Santa Inés de Montepoliciano, San Pío V y de S. Raimundo de Peñafort, no lo hacemos con una intención exclusiva, sino porque nos pareció que ofrecían estos santos ciertos aspectos originales del Espíritu de piedad filial.

Enséñanos, con efecto, Santo Tomás que el Don de Piedad no tiene uniforme la operación. En una

(1) *Suma teológica*, 2.^a 2.^{ae}, q. 121, a 1.

familia el amor de los hijos debe primeramente dirigirse al padre, unidad y fundamento de la sociedad democrática; pero al instante y por un movimiento natural, aquel amor redundaba en la madre, y de ésta pasa á cuantos tienen con la familia alguna relación, próxima ó lejana. El amor al padre, á la madre y á la familia: éstas son las manifestaciones típicas del amor filial.

Ahora bien: como el Padre de la familia cristiana es Dios, y su Madre es la Virgen María, y la Iglesia católica el círculo á do se extienden sus relaciones, me pareció muy del caso presentar como símbolos de esos tres aspectos de la piedad filial católica á Santa Inés, San Pío V y San Raimundo de Peñafort.

* * *

Mientras uno es niño es cuando conserva mejor que nunca el carácter de hijo. Y por esto cabalmente fué la bienaventurada Inés una hija ternísima y querida del Padre celestial ¡Entró en religión á los nueve años! Y no lo hizo movida por violencia, ni por capricho, ni por sensibilidad, ni por sola imaginación: obedeció á una inclinación profunda y sobrenatural, que no sabría nunca desfallecer y crecería siempre en el mismo sentido, señal inequívoca de la intervención del Espíritu Santo, de aquel mismo Espíritu, que desde los trece años inspiró á la niña mártir homónima y Patrona de nuestra santa Inés, la virgen y mártir romana, de quien decía enternecido el gran

Padre de la Iglesia San Ambrosio: «Apenas tiene donde recibir el golpe de la espada y ya tiene valor para vencer la muerte...» Pues, ¿qué? ¿no es una misma para el Espíritu, que donde quiere inspira, la vida religiosa y la del martirio? Lo cierto es que aquella niña, desde el momento en que pisó el claustro, murió completamente para el mundo; su oración fué continua, y la piedad que guardó á su Padre celestial estuvo bañada de entera confianza y gran ternura.

¡Cosa admirable! Esta Santa era en su niñez tan madura ya como piadosa. No le faltaban talentos prácticos, ni aun dotes de gobierno. Esta diminuta sierva del Rey eterno fué como algunos niños que ya desde los albores de su infancia, en los umbrales de la escuela paterna, manifiestan cualidades serias propias más bien de la edad madura. Cuando apenas contaba Inés catorce años era por las religiosas considerada como su madrecita. Se le confió la procuración de su monasterio y todas sus gestiones llenaban el timbre de un cabal conocimiento de las cosas. Vedla ya, á los quince años, abadesa de un convento vecino! Hasta el fin de su vida, siempre fué superiora, como si el Señor y Gobernador de todas las cosas hubiera querido investir con la semejanza de su Paternidad á esta niña, que sólo ambicionaba vivir bajo su filial dependencia.

Nuestro Señor Jesucristo es el ejemplar de piedad filial para con el Padre. Y porque de la unión

nace la semejanza, la unión íntima con Jesucristo vendrá siempre á resolverse en un sentimiento más profundo de respeto y de amor al Padre Eterno. Ahora bien: ¿quién jamás poseyó una unión más íntima, y casi familiar, con Jesucristo, que la poseída por Santa Inés?—Difícil es á una lengua humana, expresar sin marchitarlas la elevación y delicadeza de sus visiones sobrenaturales. La Iglesia Santa, que para eso tiene gracia y misión especial, no vaciló en hacer un epitalamio del oficio divino consagrado á la memoria de Santa Inés.

Un día alboreó de grande gozo
Y místico alborozo;
Del Cordero las bodas ya vinieron
La Corderita va tras el Cordero,
Y en lazo cariñoso
Se entrelazan la Esposa y el Esposó.

(Himno de Laudés)

Ora, pues, se evoquen los sentimientos de amor filial que añidaban en el corazón del Hijo' de Dios, ora la incomparable súplica dirigida á su Padre y conservada por San Juan (c. XVII), nadie tema poner en labios de la esposa del Cordero aquellos expresivos y sentimientos piadosos guardadas siempre las debidas proporciones.

Santo Tomás, que según su costumbre ve desarrollarse en cada uno de los Dones del Espíritu Santo una Bienaventuranza evangélica, al llegar al Don de Piedad, vacila en aplicarle la Bienaven-

turanza de los que han hambre y sed de justicia, ó la de los mansos de corazón (1) y concluye dejando el cuidado de determinarlo á los distintos caracteres de los santos. Respecto de Santa Inés de Montepoliciano, no puede dudarse que, la mansedumbre y la dulzura presidían todos sus actos, ora los sentimientos de piedad que dirigía al Padre celestial, ora el maternal gobierno con que regía á sus hermanas; resplandecía su mansedumbre y su dulzura en los pobres que socorria, en los viajeros y peregrinos que hospedaba, y en los pecadores que convertía. Dios reconoció la dulzura de su sierva fiel, rodeando su muerte de fenómenos significativos. «Un dulcísimo perfume se difundió por doquiera.» «Todo, hasta los paños empapados en los sudores de su agonía, exhalaba un olor de incienso, que por completo llenaba los ámbitos de la celda» (2). Olor de incienso, dulcísimo perfume, piedad, dulzura; he ahí los timbres característicos de Santa Inés.

*
* *

Muy distintamente se presenta el Don de Piedad en San Pío V, teniendo por fundamento la hambre y sed de justicia. Guerra y culto; tales son los aspectos en que sobresale su actividad. El espíritu guerrero que le inflama nace de la piedad, porque la guerra que declara es guerra santa: guerra contra los infieles de fuera que amenazan inundarlo

(1) *Suma teológica*, 2.^a 2.^{ae}, q. 121, a. 2.

(2) *Sainte Agnès de Montpolilien*, por el R. P. Boitel, Desclée, 1898.

todo, y guerra contra los infieles domésticos que amagan corromperlo todo. El celo por el culto nace en él de una piedad profunda, que se manifiesta cuando emprende la reforma de la gran liturgia de la Iglesia, y muy principalmente en la devoción, piadosa por excelencia, donde centuplicadas Ave-Marías entrelazan el nombre de la Madre de la familia cristiana, la Virgen María, con el del Padre que está en los cielos: esta devoción es el Santísimo Rosario.

En el oficio que la Iglesia consagra á San Pio V, vislúmbrase por doquier esa alianza sublime entre la justicia, que á las armas apela si es preciso, y la piedad, que vive de la oración. La Capítula de primeras vísperas viene á ser como el programa: «Te revistirá el Señor de un doble manto (diploide) de justicia y pondrá sobre tu cabeza una diadema (mitram) de honra sempiterna, pues en ti dará á conocer Dios su magnificencia, á todos los hombres que existen debajo del cielo, porque tu nombre, el nombre que te impondrá Dios para siempre será éste: «La paz de la justicia y la gloria de la piedad» (1).

Preséntanse, durante los Maitines, las figuras religiosas á la par que guerreras del Antiguo Testamento: ora es Moisés en la cumbre de la montaña, extendiendo sus brazos sobre los Amalecitas subyugados: imagen admirable del Santo Pontífice, que durante la batalla de Lepanto enviaba

(1) Baruch, V.

al cielo sus plegarias, junto con todas las cofradías del Rosario, ora es San Miguel aplastando al infernal dragón, bella imagen del angélico Papa, que no toma el nombre de Pío (piadoso) sino para combatir la impiedad. En medio de estas varoniles alabanzas óyense como los chasquidos fragorosos del combate; el ardor de su fe es el ardor del guerrero; fuerte es su esperanza como una armadura, y su caridad no se amilana ante la muchedumbre de los enemigos.

En los Laudes se hace resaltar la armonía que hubo entre la piedad del nombre que el santo Pontífice escogió y su gobierno prudente y reparador, su justicia en reprimir los vicios, la constancia, la continencia, la abstinencia y la templanza, todas las virtudes, en fin, por cuyo medio consiguió sobre sí mismo sus más brillantes victorias. Es, según la Capítula de Sexta, el Príncipe de sus hermanos, el sostén de su rebaño y el vigor de su pueblo; y la Capítula de Nona, respondiendo á esta voz como un eco, manifiesta el secreto de su poder: es porque alabó al Señor con todo su corazón, y amó á Dios su Criador.

La oración de la festividad, resumiendo y entrelazando en una misma petición los dos aspectos de este Santo incomparable, se expresa de la siguiente manera: «¡Oh Dios, que para destruir los enemigos de tu Iglesia y reparar tu divino culto, te dignaste elegir al bienaventurado Pío, Sumo Pontífice; haz que con su ayuda seamos defendi-

dos y de tal modo nos entreguemos á tu servicio, que vencidas las asechanzas de todos nuestros enemigos, gocemos de una paz perpetua.» Amén.

*
* *

El Don de Piedad no podía manifestarse de una misma manera en la niña santa de Montepolciano y en el Papa guerrero del Rosario. «Una estrella se diferencia de otra por la claridad.» Del propio modo, no podía ser piadoso, al estilo de un soldado varonil de Cristo ó de una jovencita religiosa, el anciano centenario, que vió comenzar su juventud religiosa hacia el quincuagésimo año de su vida; el sabio consagrado á los estudios solitarios, que si tomó un instante el gobierno de su Orden, fué para renunciarlo en seguida. Lo que caracteriza á S. Raimundo, es el culto de la familia cristiana, considerada, no ya en su Jefe divino ó en su Madre bendita, sino en sí misma, en su espíritu, en su historia, en sus recuerdos y en sus gloriosas tradiciones.

¿Quién hay que no haya tropezado en los días de su vida con algunos de esos sabios encanecidos por la edad ó por el espíritu, que ponen todo su corazón en buscar, descubrir, clasificar y publicar cuantos documentos atañen á la vida y gloria de su patria, de su provincia, ciudad, ó aldea; de su familia religiosa ó terrena? ¿Acaso no pertenece, en su manera, á la piedad este culto cuidadoso de los pergaminos de familia?

«Aquel investiga con piedad, ó piadosamente,

dice San Agustín,—que venera la Sagrada Escritura, y no se atreve á censurar lo que todavía no comprende» (1). Así es como San Raimundo de Peñafort fué piadoso. Inspirado por Dios, y bajo el mandato del Soberano Pontífice, Gregorio IX, emprendió, á la mitad de sus días, la colección de las *Decretales*, esto es, de todos los textos, actas, recuerdos y tradiciones, de todos los hechos memorables de esa gran familia, llamada Iglesia católica. Aun son hoy los cinco libros de las *Decretales*, junto con el Decreto de Graciano, al que completan, la base de la legislación de la Iglesia. De ellas nace, en gran parte, el orden eclesiástico, la armonía social, que nosotros, los católicos del siglo veinte, disfrutamos, sin advertir siquiera cuántos sudores y fatigas fueron menester para proporcionarnos esta hermosura.

Nuestro encarecido hermano San Raimundo yérguese en medio de los tiempos conservando lo pasado y asegurando lo porvenir, inspirado como fué de un espíritu profundo de piedad hacia la familia, que á Dios tiene por Padre y á la Virgen Santísima por Madre.

Copia en sí mismo las costumbres pías,
Que dan á su alma nivea blancura...
Toda virtud le da sus resplandores
Para que brille más.

Los monumentos de los Santos Padres

(1) *Sermo in monte*, 4. Estas palabras están tomadas del Capítulo en que San Agustín relaciona las Bienaventuranzas con los Doctores.

Las tradiciones de la fe cristiana
Las reglas del Derecho antiguo y santo
Con arte recogió (1).

Santo Tomás, verdaderamente pródigo para el Don de Piedad, descubre en él una tercera analogía con las Bienaventuranzas del Evangelio. Háblele ya juntado la Bienaventuranza de los mansos, y la de los que han hambre y sed de la justicia; mas ahora también le asemeja á la de los misericordiosos (2).

Cabalmente, bajo este último aspecto se amolda primorosamente á San Raimundo. ¿Por ventura no parece que pasó la mejor parte de su vida en el árido estudio del Derecho, únicamente para merecer ser un día, en el cargo de Gran Penitenciario, el órgano supremo de las misericordias divinas en la Iglesia? La sincera piedad que le inspira, le hace no menos cuidadoso de la salud de los últimos hijos de la Iglesia, que de los intereses que entraña su gobierno general. ¿Cómo no reconocer una vez más en este rasgo admirable un don excelente del Espíritu de Dios?

(1) Himno de Vísperas.

(2) *Summa theol.*, 2.^a 2^a ae, q. 121, a 2.



DON DE CONSEJO



V

DON DE CONSEJO

San Antonino de florencia.

Lucha es la vida para la prudencia humana. Los intereses de los hombres son opuestos entre sí: lo que es bien para uno, tórnase en mal para otro con harta frecuencia; y esto se ve más claramente cuando de humanos negocios se trata, donde se descubren los mil y mil obstáculos y emboscadas y maniobras diferentes, con mayor ó menor franqueza confesadas, que ante nuestros mejores proyectos, nacen y se esconden en los contraproyectos de nuestro prójimo, inspirados por su propio interés, á veces bajo muy laudables consideraciones.

El diplomático, el administrador, el negociante, el hombre simplemente prevenido y prudente en el arreglo de su gobierno personal, tienen que consentir, al parecer, las más de las veces en las desgracias ajenas, y han de resignarse á tomar sus dosis de pesimismo, cuando de hombres ó de humanas pesadumbres se trate.

No tiene, á la verdad, tales flaquezas la prudencia que Dios inspira. El Espíritu Santo asiste al inefable Consejo de la Trinidad Beatísima, donde desde la eternidad se tratan los intereses de la humanidad y del mundo; y, sin embargo, su nombre es *Amor*. Y Aquél, á quien Isaías llamó el Consejero por excelencia, *Consiliarius*, da principio á su vida pública aplicándose aquellas palabras del mismo inspirado profeta: «El Espíritu del Señor reposó sobre mí; por lo cual me ha consagrado con su unción divina y me ha enviado á evangelizar á los pobres, á curar á los que tienen el corazón contrito, á anunciar la libertad á los cautivos» (1).

También Santo Tomás, imitando el ejemplo de San Agustín, tuvo la audacia de relacionar la Bienaventuranza de los misericordiosos con el Don de Consejo, é indicó la piedad para con los desgraciados, como norma distintiva de esta clase de prudentes, cuya diplomacia es directamente regulada por el Espíritu de Dios (2).

San Antonino se nos presenta como la encarnación misma de esta prudencia dirigida por el Espíritu Santo. Así lo atestigua la Iglesia cuando le aplica aquellas expresiones de Job, que forman la primera lección de los Maitines de su oficio: «Cuando salía á las puertas de la ciudad, y allí en la plaza me disponían un asiento, en viéndome los

(1) Luc. IV, 18.

(2) 2.^a 2. ae, q. 52, a. 4, a.

jóvenes se retiraban, y los ancianos se levantaban y mantenían en pie. Los magnates no hablaban más y cerraban sus labios con el dedo. Quedaban sin osar hablar los capitanes, y con la lengua pegada al paladar. Bienaventurado me llamaba todo el que oía mis palabras y decía bien de mí cualquiera que me miraba; pues yo había librado al pobre que gritaba socorro; y al huérfano que no tenía defensor. Me llenaba de bendiciones el que hubiera perecido sin mi auxilio; y yo confortaba el corazón de la viuda desolada. Era yo ojos para el ciego, y pies para el cojo: era el padre de los pobres» (1).

Esta escena, pintada con los vivos colores del estilo oriental, fantástico por antonomasia ¿no expresa por ventura la alianza característica del Don de Consejo, que hay entre la Prudencia, que por sí misma se impone á los oyentes, y la Misericordia que arrebatada espontáneas bendiciones?

Pero sigamos, siquiera sea rápidamente, estas dos manifestaciones de un mismo Espíritu en la vida de nuestro Santo.

Jamás se mostró tan prudente, tan diplomático y previsor como el día en que, simple adolescente llamó á la puerta del Convento de Fiésole. Con una de esas miradas límpidas y serenas, que no puede tener la edad madura, aquel niño ha juzgado al mundo y reconocido ya la vanidad de cuantas ilusiones le rodean en la ciudad de las Flores;

(1) Job, 29.

quiere á Dios y sólo á Dios. Semejante al mercader, que habiendo encontrado una margarita vende todos sus bienes para comprarla, así nuestro precoz negociante está resuelto á darlo todo para ser fraile. El prior del convento, creyendo desembarazarse cortesmente de aquel joven, débil y raquítico, que tan impropio parecía para sobrellevar el peso de las observancias de la Orden, le dijo: «Cuando sepas de memoria este gran volumen, entonces te admitiremos.» El volumen á que aludía era el Decreto, el Código fundamental del Derecho eclesiástico. Nada podía buscarse más molesto para la joven inteligencia del postulante. Sin embargo, aquella oferta del P. Prior entró al instante en sus santos cálculos. Un año más tarde, vuelve con el Decreto y pide ser interrogado; su memoria es imperturbable: es admitido.

Su genio, como doctor, data quizás de este su primer esfuerzo intelectual. «Ante todo, dice un biógrafo (1), San Antonino es moralista. Si trata del dogma en su *Suma teológica*, es para sacar de ahí sus principios de moral. En los cuatro cuadros sucesivos, que forman las cuatro partes esenciales de su obra, muestra en el primer diseño el alma humana en su primitiva nobleza, inmortal destino, dones y potencias. En la segunda parte, tras los dichos toques de luz pinta la sombra del pecado, sus causas, desórdenes y verguenzas. Sin abandonar sus caminos, síguelo en todas sus ra-

(1) *Saint Antonin*, por el R. P. Mortier, pág.27.

mificaciones, mostrando la fealdad del vicio en cuantas circunstancias puede encontrarse el hombre y trazando á cada uno con mano segura la línea de conducta que debe seguir para con Dios, consigo mismo y con los demás; y termina señalando el único camino capaz de conducir de nuevo al alma descarriada y caída á su primitiva nobleza y hermosura: ese camino es la gracia de Dios, los dones del Espíritu Santo y la piedad hacia la Virgen Santísima.»

«No pierde San Antonino su carácter de moralista ni en sus mismas *Crónicas*, que son uno de los primeros ensayos de historia universal; el ideal que persigue en la historia de los pueblos, lo que ve y señala con el dedo, es la acción soberana, directriz y bienhechora de la divina Providencia.»

Esta orientación práctica de su espíritu le destinaba naturalmente á los cargos administrativos. Siendo Prior de San Marcos, dejó timbrado su gobierno con el sello de una prudencia superior. Dotado de un cabal conocimiento de la realidad, consideró siempre el fin sobrenatural como la suprema de todas las realidades. Un ejemplo entre mil: «Su primer acto administrativo fué la reconstrucción de su Convento.» El cajero fué Cosme de Médicis y el arquitecto San Antonino. Cosme estaba acostumbrado á la esplendidez de sus palacios, era rico, y dádivo se mostraba muy á su gusto; quería Cosme edificar á su santo amigo un vasto y saludable monasterio; mas no pudo aca-

bar de convencer al Prior. Éste trazó el plano, dió las medidas y vigiló cuidadosamente por su ejecución para evitar cualquier sorpresa de su espléndido donante» (1). El resultado fué ese tan religioso claustro de San Marcos, donde la elegancia y sencillez de líneas compiten con la dulce armonía de los lugares religiosos; ventajas éstas, cuya importancia jamás se ponderará lo bastante. Si, como justamente se ha dicho (2), las celdas son demasiado estrechas, no olvidemos que cada una de ellas se enriqueció por orden del Santo, con un fresco del Beato Angélico, radiosa abertura por donde se descubrían los infinitos horizontes del cielo.

Tenemos que abreviar. San Antonino llega á ser Arzobispo de Florencia. Y ahora ¿qué alabaremos con preferencia; las acertadas medidas de su gobierno habitual ó la valentía de sus verdaderos golpes de estado? Amigo de los Médicis, sabe defender contra ellos, á fuer de republicano convencido, los derechos de la Constitución y del pueblo, no menos que los de la Iglesia. Ya antes, en su celda de San Marcos, venía Cosme durante la noche á tratar con él los negocios de la República. Al presente le son confiadas misiones oficiales, y de todas le saca airoso su grande ingenio. «La santidad no impedía el desarrollo de su habilidad en el desempeño de los negocios, y sus compañe-

(1) *Saint Antonin*, pág. 8.

(2) *Ibid.*

ros podían muy bien escribir á la Señoría que su embajador hacía maravillas, habiéndose conquistado el aprecio y la simpatía universal.» (1) La posteridad no le había de conocer más tarde con otro nombre que con el de Antonino el Consejero, *Antoninus Consiliorum*.

En las distintas etapas de su vida, postulante, profesor, Prior de San Marcos, Arzobispo de Florencia, consejero de los Médicis, embajador de la República, San Antonino nunca se desmiente: su carácter práctico se desarrolla y acrecienta siempre en un mismo sentido, con una unidad imperturbable. ¿No es esta la actividad de una alma aconsejada por los inefables Consejos del Altísimo? *Motio mentis conciliatae ab Alio conciliante* (2), dice Santo Tomás. Dios mueve á cada ser según su naturaleza propia: mueve al cuerpo en el espacio y al ángel en el tiempo, ¿por qué, pues, no ha de obrar también según el temperamento que tengan los prudentes de este mundo que á su dirección se entregan? (3) ¿Qué extraño es que la actividad de los santos, aun cuando tenga las apariencias de la prudencia humana, se manifieste superior á la incierta diplomacia de los hombres, con toda la superioridad propia de los consejos de Dios? (4). Ved ahí el secreto de San Antonino:

(1) *Saint Antonin*, pág. 24.

(2) 2.^a 2.^{ae} q. 52, ad 1.^{um}.

(3) 2.^a 2.^{ae}, q. 52, ar. 1.

(4) *Ibid*, ad 3.^{um}.

el Espíritu Santo reside en su corazón: á Él sólo consulta, y á los prudentes de este mundo podía responder como la otra heroína, inspirada también del mismo modo, aunque con muy diferente vocación: «Vosotros habéis atendido á vuestro consejo, y yo también he atendido al mío.»

Pero lo que San Antonino adquirió principalmente en el consejo de Dios es la piedad para con los desgraciados. ¿De dónde proviene esto?

Dadme un hombre de verdadera prudencia, no de esa prudencia mezquina que se limita á pequeñeces; si ese hombre de amplia y generosa prudencia llega á comprenderse á sí mismo verá que una multitud de cosas le sobrepujan. *Cogitationes hominum timidae et incertae providentiae nostrae.* Si alguien no experimentó esto, motivo hay para dudar de su perspicacia. ¿Qué grado más subido de verdad alcanzará lo dicho, tratándose de la prudencia sobrenatural, de esa prudencia que pretende descubrir y contrarrestar, mediante una política santa, las astucias y extratagemas y asechanzas que doquiera extiende la diplomacia del mal, con el afán de torcer á los hombres del camino de la bienaventuranza?

Ante un enemigo tan poderoso, tan perseverante á la par que tan astuto, poco ó casi nada figuraría la lucidez de un talento extraordinario, ni aunque fuera un genio. Para proveer á tan grandes males, para garantizarnos á nosotros, y á los que en nuestra dirección se confían, el bene-

ficio de caminar por vía segura hacia el último fin, no basta ciertamente un hombre; de todo punto es indispensable la intervención de Dios (1).

Pero, me dirás: supuesto que sea verdad todo lo dicho, ¿como conseguiremos que Dios entre y tome parte en nuestros mismos designios? La alta prudencia, que nos fuerza á reconocer cuán necesitados estamos de sujetarnos á los Consejos de Dios, indícanos también el medio de efectuarlo. Si queréis que se os perdone, perdonad vosotros primero, dijo Jesucristo: si queréis que Dios os ayude, ayudad vosotros á vuestros hermanos desgraciados.

Ved aquí la doctrina claramente expuesta por San Agustín, que nos sirve para pasar del Don de Consejo á la Bienaventuranza de los Misericordiosos.

Sin duda ninguna que el ser misericordioso es en el fondo un deber de Caridad.

Pero considerado bajo otro aspecto, tras el prisma de una prudencia que es completa por ser divina, aparece este mismo deber como dictado por el cuidado grande, puro, generoso, con que tratamos los intereses que se nos confiaron; por eso al Don de Consejo corresponde especialmente la Bienaventuranza de la misericordia, no como á causa generatriz, sino como á directriz. *Et ideo specialiter dono consilii respondet beatitudo Misericordiae non sicut aliciente, sed sicut dirigenti* (2).

(1) Ibid, ad 1^{um}.

(2) 2.^o 2.^{ac}, q. 52, a. 4, c.

En Dios verdaderamente no se halla oposición entre el corazón y la inteligencia. Amar á los desgraciados es la inspiración de un pecho inflamado por la caridad, y es á la vez su política más acertada; como sea verdad que la felicidad de los misericordiosos está en que alcanzarán misericordia, según dijo Ntro. Divino Salvador. «Justo consejo es, exclama á este propósito San Agustín, que quien desee que Dios le ayude, ayude primero él al que fuere más débil y necesitado» (1).

¡Qué diferencia tan profunda hay entre el pesimismo sin entrañas del político y esta otra prudencia, que sin perder un punto de su carácter, se resuelve en el más generoso y magnánimo sentimiento! ¡Qué distancia entre la benevolencia indulgente y muelle del astuto diplomático, y esta compasión activa, y á la vez sincera, inspirada por el Don de Consejo! Esta es la distancia que á Dios del hombre separa. ¡Y aquella es toda la diferencia entre los Médicis y Antonino!

No lejos de la Señoría de murallas formidables en que sólo tienen entrada los grandes según el mundo, el Senado, los Quinientos, se levanta el Palacio del Arzobispo, despojado de lujo por sus propias manos, y abiertas las puertas á todos los infortunios. Allí está para remediarlos un Obispo, vestido de un hábito grosero como el de los más pobres. Sobre su lecho se ve «un cobertor tan pequeño y tan miserable que un gentil hombre compade-

(1) *De sermon. Dom.*, lib. 1.

ciéndose de él, le regala otro de más precio y abrigo» (1). El Santo lo vende para sus pobres. «Una vez recobrado, tórnaselo de nuevo á ofrecer al caritativo Arzobispo, y éste lo vende hasta tres veces seguidas. A menudo acontecía que personajes de encumbrada posición social tenían que aguardar, mientras el siervo de Dios consolaba á los humildes pordioseros» (2). Gracias á esta facilidad de comunicación y trato, pudo un hombre, cuyos excesos había reprendido, ensayar ase-sinarle en su misma habitación: mas por fortuna pudo evadir el golpe, y el puñal quedó clavado en el respaldo de su asiento (3). Dió cuanto poseía, y su caridad, adelantándose á su siglo, le inspiró la fundación de una obra, cuyo objeto fuese socorrer á los pobres vergonzantes (4): *In miseros misericors, plus quam mitis in humiles* (5). Compasión y dulzura son los rasgos característicos que bosquejan, por decirlo así, la figura del Santo Arzobispo en sus comunicaciones con los desgraciados; y tal es en él el punto á donde confluye su inteligencia tan prácticamente espiritual y á la vez tan diplomática.

Precioso ejemplo para nosotros. Todos tenemos que administrar un reducido gobierno exterior; consiste, á lo menos, en las relaciones con los que

(1) *Saint Antonin*, pág. 16.

(2) *Ibid.* pág. 18.

(3) *Ibid.* pág. 19.

(4) *Saint Antonin*, pág. 27.

(5) Oficio de San Antonino.

nos rodean, en el cuidado de ciertos intereses, en la dirección de personas determinadas: el entendimiento práctico tiene forzosamente que desempeñar un gran papel en nuestra vida. Si queremos no flaquear nunca en esta vía penosa, nos es de todo punto necesario el apoyo sobrenatural. Y por esto, á imitación de San Antonino, debemos esforzarnos por conseguir la ayuda de Dios, perdonando á nuestros hermanos, que gimen como nosotros en un común infortunio, y ayudándoles con nuestro brazo, si fuésemos parte para ello (1).

Haciéndolo así, Dios nos inspirará su consejo, porque tiene hecha ley de ayudar á quien hubiese socorrido á los desgraciados. De esta suerte se deslizará nuestra vida por encima de ruines preocupaciones y sentimientos, que nada tienen de cristianos, y que á diario engendran en el curso de la vida el irremediable tropiezo con personalidades distintas y la oposición de intereses y miras á veces meditadas, á veces de carácter sobrenatural; á pesar de tales vaivenes nos sostendremos impávidos, como las aves que se ciernen cabe las nubes. Los ángeles, dice Santo Tomás, consultan á Dios sin cesar: viven, y consiste su vida en esta simple mirada á la voluntad de Dios, cuando quieren obrar y aún mientras dura su acción (2). Así también puede ser nuestra vida, mayormente enseñándonos San Antonino con su mismo ejemplo,

(1) 2.^a 2.ac, q. 52, a. 4, ad 1^{um}.

(2) 2.^a 2.ac, q. 52, a. 3.

que todos nuestros actos ó intenciones pueden ir empapados en la unidad, prudencia y sabiduría del cielo, siempre que no separemos los actos del Don de Consejo; y que, aceptando la conducta de Dios para utilidad nuestra; cumplamos también la condición que nos exige, conviene á saber, una compasión sincera, sobrenatural y efectiva hacia nuestros compañeros de destierro, condenados á los mismos trabajos y miserias que nosotros durante el largo viaje que nos lleva hacia la eternidad.



VI

DON DE CIENCIA



VI

DON DE CIENCIA

Santo Domingo de Guzmán.—San Jacinto

El don de apóstol no es lo mismo que el don de doctor.

El doctor estudia y enseña una ciencia impersonal, por decirlo así. Su objeto es la verdad, por la verdad misma. Investiga en su más elevado principio la razón de ser de las cosas; y si por ventura encuentra á Dios en estas casi inaccesibles cumbres, es á Dios como causa de todas las causas, y suprema razón de la gracia y de la naturaleza. Cuando el Espíritu Santo llega á ser, mediante sus dones divinos, regla inmediata de la inteligencia del doctor, no cambia las naturales exigencias de las cosas. Por el Don de Sabiduría aumenta el alcance de la razón, ilumina la fe y hace que el doctor pueda cumplir su tarea sublime con un aplomo y grandiosidad tales, que muestran bien á las claras venir por vía derecha de la Inteligencia divina. A este Don de Sabiduría debe Santo Tomás aquella rectitud y penetración

de juicio tan divinas, que desde la primera hasta la última página le acompañan en toda su obra, y concluyen por hacer resaltar en el conjunto de todas las verdades naturales y sobrenaturales y hasta en sus detalles más menudos, la Verdad primera, Dios, la beatísima Trinidad.

Por el contrario, la ciencia del apóstol no puede ser abstracta; tiene forzosamente que contar con el estado y condiciones de las almas, á cuya conversión se encamina: supuesto que no siempre las verdades más elevadas son las más apropiadas para el fin particular que intenta. Porque, si no os entiendo ¿qué me importa á mí de todas vuestras metafísicas, y de las razones más altas de las cosas? Y ¿qué habéis conseguido si la evocación provocadora é inoportuna de una verdad, predicada tal vez con dureza demasiada, hace que mi debilidad y flaqueza se subleven? Las almas, á quienes se dirige el apóstol, enfrascadas están en los negocios del mundo, y yacen entre una balumba de errores intelectuales y morales. Si se les quiere librar de tan miserable estado, preciso es acercarse á ellas y tenderles una mano cariñosa, mayormente no estando acostumbradas, como no están, á levantarse por sí mismas, y juzgar de las cosas por razones de un orden superior. Si queréis enderezarlas al cielo, y que lleguen á conocer y amar á Dios, pintadles primero muy al vivo lo que más les preocupa, conviene á saber, los males y los errores en que yacen sumergidas. Así es

que no se debe contentar quien fuere llamado al ministerio apostólico, con meditar en la Verdad divina en sí misma considerada, pues tiene forzosamente que conocerla en sus comunicaciones con las criaturas; y debe limitarse, si quiere sacar algún fruto, á las razones que de ordinario convienen mejor á las almas á quienes predica, siquiera esas razones no sean en la mayoría de los casos las más profundas. A este propósito, dice S. Ambrosio (1): «Mira con atención cómo Jesucristo sube con los apóstoles, y cómo baja hacia las muchedumbres. ¿Cómo podrían éstas ver á Jesucristo, si Él no descendía? Pues las turbas ni podían seguirle por los picos de las montañas, ni encararse podían á sus cumbres.» Ahora bien; según doctrina de Sto. Tomás, al Don de Ciencia corresponde por su naturaleza comunicar á las almas justas ese conocimiento divino de las cosas humanas, y de las razones y motivos que de las criaturas podemos deducir, siendo esto cabalmente el punto de apoyo que el apóstol necesita. Este Don de Ciencia se diferencia del de Sabiduría en que, en lugar de presentarnos á Dios con toda su grandeza infinita como punto de partida para juzgar de todas las demás cosas, nos ofrece, por el contrario, su lumbre reflejada en las criaturas, oscurecida, por decirlo así, y acomodada á nuestra debilidad, para que puedan aprovecharla todas las almas de buena voluntad (2).

(1) Comentarios sobre S. Lucas c. VI. *Evangelio Descendens Jesus*.—(2) 2.^a 2.^{ae} q. 9, a. 2.

El apostólico Santo Domingo de Guzmán estaba destinado para representar de un modo muy particular este Don característico de los Apóstoles. Ora consideremos su vocación, ora los libros en que bebió su ciencia, ó bien el instrumento de su apostolado; siempre veremos con claridad que su ministerio y su vida entera van sellados con el timbre del Don de Ciencia.

Déjase ya vislumbrar su vocación en este lejano episodio de su vida de estudiante. Devoraba á Palencia una hambre cruel. Domingo vende sus libros, que eran su tesoro, exclamando: «¿Cómo estudiar yo en muertos pergaminos mientras hay hombres que se mueren de hambre?» Cuando más tarde una peste más terrible, la peste del error, que emponzoña las almas, se manifieste, en un corazón así dispuesto por la divina Providencia, toda la ciencia que adquirió en los veinte años de su preparación silenciosa, se adaptará por sí misma á la cura de aquella enfermedad. Miradle aquella noche, en que discutiendo con su huésped de Tolosa, á quien se esforzaba por convertir, interpuso la apelación divina. El mismo Espíritu que arrancaba de su pecho misericordioso un suspiro de compasión para con los hambrientos, le esfuerza ahora y le anima para «dar á su pueblo la ciencia de salud.» Embebecido en este pensamiento, busca con afán las razones que el huésped pudiera comprender; se informa de su estado intelectual y moral; querría dar con la idea co-



mún, la verdad que ambos admitieran, rayo de luz divina conservado entre las sombras de un corazón corrompido, que le serviría para llegar hasta la plena luz. Seguramente que en aquel instante hubiera vendido como *pergaminos muertos* cuanta ciencia había adquirido con el trabajo y meditación de veinte años, por encontrar en cambio la palabra decisiva que libertara aquel corazón y llenara cumplidamente sus deseos.

La ciencia, sin embargo, no puede vivir sin los libros; éstos sirven para conocer que el estudio no es estéril, y dan, por lo general, materia muy abundante para las inspiraciones del Don de Ciencia. ¿Cuáles eran, pues, los libros de Santo Domingo? Tres han contado sus biógrafos. Es el primero las Epístolas de San Pablo, el apóstol por antonomasia: ¿por ventura no es éste uno de los libros en que más claro resplandece el Don de Ciencia? ¿Dónde encontrar un conocimiento más profundo y un sentimiento más vivo de las miserias que padece el hombre sin Dios, y de las causas que le estorban llegar á Él? Y si es cierto que á veces los labios del Apóstol «destilan sabiduría para los perfectos» ¿con cuánta mayor frecuencia cambia de tono y «disminuye su voz» porque teme espantar á los humildes? Y ¡qué arrojo tan impetuoso muestra aquel pecho gigante, cuando encorvados sus brazos con el peso de las almas, cuyas miserias y penalidades llorando de compasión había cargado sobre sus espaldas, se dirige á

Dios y quiere sacar los títulos de su libertad de la misma miseria en que yacen las criaturas!—Cuántas veces tornaría á leer Santo Domingo aquellas palabras de oro: «Todas las cosas miro como si fueran basura, por ganar á Jesucristo». Con qué acento tan íntimo repetiría la exclamación de su maestro predilecto: «Seguro estoy de que ni la muerte, ni la vida, ni lo presente, ni lo venidero, ni la violencia, ni todo lo que hay de más alto ni de más profundo, ni otra ninguna criatura podrá separarme del amor de Dios que se funda en Jesucristo.» ¿Qué luz tendrían para iluminar los caminos de su vida aquellas almas que por su dicha pudieron escuchar una palabra tan empapada en el menosprecio del mundo y tan convencida de la vanidad de todos sus encantos, que las traían atadas á los vicios de la carne y á los errores del espíritu!

El segundo libro de que usaba era el Evangelio de San Mateo, esto es, el evangelio de la humanidad de Nuestro Salvador, donde el divino Jesús aparece más achicado para acomodarse mejor á nuestra pequeñez. Anúncianse en este Evangelio las divinas compasiones, las innumerables curaciones y las misericordias inefables. «Atarás (las enseñanzas de la ley) como por señal en tu mano y estarán y se moverán entre tus ojos.» Este precepto, que se lee en el Deuteronomio, aplica Santo Tomás al Don de Ciencia (1). Así lo cumple li-

(1) 2.ª 2.ªe, q. 16, a. 2.

teralmente Santo Domingo cuando va sólo caminando con su San Mateo en la mano: sus compañeros le ven á menudo hacer gestos como para apartar obstáculos que le distraen de sus meditaciones: «ellos atribuían á esta meditación continua del sagrado texto la admirable inteligencia que de él tenía adquirida.»

El tercer libro de Santo Domingo era muy diferente de los otros dos. Cierta día le preguntó un hermano dónde había aprendido tanto como sabía: «Hijo mío, le contestó, yo no tengo más libro que la caridad divina.» Y en efecto, hasta esa virtud debemos subir, si queremos atinar con el secreto de una ciencia divinamente cordial, cual es la que palpita en todos los instantes de su vida. Mas para conseguir esta cualidad, es preciso que nuestra ciencia se alimente de esa ardentísima aspiración hacia Dios, y viva del cielo por la salvación de las almas, que al venir el Espíritu Santo á nuestro corazón trae consigo y extiende á sus pliegues más recónditos; es necesario que nuestras ideas y palabras vayan empapadas en esas mortales ansias que siente el corazón cristiano por el Bien divino, y que las experimentemos en nosotros mismos y que vivamos de ese piar continuo por el Sumo Bien, deseándolo con ardor para cuantos nos escuchan. Entonces será cuando hablará por nuestra boca el Espíritu Santo, que se oculta en esa aspiración y en esas ansias, inflamándolas y aguzándolas con su soplo

vivificador. Tal fué el secreto de la ciencia de nuestro bienaventurado Padre.

El sello del Don de Ciencia se encuentra en el gran instrumento del apostolado de Santo Domingo; *el Santísimo Rosario*. Que el Rosario sea una palanca de tan gran potencia, se debe á su punto de apoyo, escogido con un conocimiento verdaderamente maravilloso de la organización de nuestra naturaleza. El Rosario se acomoda á todas las circunstancias de la vida; cógenos como por la mano para sacarnos de cualquier abismo en que nos hallemos, ora en las mundanas alegrías con sobrada frecuencia peligrosas; ora en las tristezas á veces irrazonables, á veces abrumadoras, casi siempre mal sufridas; ora por fin en las esperanzas terrenales que toda naturaleza abraza. La alegría, la tristeza y la esperanza: he ahí los tres mares por donde navega sucesivamente nuestra alma, sufriendo las embestidas de sus ondas. Así lo comprendió Santo Domingo y vió claro, con la admirable precisión propia de un genio, que toda la vida humana se reducía á los tres tipos de sentimientos que quedan expresados. Entonces elevó dulcemente nuestra vida desgraciada á otro mundo de alegrías, tristezas y esperanzas mejores, alumbrado con los esplendores del Sinaí y del Tabor. Y por eso cautiva nuestra alma, presentándonos alegrías santas, tristezas con amor sobrellevadas y esperanzas no mentidas. No niega que haya pesadumbres en el alma, sino que las

templa, las transforma y las eleva poco á poco á otro orden superior. Las oraciones del *Padre Nuestro* y del *Ave María* semejan un himno de amor que se eleva al cielo y va tomando acentos más vivos conforme en la tierra las vamos repitiendo. ¡Qué ciencia tan profunda de las cosas divinas y del corazón humano, y de las armonías secretas que guardan entre sí, fué necesaria para componer el Rosario! ¿Quién pudo jamás proporcionar á las necesidades más humanas los remedios más divinos, y ligar á entrambos con el lazo más eficaz y más consolador como es la oración, y una oración semejante? ¿Quién sino el discípulo inspirado de Aquél, que siendo Dios y habiendo creado al hombre, conoce á maravilla lo que puede hacer Dios por el hombre, y al mismo tiempo la necesidad que el hombre tiene de Dios? Por esto en toda la vida de nuestro bienaventurado Padre encontramos el carácter distintivo del Don de Ciencia, conviene á saber; «esa especie de gusto y experiencia que se tiene de las criaturas, que obliga á juzgar de ellas con rectitud; para despreciarlas si nos quieren seducir, ó para amarlas con moderación y enderezarlas á Dios» (1). Mas para ver cuán propiamente conviene á nuestro amantísimo Padre el Don de Ciencia, tenemos otra señal todavía más notable, y, si se quiere, más decisiva: hablo del don de lágrimas.

Santo Tomás hace converger al Don de Ciencia

(1) Joan. a S. Thom.; q. 70, disp. 18, art. 4, n.º 57.

la Bienaventuranza, que pudiéramos llamar de las lágrimas: Bienaventurados los que lloran, porque ellos serán consolados. Y la razón que da para probarlo es muy notable. La diferencia que hay entre la ciencia y la sabiduría consiste, en que para juzgar de las cosas, aquella se fija en razones que están al alcance de todos, mientras la sabiduría se remonta siempre á las últimas razones de las cosas. De donde nace que el alma se aquieta y tranquiliza una vez conocidas estas razones últimas de las cosas, que en hecho de verdad no son más que la voluntad, providencia, sabiduría y bondad de Dios. Por esta serenidad y sosiego, que el expresado conocimiento engendra en el alma, la Bienaventuranza de los pacíficos cuadra muy bien con el Don de Sabiduría. Mas cuando tomamos, como punto de partida la ciencia de las cosas humanas, si bien su conocimiento revela un lejano resplandor de la cara de Dios, pero sus imperfecciones son tan numerosas, y con tanta frecuencia el mal avasalla al bien, que no puede contemplarse sin lágrimas en los ojos la situación tan lamentable en que viven nuestros compañeros de destierro. Madre de todas las tristezas es la ciencia de las cosas humanas; y de ahí que cuanto más profunda es esta ciencia, tanto más abundantes y más amargas son las lágrimas que hace derramar, porque es la ciencia de las miserias. (1) Tantas son las que afligen á nuestra vida, que el Eclesiastés

(1) 2.^o 2.^{ac}, q. 9, a. 4.

habiéndolas claramente comprendido, las lloraba amargamente. El Apóstol, inspirado por el Don de Dios, lloraba también, cuando mirando á su alrededor veía la muchedumbre de miserias que afligían las almas que quería salvar.

Igual hacía Santo Domingo, llorando muy á menudo. Uno de los testigos, que intervinieron en el proceso de su Canonización, dice: «Tenía una caridad tan grande hacia las almas, que abarcaba no sólo á todos los fieles, mas también á los infieles, y aun á aquellos mismos que rabian en las mazmorras del infierno, y derramaba por todos lágrimas abundantes.» En el púlpito lloraba también con harta frecuencia, y «por lo general estaba lleno de la melancolía celestial que produce el sentimiento profundo de cosas invisibles.» Cuando á lo lejos vislumbraba los tejados de una ciudad ó una aldea, el solo pensar las miserias y pecados de sus habitantes, le abismaba en melancólicas reflexiones que muy luego se traslucían en su semblante» (1). «Ofrecía el Santo Sacrificio de la Misa con gran abundancia de lágrimas... Cuando las ceremonias le anunciaban, que ya se acercaba el objeto preferente de sus amores desde sus primeros años, notábase una emoción profunda en todo su ser: las lágrimas se sucedían sin cesar bañando su rostro refulgente» (2).

Podíamos centuplicar los ejemplos, mayormente

(1) *Vie de Saint Dominique*, por el Padre Lacordaire.

(2) *Id. id.*

siendo verdad que la fisonomía de nuestro benditísimo Padre tiene ese carácter tan conmovedor y tan divino, merced al don de lágrimas, que se da la mano con el Don de Ciencia. Santo Domingo es un sabio que llora. Sabemos que el arrepentimiento tiene lágrimas como el amor; pero las que ahora vemos derramar son las de un hombre que, merced á una luz intelectual del cielo, logró penetrar profundamente la verdadera ciencia del mundo, de los hombres y de Dios, de donde vino á ser que, viendo en este destierro las innumerables miserias que abruman á las criaturas y por otra parte la bondad infinita de Dios, se bañó su rostro y su mirada de un tinte característico, entre sereno y conmovido, testigo fiel de la lucha que sentía entre las tristezas de la tierra y los consuelos del cielo.

Así es como representan á Santo Domingo los mármoles de su sepulcro, las imágenes tradicionales y las pinturas de Fray Angélico. Pero á sus hijos toca más de cerca ser vivos traslados de esa expresión conmovedora é indefinible de su bienaventurado Patriarca.

*
* *

Así lo hizo, en efecto, su discípulo predilecto y aventajado: el gran apóstol de Polonia, San Jacinto, que había recibido de sus manos el hábito de la Orden. Hallamos en él un amor parecido por la ciencia sagrada, el mismo culto hacia la Santísima Virgen, y el mismo celo por la salvación de las almas. Cuando San Jacinto mira á los

hombres, también se escapan de sus ojos miradas tristes á la vez que consoladas; tristes por la compasión que siente al ver la grande abundancia de miserias como les afligen, y consoladas por el conocimiento que tiene de las misericordias de Dios. Parece que nuestro Padre amantísimo, al darle el sagrado hábito, le dió también algo de su espíritu y de su mismo ser. Y la Madre bendita de Jesús, la Virgen amada de Santo Domingo, quiso, al parecer, consagrar por sí misma esta filiación santa, al recibir á San Jacinto en el cielo el día mismo en que la Iglesia celebra su entrada triunfal en la gloria, el día de su Asunción.

Pero Santo Domingo quiere que estos caracteres de su heroica santidad, no sólo sean imitados por los santos ya canonizados, mas también por todo género de personas, aun simples fieles. Cualquiera que sea la necesidad que en el curso de nuestra vida tengamos de la ciencia, aun cuando no nos haya cabido en suerte otra ciencia que el catecismo, ni otra experiencia que la proporcionada por el trato con personas y cosas ordinarias; sin embargo, no debemos echar en olvido que siempre podemos llegar á ser instrumentos del Espíritu Santo, ya que hay en el fondo de nuestro ser una íntima corriente y tendencia profunda, que viniendo de Dios á Él nos vuelve á conducir. Reflexionemos sobre nosotros mismos, y viendo que este movimiento es el alma de nuestra vida, pidamos á Dios, que vive en nosotros, que nos dé

un conocimiento cada vez más claro de nuestra miseria y de su infinita Bondad. Hagamos nuestra aquella ardiente súplica de S. Agustín: «¡Oh Señor!; conózcame á mí y conózcate á ti; á mí para odiarme, y á ti para bendecirte y amarte...»

Tal es la ciencia verdadera y completa, la ciencia de los santos. Verdad es que no será plato de gusto para nuestra miserable naturaleza. Pero debemos tomar armas de nuestra misma debilidad, mirando la figura de nuestro Bienaventurado Padre que tan dulces consolaciones nos promete, si le queremos imitar; pues en él vemos cumplidas por entero aquellas palabras de inefable consuelo que Jesús dijo:

Bienaventurados los que lloran, porque ellos serán consolados.



VII

DON DE ENTENDIMIENTO

VII

DON DE ENTENDIMIENTO

Santa Catalina de Sena.

Al principiar sus visiones, cuenta el Bienaventurado Raimundo de Capua que Jesús se apareció á Sta. Catalina de Sena en la oración, y le dijo: «Has de saber, hija mía, lo que eres tú y lo que soy yo. Si aprendes estas dos cosas serás feliz. Tú eres lo que no es; y yo soy el que soy.» (1).

Aquí está, según yo creo, el carácter primero y principal del don que infundió y desarrolló el Espíritu Santo en nuestra hermana: es el Don de Entendimiento.

Cuatro son los dones intelectuales, conviene saber: Ciencia, Sabiduría, Consejo y Entendimiento. Los tres primeros aparecen en nosotros con los caracteres de un verdadero trabajo del espíritu, como es el raciocinio: el Don de Entendimiento se presenta, por el contrario, como una simple intuición, como una mirada del alma, que escudriña los senos más recónditos de las cosas, y atina con

(1) V. la vida de *Santa Catalina de Sena* por el P. Paulino Alvarez. (Vergara 1892).

el sentido oculto tras el velo de las palabras, la alegoría ó el símbolo (1).

Escribe Bossuet: «Dejando el alma á un lado el raciocinio, sírvese de una dulce contemplación que la mantiene como... pasible, atenta y capaz de recibir cuantas impresiones y operaciones divinas le comunique el Espíritu Santo; el alma hace poco y recibe mucho; su trabajo es dulce y, sin embargo, en gran manera fructuoso.» Y ¿en qué consiste este trabajo?—«Consiste en una sencilla mirada, contemplación ó atención amorosa hacia algún objeto divino.» (2)

He aquí, sin duda, por qué quiso Dios escoger en nuestra Orden una santa, y no un santo, para personificar de un modo especial (aunque no ciertamente exclusivo) el Don de Entendimiento. Así como en los hombres, cuyo timbre característico intelectual es el vigor del raciocinio, personificó Dios los dones que se refieren á la razón, conviene saber: la Ciencia en Santo Domingo, en Santo Tomás la Sabiduría, y el Consejo en San Antonino; de la propia manera imprimió en una mujer, naturaleza de suyo más intuitiva, espontánea é impresionable el don en que más sobresale el instinto y el sentimiento: porque si las conclusiones se demuestran, «los principios se sienten....»

Verdad es que la naturaleza no podría por sí misma conocer intuitivamente la Verdad de Dios,

(1) 2.^a, 2.^{ae}, Q. 8. a. 1.

(2) *Maniere comte et facile pour faire l'oraison en soi.*

principio de los principios, que se definió á sí mismo: Yo soy el que soy. Pero ya que aquel Soberano Señor pone su gloria en perfeccionar la naturaleza, con el objeto sin duda de que por el contraste resalte, más el brillo de sus dones gratuitos, ¿qué inconveniente hay en que se revelara á una santa, acomodándose á las condiciones de su sexo, es decir, como un principio, cuya verdad más pide sentirse que conocerse, como «*un Dios sensible al corazón*»...?» (1)

«Hija mía, tú eres nada; yo soy el que soy» ¿A qué más largos discursos? La palabra de Cristo lleva en sí misma su demostración: es concisa y luminosa como un primer principio; diríase que era una de aquellas sentencias caídas de labios del Maestro divino, de que está lleno el Evangelio.

«¡Oh qué inmensidad abraza esta frase tan corta y cuántos abismos están encerrados en una doctrina tan sencilla! ¡Cuán profunda sabiduría en tan pocas palabras! ¿Quién me dará comprenderlas? ¿quién me revelará los secretos que encierran y me hará comprender su infinidad?» Así exclama el Bienaventurado Raimundo de Capua; y, como si quisiera mostrar con su propio ejemplo la diferencia que hay entre el profundo genio del teólogo y el Don de la Santa se extiende en largas consideraciones comentando aquellas palabras del Señor. Pero tiene que detenerse sin agotar los sen-

(1) Pascal.

tidos de las mismas, confesando que todo cuanto pudiera decir es ya sabido de quien haya penetrado estas dos solas palabras: Yo soy el que soy.

No; el raciocinio es incapaz de medir lo infinito. ¿Quién, pues, nos dará comprenderlas?—Oigámoslo de los labios de Bossuet: «Dios es el que es: cuanto es y existe es y existe por Él; es el ser vivo en quien todo vive y respira... No hay más que consentir y adherirse á la verdad del ser de Dios: asentir á la verdad es el único acto suficiente. Tomad cuenta que dije asentir á la verdad, porque Dios es el único ser verdadero.

«Adherirse á la verdad, asentir á la verdad, es asentir á Dios, es darle posesión del derecho, que sobre nosotros tiene. Este solo acto comprende todos los demás y es el más grande y elevado de cuantos podemos hacer.» (1)

Solamente la intuición penetra los principios: cuando los divinos misterios se nos revelan en esta forma tan concisa, conviene dejar aparte el raciocinio y «concentrarse por entero, como dice Bossuet, en una sencilla mirada», en la cual consiste cabalmente la obra del Don de Entendimiento.

Más alguno dirá por ventura: ¿y en qué se queda la obscuridad de la fe entre los resplandores de la intuición? También se preguntó esto mismo Santo Tomás, y dió por respuesta, que entre los

(1) *Discurso á las Hermanas de la Visitación el día en que falleció su confesor M. Mutelle.*

objetos que se proponen á nuestra fe, los hay de dos clases: por un lado la Esencia divina y sus inefables misterios, y por otro una gran cadena de verdades que se ordenan á manifestar y aclarar las primeras. La Sagrada Escritura está llena de esta clase de verdades, que constituyen el objeto secundario de nuestra fe. (1)

De estas últimas puede darnos un conocimiento *perfecto* el Don de Entendimiento, como en la historia de Santa Catalina numerosos testimonios lo confirman, y señaladamente la penetración maravillosa de las sagradas Escrituras, que se echa de ver en todos sus escritos. Así por ejemplo, el versículo más conocido, como *Deus in adiutorium meum intende*, le da materia para meditaciones repetidas. El salmo *Jubilate Deo omnis terra* le arrebató en éxtasis inefables: en fin, no acabaría si quisiera explorar este aspecto intelectual del Serafín de Sena. Citemos solamente un hecho. Pocos días antes de morir dijo: «que con la luz de una fe viva había *visto y comprendido perfectamente* en su alma, que todo cuanto le acontecía á ella y otros venía de Dios y tenía su origen en el amor grande que Dios tiene á sus criaturas.» (2) Así es en efecto, la luz de una fe viva, como llama siempre Santa Catalina al Don que le daba las intuiciones de su contemplación: sus mismas palabras

(1) 2.^a 2.^{ae} q. 8.^a art. 2.^o

(2) V. Sta. Catalina de Sena. (Vida del P. Paulino) Terc. parte., IV, p. 300.

atestiguan que esta luz se armoniza muy bien con la obscuridad inherente á la fe. De lo cual daremos á continuación otra prueba, aclaración tal vez de las anteriores.

Respecto á la Esencia divina y sus misterios adorables, la fe es completa; mas todavía el Don de Entendimiento nos hace ahondar más en su conocimiento, según afirma el Angélico Doctor. Y si preguntas ¿cómo puede ser esto? te responderá el mismo Santo Doctor que avanzar en el conocimiento de Dios sabe tanto, como saber lo que no es (1). De modo análogo se expresa el autor de la *Imitación de Cristo* cuando dice: «conviene levantarse sobre todo lo criado, y olvidarse totalmente de sí mismo, elevándose, y quedando suspenso para VER que tú, Criador de todo, no tienes semejanza con las criaturas» (2).

Así, pues, la fe no deja de ser obscura; mas del fondo de esa obscuridad brota un rayo de luz que poniéndonos ante los ojos el contraste que hay entre la perfección divina y la imperfección de las criaturas, danos cierta manera de intuición negativa, y analógica de aquella soberana é inaccesible Verdad. Mas ¿á qué tantos amagos por definir esta contemplación divina? En las palabras de Santa Catalina vese á maravilla bosquejada: «¡Oh Altísimo! ¡Oh Deidad eterna! ¡Oh Mar profundo! ¿podrías Vos darme cosa más grande

(1) 2.^a 2.^{ae} q. 8.^a

(2) L. III, C. XXXI, 1 (*Trad. castellana del P. Nieremberg, S. J.*)

que Vos mismo?... Vos sois luz que sobrepuja á toda luz, que Vos dáis por vuestra luz á la inteligencia; luz sobrenatural, tan abundante y perfecta, que la luz de la misma fe es por ella iluminada. Veo que mi alma tiene la vida en esta fe y recibe vuestra luz en esta luz... Así os suplico, ¡oh Padre eterno!, que me iluminéis con la luz de la santa fe. Esta luz es un océano que embriaga el alma... Allí donde alumbra la luz de la fe, el alma resplandece, por decirlo así, con lo que cree. ¡Oh Trinidad eterna! sí, Vos me lo habéis dado á conocer y comprender: este Mar es un espejo que la mano de vuestro amor pone delante de los ojos de mi alma; y yo, criatura vuestra, me veo en Vos con la luz de este espejo. Vos os presentáis á mí, y yo reconozco que Vos sois el Bien supremo é infinito, Bien sobre todo bien... Hermosura sobre toda hermosura, Sabiduría sobre toda sabiduría... ¿Quién podrá elevarse á Vos para daros gracias dignamente por el tesoro inefable y los dones sobrenaturales, que me habéis concedido, y por la doctrina de verdad que me habéis revelado? Esta doctrina es una gracia especial sobre la gracia general que concedéis á los hombres» (1).

¡Ah! ¡Qué profunda diferencia hay entre la fe ordinaria, siempre dócil y razonadora, y la fe segura, fija, digámoslo de una vez, aún intelectualmente intuitiva!

Mas ¿cómo es intuitiva?—Indudablemente, aque-

(1) *Vida de Santa Cat. de Sena, Terc. parte, III ps. 296—297.*

lumbre no puede revelarnos el misterio tal cual es, supuesto que trasformando nuestra consideración intelectual en clara visión, excluiría la fe ¿De dónde nace, por lo tanto, esta manera de luz, que ilumina los divinos misterios, sin descubrirlos? (1).

Habemos ya dicho que por medio del corazón diviniza Dios en esta vida toda nuestra actividad, sin excluir la intelectual. El Espíritu Santo, por la caridad, mora en nuestros corazones; y de aquí hace irradiar, como de un Centro, sus dones inefables (2). Lo cual no es en verdad efecto del amor meramente humano, que forma más intenso el acto de nuestra inteligencia, si se aplica á conocer el objeto de sus amores, y le hace descubrir en una palabra, en un gesto, en un detalle insignificante, algún sentido oculto, y que sin embargo, resulta verdadero.—Pues, si el amor, sin más lumbre que la pobre naturaleza, tiene tan seguros instintos, tan agudas miradas, que por la seguridad de su diagnóstico bien pudiera á la evidencia de los principios compararse, ¿cuánto más sucederá esto en un corazón que late bajo la influencia especialísima de Dios, y cuyo regulador y director y guía es continuamente el Espíritu Santo? ¡Oh! ¡cuán inefables serán esos toques divinos! ¡qué instinto tan seguro! ¡qué miradas tan adivinatoras y penetrantes! Y ¡cuán eficaz, y á la

(1) *Credere est cum assensione cogitare*, 2.^a 2, ae Q. 2, a. 1.

(2) 1.^a 2. ae q. 68, a. 5, c.

par cuán dulce, es la lumbre que de esta manera derrama el Espíritu Santo en el corazón! *Veni lumen cordium.*

«Este acto, dice Bossuet, debe hacerse sin esfuerzo, por una entrega total del corazón á Dios. Debe ser... busco un término para expresarme, debe ser afectuoso, tierno, sensible. ¿Me comprendéis? ¿Me entiendo yo á mí mismo? Porque es movimiento del corazón, sensible sí, mas no con la sensibilidad humana, supuesto que nace de una alegría pura del espíritu. Regocijaos, sin embargo, y sentid continuamente estas solas palabras: Adhiérame, Dios mío, á la verdad de vuestra Esencia infinita: en ella encuentro mis delicias; en ella está mi felicidad anticipada. Este es mi paraíso en la tierra y lo será también en el paraíso de la eternidad. Amén» (1). ¿Acaso este acto luminoso y cordial juntamente, no palpita en todos los discursos, en todas las obras de la Virgen de Sena? Ve, porque ama. Y esto no lo hace por el simple conocimiento que la fe proporciona: amó la verdad misma que el dicho conocimiento le daba; gustóla y torna á mirarla de nuevo con ojos más ardientes, más encendidos, con aquella mirada de que el Profeta habló, cuando dijo: *Gustate et videte* (2).

Mas no para aquí el Don de Entendimiento, pues, según advierte Santo Tomás, debe ser espe-

(1) *Discurso... Oración fúnebre de M. Mutelle, antes citada.*

(2) Cf. *Joann, a Sto. Th. 1.º 2 ae, q. 70, disp. 18, a. 3, n.º 37.*

culativo y práctico á la vez, cuya acción tiene forzosamente que intervenir y notarse en nuestra vida. A este propósito dice Bossuet: «Si es verdad, como lo es, que tanto debemos ser más activos, cuanto más impulsados y animados y movidos seamos por el Espíritu Santo, el acto por el cual nos entregamos á Él, y la acción que obra en nosotros, nos pone, totalmente, por decirlo así, en manos de Dios (1).» En una síntesis tan exacta como admirable vió Santo Tomás concentrada esta sobrenatural actividad de los dones en las Bienaventuranzas que San Mateo cuenta en su Evangelio; y estudió el modo de poner en claro la correspondencia, que hay entre cada una de dichas Bienaventuranzas y un Don del Espíritu Santo.

Al Don de Entendimiento toca la que dice: *Bienaventurados los limpios de corazón, porque ellos verán á Dios.* La obra característica y propia del Don de Entendimiento en esta vida es la purificación del corazón, la cual tiene por recompensa la lumbre de la clara visión, que dejándose ya sentir en esta vida, en el cielo tendrá cumplido perfeccionamiento.

Dicha armonía del entendimiento con la limpieza del corazón, es uno de los caracteres fundamentales de Santa Catalina. La vidente de éxtasis continuos es al propio tiempo modelo de penitentes. Y si atendemos á la otra manera de pureza

(1) Discurso sobre el *Acto del Abandono.*

que consiste en profesar la fe católica sin mezcla alguna de errores ¿en qué corazón creció más lozana que en el de esta apóstol vehementísima? Lo cual si más al por menor queremos observar, verémosla purificar su corazón con una penitencia continua, y huyendo sin cesar de mundanas preocupaciones; veremos acentuarse en su alma la idea de un desasimiento tanto más profundo, cuanto más va subiendo los grados de la contemplación. Una doble actividad se vislumbra en su espíritu: la luz provoca la limpieza del corazón y de ésta brotan á su vez magníficas claridades.

Con una sola palabra nos reveló esta vida el Angélico Doctor, cuando proclamó la armonía entre el Don de Entendimiento y la Bienaventuranza de los limpios de corazón (1).

¡Doctrina consoladora!, supuesto que en el alma de todos los justos, con la gracia y con la caridad vive el Espíritu Santo acompañado del brillante cortejo de sus dones (2). De nosotros pende usar de ellos, si bien bajo la acción de la gracia. Mas ¿quién nos dará esta gracia?, me diréis—Tenéisla ya, si con sinceridad la deseáis, pues en este vuestro deseo se encierra aquella plegaria, que decía San Agustín: Si no eres aún atraído, ruega por ser atraído. Manos, pues, á la obra y decid: Quiero usar del Don de Entendimiento, que espero more en mi alma por la gracia de Dios. Vos, gloriosa

(1) 1.^a 2.^{ac}, q. 8, a. 7.

(2) 1.^a, 2.^{ac}, q. 68, a. 2; 2.^a 2.^{ac}, q. 8, a. 4.

Sta. Catalina, ayudadme. Tomad entonces las Escrituras Sagradas y leed alguno de sus pásaes, con preferencia los que la Iglesia canta en la liturgia, haciendo vibrar las fibras más delicadas del corazón con las melodías del canto llano; ó tomad, si os place, los salmos; ó, en el Evangelio, «las palabras del Señor» *verba Domini*, como San Agustín decía; por ejemplo ésta: Si supieras el Don de Dios y quién es el que te dice: «Dame de beber», ó esta otra: «Es necesario que él crezca, y que yo mengüe.» Tornad después los ojos al huésped interior, que es la Santísima Trinidad presente en vosotros por la gracia; ó dirigíos, si estáis en la Iglesia, al divino Salvador, que está presente en el Sagrario, y medita en las palabras que hubieréis escogido, como si entonces las pronunciara el Dios de vuestros amores; ó como si dirigiéndose directamente á vosotros, os las dijera Dios que en vuestro corazón mora. En presencia de Él, *gustad* sus palabras; y cuando el movimiento de vuestra alma se cambie en contemplación veréis horizontes tan dilatados, una largura y anchura y altura y profundidad que jamás habíais sospechado; que la sola fe no os descubría, y que habéis llegado á conocer mediante los ojos del corazón, de ese corazón vuestro, donde vive el Espíritu Santo, como debéis piadosamente esperar (1).

(1) *Nunca sabemos con certeza si estamos en gracia; mas todavía debemos esperarlo si no nos remuerde la conciencia de ningún pecado mortal, y procuramos servir á Dios con buena voluntad. A esta voz de la conciencia suele añadir el Espíritu Santo en las almas verdaderamente cristianas su propio*

Entonces veréis claro cuánto enturbian vuestra mirada intelectual las imperfecciones de que ordinariamente no hacíais caso: aquel amor propio tan sutil, aquellas preocupaciones tan funestas, el amor á vuestras comodidades, las ideas falsas y anticristianas... ¡Ah! ¡Es tan fácil que entre el oro de la vida devota se mezele algún grano de oropel engañoso! Por lo cual el Don de Entendimiento os inspirará el odio santo contra vosotros mismos, como á la Virgen de Sena lo inspiraba. Y entonces, cobrando nuevos ánimos, y fija la vista en Cristo crucificado, recibiréis las «cosas amargas como si fueran dulces y las dulces como si fueran amargas», adelantando cada vez más en el conocimiento de los consoladores misterios de nuestra fe, vivificados siempre por el soplo del Espíritu Santo.

testimonio; y de ahí se origina un estado de certeza práctica tal, que dejado aparte todo temor, da á la actividad del fiel cristiano un solidísimo é imperturbable fundamento.



VIII

DON DE SABIDURÍA



VIII

DON DE SABIDURÍA

Santo Tomás de Aquino.

En la *Crucifixión* del Beato Angélico, hay dos personajes, que llaman con preferencia la atención del alma dominicana: son los dos Santos que se ven á los extremos del grupo colocado á la derecha de la cruz. En primer término, Santo Domingo, hincado de rodillas, con un gesto indefinible de compasión y amargura. Sus ojos, en lágrimas bañados, apenas se levantan á mirar el Crucifijo, como si todavía los detuviera otro espectáculo desgarrador, el de la Virgen que, desfallecida y sin aliento, se ve al otro lado de la cruz, sostenida por S. Juan, la Magdalena y María Salomé. En último lugar, puesto de pie, cruzadas las manos sobre el pecho y erguida la frente, como para ver mejor, se descubre á Santo Tomás de Aquino. Su mirada revela una impresión aguda y concentrada; pero no llora; sólo mira, y mira fijamente á Jesús crucificado: la callada emoción que le domina, lejos de hacerle bajar los ojos, parece

penetrar por sus órbitas, haciendo brotar de sus profundidades una resplandeciente llama, como si del negro cráter de un volcán viérase levantar, compacto y vigoroso, un torrente de lava encendida. Santo Domingo llorando, sintiendo el corazón anegado por dos ondas de amargura, que de lleno en lleno vienen á dar sobre él: por el dolor de Jesús que por las almas muere, y por el dolor de esas mismas almas, que, ya al pie del árbol sangriento, comienzan con la Santísima Virgen el prolongado martirio de su participación de los dolores de Cristo... ¡Ah! Ese es el Apóstol: ved ahí su doble vocación: contemplar con amor, y comunicar misericordiosamente lo contemplado. He aquí el ejemplar del Don de Ciencia—Santo Tomás, mirando de frente el tremendo sacrificio, y permaneciendo impávido y con el rostro sereno, á pesar de los espantables horrores de aquel suplicio, para que ni una menuda circunstancia se le escape, para mejor ahondar en las profundidades del misterio... He ahí el Doctor; esa es su vocación, no ya dividida sino unificada en su virtualidad; absorberse la luz para tornarse luminoso; é iluminar también, con certidumbre plena de su misión, lejanos horizontes: tal es el representante del Don de Sabiduría.

Ésta, como el mismo Angélico Doctor nos enseña, es primeramente una virtud intelectual, por la que nos acostumbramos á juzgar de todas las cosas alzando nuestra consideración cuanto nos es

posible, desde un punto de vista divino: de manera que, mientras la *ciencia* se limita á las razones próximas, que no iluminan las cosas sino á medias; la *sabiduría* de un salto corre á buscar la explicación suprema. El científico, para explicar el orden y armonía del universo, hablará de evoluciones siderales, de órbitas, de rotación, etc., y dirá bien; mas no dará la suprema razón de la armonía. El sabio, teólogo ó filósofo, apelará á la inteligencia ordenadora de Dios, y con sólo una palabra habrá explicado todo, ya que no lo haya revelado por entero, puesto que en la raya donde la razón termina, allí empieza el misterio.

Cabalmente por esto el Espíritu Santo, «que escudriña las profundidades de Dios», por medio de un don nos asocia á su propia sabiduría. ¡Oh! ¡qué diferencia va de la virtud al don! A la verdad; ¿en qué consiste nuestra teología y filosofía, sino «en saciar la sed de nuestra ignorancia en una fuente algo más lejana?» Nosotros, los teólogos, ¿qué hacemos sino circunscribir y delinear, con mayor exactitud y más de cerca, el borde de los abismos sombríos de los misterios ó de los soles centelleantes, cuyo centro se oscurece á los humanos ojos, guiados como están por la claridad mortecina, que de la fe les llega? ¿No es esto lo que experimentan aún las almas sencillas, lo mismo que sufren las más inteligentes? Lléalos la fe como por la mano ante una muralla, donde se ven

pintados magníficos signos y letras, que anuncian los espectáculos más encantadores y sublimes que jamás se vieron; pero es de todo punto imposible agujerear la muralla que á la vista los oculta... es preciso creer; mas ver, ni por un instante, lo que de todo corazón se cree, es imposible. ¡Qué prueba tan dura para los entendimientos, tan despiertos como fieles, para quienes no creer sería más doloroso que no poder ver lo que creen!

Tú, pues, Doctor de la *Crucifixión*, ¿dónde has hallado ese ojo tan peregrino, que, fijándose en el misterio no permanece huero, ni helado, ni muerto, como el mío; que donde yo encuentro el vacío halla él una vida de imponderable grandeza, de una vida que no pudo vislumbrar el ojo de Arquímedes, cuando pronunció medio loco de alegría *εὐρηκα*, ni el de Newton al entrever por vez primera el misterio del movimiento de los cielos? ¿O es que tú, Beato Angélico, en un relámpago de tu imaginación ardiente, así has trasfigurado tu modelo?—Mas no: tú lo has visto; que tales creaciones, no se imaginan. El pintor Angélico ha comprendido al Doctor Angélico... ¡He ahí, seguramente, la clave del enigma! Pues tú, querido Tomás, que así te revelaste al alma de Fra Angélico, revélate también á nosotros por esa misma imagen tuya; á nosotros, que no tenemos miradas como las tuyas, y que tanto necesitamos ¡ay! fortificar nuestra fe con las iluminaciones de los Dones. Habla tú, que ves de claro en claro

los misterios del Hijo de Dios encarnado y en la cruz muriendo; habla, que te escuchamos. Tus ojos ¡oh vidente! serán los nuestros; y pues que ya experimentas las cosas divinas, alza un poco ese velo, que á nuestra vista encubre sus profundidades misteriosas, ante las cuales, si nuestra razón se rinde y las adora, nuestras intuiciones y racionios teológicos fracasan por entero.

Mas he aquí que las figuras del cuadro se animan, y escucho el eco de una voz, semejante al rumor de una cascada que viene á morir en el corazón de un estanque. ¡Ah! Es la voz de Tomás que me contesta, y que repite aquellas dulcísimas palabras que en otro tiempo dijo al Beato Reginaldo, su hermano querido:

Hijo mío, mira al Crucifijo. Ahí tienes á Dios, á Dios encarnado por nuestros pecados. ¿Has oído? ¡por nuestros pecados! Largo tiempo racioné como filósofo: ¡qué bello me parecía á mí ver en la Encarnación del Verbo el coronamiento del universo, la gloria de la humanidad! Mas fluctuaba entre los nuevos textos que en toda la Sagrada Escritura me mostraban la Redención como causa de la Encarnación, y esa otra idea sublime de un mundo encadenado á un sér divino, á un hombre, cuyos pies, como los nuestros, en la tierra descansarían, pero cuya cabeza mejor que la cúspide de las montañas más altas se bañaría en los inaccesibles resplandores de la Divinidad (1).

(1) S. Thom. in 3^{um} sent. dist. I.

Mas ahora, á la luz de una cruz bendita, todo se aclara, y yo veo... La Redención: he ahí el objeto, el único objeto. ¿Por qué vino la Encarnación? Por la Redención. Pues Dios no se encarnó para manifestar su potencia infinita, ni aun para dar prueba de su bondad y liberalidad divina: hízolo para que más vivamente resplandeciera su misericordia, el más inefable de sus atributos (1). Así claramente se explica aquella expresión divina: «Donde abundó el delito, sobreabundó la gracia». «Vino para salvar á los que habían perecido.» «Si, pues, el hombre no hubiera pecado, Dios no hubiera venido al mundo.» «Quitad la dolencia, quitad las heridas, y el médico no es necesario.» «¡Oh feliz culpa que nos ha merecido tener tal Redentor (2)!»—Así, que es preciso sacrificar una causa inferior á otra superior, y sacrificar también aquella idea, hermosa en realidad, pero que al cabo no pasaba de ser humana: necesito doblegar de nuevo mi inteligencia á lo que la fe me dicta: más la fe me ha dado lumbre y me ha revelado la causa más alta del misterio; antes explicaba la Encarnación como hombre: ahora veo el motivo como lo ve Dios mismo, el cual no es otro que nuestros pecados y la misericordia divina. Esto me revela esa cruz que ahí ves y por esto la miro de ese modo.»

¡Qué lección nos da el Doctor Angélico á nos-

(1) I, q. 31, a. 3.

(2) III, P., q. 1 a. 3.

otros, filósofos y teólogos demasiado *humanos*, cuando baja las alas de su entendimiento y abandona las síntesis más atractivas de su genio ante la humilde palabra del Evangelio, del Apóstol, de los santos! ¡Y qué lección aún para los simples fieles, que con amarga frecuencia juzgan de las cosas de Dios, de sus enseñanzas, del gobierno de la Iglesia y de la conducta de sus ministros, amoldándolas á las preocupaciones mezquinas de sus cerebros, que creen ilustrados, ó de sus pasiones ó de impresiones momentáneas, ó de puras fantasmagorías! ¡Ah! No, no sabemos bastante juzgar de todas las cosas, y particularmente de las de Dios, llegando á su razón más alta. Estamos harto llenos de nosotros mismos, y, si no en el fondo, al menos en la práctica real de nuestra vida, cuando juzgamos de las cosas, nos preocupamos muy poco, tal vez nada, del aspecto divino que seguramente tienen: lo cual el mismo Dios significó cuando dijo: «Los pensamientos míos no son como vuestros pensamientos, ni vuestros caminos son como los caminos míos.» A pesar de todo, sería preciso desarraigar esta costumbre de juzgar, verdaderamente funesta, lo cual, sin subir más alto, lo exige el estudio ardiente de la verdad.

Mas ¿quién nos dará luz y levantará nuestras miradas para que podamos considerar las cosas bajo el aspecto con que Dios las mira? Esta sabiduría ¿no estará reservada á seres del todo ya desprendidos de nuestras miserias y debilidades

y flaquezas, conviene á saber, á los Bienaventurados.

El mismo Santo Tomás nos abrirá de par en par su secreto. El Espíritu de Dios, dice, es el único sabedor de los misterios divinos, de los cuales podemos vislumbrar algunos perfiles con la flaca virtud de nuestro entendimiento. Mas si al Espíritu Santo pluguiera enviar sobre la pobrecita de nuestra alma un rayo, aunque fuera muy pequeño, de aquella luz fulgentísima, en cuyos senos vive sumergido ¿qué sería nuestra filosofía en comparación de él? ¿Queréis, por tanto, saber el secreto de la sabiduría? No es otro que ponerse en comunicación con el Espíritu Santo. Así dice el Apóstol: «Mas quien está unido con Dios,—conviene saber, por la caridad,—es con él un mismo espíritu» (1). Lo cual no quiere ciertamente decir que por el amor nos habemos de convertir en una misma substancia con Dios, sino que estando unidos á Él por un sentimiento vivo y profundo del corazón—aunque no á sus miserables fuerzas abandonado, sino sostenido y levantado por la mano del mismo Dios—estando así unidos, decimos, amamos sólo lo que Él ama y nos acostumbramos á una dependencia santa y constante de su querer infinito.

La cual dependencia debe conocerse sobre todo en la conformidad de nuestros juicios con los suyos. Y puesto que por nuestras débiles fuerzas no

(1) 2.^a 2 ac, q. 45, a. 2.

podemos levantarnos hasta las concepciones intelectuales de Dios, será necesario que el mismo Dios nos ayude, para mostrarnos efectivamente su amistad. En esto consiste ser un mismo espíritu con Dios, y «ser instruídos, como dice S. Juan, por la unción del Señor en todas las cosas» (1); como si más claro dijera, que el alma llena del divino amor, siéntese dulcemente afectada de una luz superior, que le da una alteza de miras, en que jamás pensó, que le borra las cataratas de su entendimiento, al cual purifica, dando á su mirada intelectual una penetración y una seguridad tan grandes, que aquella alma no cree ser ya de este mundo.

De modo semejante, el viajero que empinándose en la cumbre de una montaña elevada, mira en derredor y ve la mar embravecida y las colinas pedregosas y los bosques sombríos y las ciudades bulliciosas, siente enorgullecido su corazón y alegre con indecible gozo al verse libre, siquiera por un instante, y dominar la tierra con una sola mirada.

Por cierto, ninguna vida hay tan descansada como esa, de saludables reflexiones abundosa. ¡Cuán livianos aparecen entonces los motivos que de ordinario azuzan nuestras pasiones! El alma que de tan alto mira, hállase repentinamente engrandecida, y á la vez pacificada; indudablemente por eso debió San Agustín relacionar el Don de

(1) 2.º 2 ac. q. 45, a. 5.

Sabiduría con la Bienaventuranza de los pacíficos: «Bienaventurados los pacíficos, porque ellos serán llamados hijos de Dios» (1).

Se entiende por paz *la tranquilidad del orden*, la cual únicamente podrá conseguir y garantizar, quien vea de una sola ojeada lo grande y lo pequeño. Por donde, si alguno quiere pacificar su vida ó la del prójimo, necesita levantarse sobre sí mismo y prescindir de toda preocupación terrena para juzgar en la serena región de la verdad. ¿Cómo conseguir esto? Si hay que vivir en el mundo ¿cómo llegaremos á prescindir de nosotros mismos, levantando nuestros pensamientos? ¿Dónde está la montaña, desde cuya cima podamos de una sola vista contemplar los altibajos de la vida propia ó ajenas?

Esta montaña es Dios, que lo domina todo, por su naturaleza: sólo, pues, aquellos pueden á su vez dominarse y juzgar la unidad y grandeza de sus miras, á quienes el mismo Dios comunicase sus adorables juicios. Por esto precisamente se nos presenta en su Evangelio el Hijo de Dios, hecho hombre, con una expresión maravillosa de dominio y de paz. Es un Sabio: júzganos con pensamientos distintos de los nuestros, pensamientos que deja escapar como sin hacer caso y que fueron, no obstante, manantial fecundo donde los sabios de todos los tiempos bebieron profundas reflexiones. Mas con su cetro dominador no nos

(1) 2.^a 2.^{ac}, q. 45, a. 6.

aplasta: ni ha cortado la caña tronchada, ni ha extinguido la mecha que humea todavía...; es pacificador, como también es sabio. La divinidad, que hay en El, sírvele como de una cumbre, desde donde ve y aprecia en su justa verdad los motivos de nuestras luchas y contratiempos, de donde hace irradiar el orden, la tranquilidad y la paz en las almas, que creen en su palabra divina. Tal es el modelo.

Y también es la recompensa, pues el mismo Jesús dijo: «Bienaventurados los pacíficos, porque ellos serán llamados hijos de Dios.» Indudablemente, los *sabios* de este mundo participarán de aquel dominio inteligente y sereno, de aquel orden tranquilo, que son los caracteres más vivos de la fisonomía del Hijo de Dios: así lo pregonarán todos los hombres extrañados de tan notable parecido.

Ved aquí á Santo Tomás de Aquino. Entre todos los teólogos ¿quién hay que en la multitud innumerable de juicios que acerca de las cosas divinas y humanas formuló toda su vida; quién hay, digo, que haya hecho mayor caso de la más encumbrada de las causas, ateniéndose en lo posible al mismo pensamiento de Dios? ¿Quién fué más sabio con la sabiduría que viene del Altísimo? ¡Ah! Pero ¡qué figura intelectual más serena, y qué vida más pacífica y qué obra más pacificadora!

No; después del Evangelio y del Apóstol no hay lectura que produzca en el alma tan viva impre-

sión de la tranquilidad en el orden, como la producen los escritos del Doctor Angélico. Jesús ve: Santo Tomás raciocina; he ahí la diferencia, en realidad inmensa. Mas todavía entre ambos espíritus se nota—¿me atreveré á decirlo?—se nota parentesco. Las marcas de fábrica, como si dijéramos, del Evangelio son: sencillez y profundidad, universalidad y delicadeza en los detalles, sublimidad y condescendencia; todas las cuales hallamos también en las obras de Santo Tomás, en grado menor, sí, pero eminentísimo. ¿No se habrá cumplido en este caso la ley general que formuló el Espíritu Santo cuando dijo: «Quien á Dios se adhiere, se hace un mismo espíritu con Él»? Y aquella semejanza tan viva entre la inteligencia clara y la figura serena del Angélico Doctor con la fisonomía intelectual de nuestro divino Salvador: ¿será el cumplimiento de aquella promesa de felicidad y de ventura, que hizo á los sabios, cuando dijo: «Bienaventurados los pacíficos, porque ellos serán llamados hijos de Dios»?



IX

LOS DONES DEL ESPÍRITU SANTO

EN EL

PURÍSIMO CORAZÓN DE MARÍA



IX

LOS DONES DEL ESPÍRITU SANTO EN EL PURÍSIMO CORAZÓN DE MARÍA

¡Salve Regina! Tal es el grito que brota con más gozo y entusiasmo cordial de los hijos del gran Sto. Domingo. Al caer de la tarde teníanlo en los labios los santos y santas de nuestra Orden: María es su Reina, su Reina espiritual. Mas ¿qué dones y qué prerrogativas serán garantía suficiente de su realeza, á no ser los dones magníficos del Espíritu Santo?

Escogióla entre todos el Divino Consolador para que reine, por su corazón inflamado en caridad supereminente, sobre las almas en quien mora el mismo Espíritu Santo enamorándolas é inflamándolas con los carismas de su amor. En cada uno de los Santos de nuestra Orden hemos procurado hacer resaltar y aun personificar, un Don del Espíritu Santo. En María no debemos obrar de la misma manera. Como Esposa que es del Paráclito celestial, le corresponde participar de la plenitud de sus dones: y en hecho de verdad todos brillan

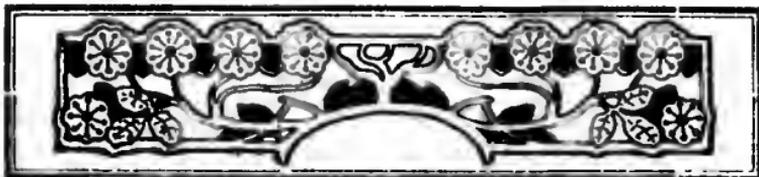
en su corazón inmaculado y despiden lucientes resplandores que forman en torno suyo aureola de gloria incomparable. Vosotros, Santos y Santas de la Orden de Predicadores, adornados cada uno con el brillo de algún don especial, doblad vuestra rodilla, y saludad á nuestra Reina: ¡*Salve, Regina!*

Deseando San Bernardo penetrar los misterios del inmaculado Corazón de María, se pregunta con ansiedad cómo podrá sondear sus misteriosas profundidades; y le parece encontrar una guía que enderece sus pasos en aquella expresión del Evangelio: El hombre de bien, del buen fondo de su corazón saca buenas cosas. Para lo cual hace notar que el Evangelio mismo cuenta exáctamente las siete palabras que habló la Virgen María. Dos veces habló con el ángel, otras dos con su prima Sta. Isabel, otras dos con su Divino Hijo y una sola con los que servían en las bodas de Canaám. Tales son, exclama el Doctor melifluo, los siete actos de su amor que nos abren y nos entregan su tesoro; estas son las siete llamas de su corazón. La primera es del amor que desune; la segunda, del amor que transforma; la tercera, del amor que comunica; la cuarta, del amor que se alegra; la quinta, del amor que se tranquiliza; la sexta, del amor que se compadece; y la séptima del amor ya consumado (1).

(1) *Serm. IX de Visitazione*, Oficio del Purísimo Corazón de María; lecciones del 2.º Nocturno — Pongamos el texto latino, para que

Estas notas características de los grados de amor, que en el corazón inmaculado de María habemos distinguido, creemos que admirablemente corresponden á los distintos dones del Espíritu Santo; si bien el orden, que entre aquellos estableció S. Bernardo, por lo mismo que es susceptible de perfeccionamiento, no habremos de seguirlo por entero: y así, la «llama» del amor que se alegra, *amoris jubilantis*, que corresponde al cántico *Magnificat* y que S. Bernardo pone en cuarto lugar, nosotros la pondremos en el último, para que esta maravillosa canción, que nació del corazón ardiente de María, sea la postrera de sus palabras. De todos modos, apenas se podría encontrar un fundamento más auténtico para hablar de las operaciones misteriosas que en el corazón de la Sacratísima Virgen obró el Espíritu Santo, que las palabras de Ella, consignadas en el Evangelio. Vamos, pues, á meditar para descubrir sus secretos.

mejor se alcance su inteligencia.—«Distinguamus igitur per ordinem has septem flammam amoris, verborum Virginis benedictae—Prima est flamma amoris separantis. Secunda, amoris transformantis. Tertia, amoris communicantis. Quarta, amoris jubilantis. Quinta, amoris separantis. Sexta, amoris compatientis. Septima, amoris consummantis.»



PRIMERA PALABRA: DON DE TEMOR

«El ángel le dijo: ¡Oh María! no temas, porque has hallado gracia en los ojos de Dios: Sábete que has de concebir en tu seno y parir un hijo, á quien pondrás por nombre Jesús. Pero María dijo al ángel: ¿Cómo ha de ser eso? pues yo no conozco ni jamás conoceré varón alguno.»

S. Luc. I, 30—34 (1).

«¡Oh María!, no temas.» Estas palabras del ángel nos abren el camino y enderezan nuestros pasos. Turbóse la Virgen á la vista del mensajero celestial, y estaba pensando entre sí lo que aquella salutación podría significar: «¡Oh María!, no temas, porque has hallado gracia en los ojos de Dios.» Y el ángel va desplegando ante la Virgen, el cuadro magnífico de las grandezas divinas. María parirá un Hijo: Jesús será grande, y se llamará Hijo del Altísimo: le dará el Señor Dios el trono de David su padre, y reinará en casa de Jacob para siempre, y su reino no tendrá fin. La cual embajada sólo hace que la Virgen aumente su temor, el cual, según nos indica su respuesta, es el temor

(1) Para los textos seguiremos la traducción española del Ilustrísimo Sr. Amat.

de una hija de Dios, de una casta doncella, que inspirada por el Espíritu Santo tenía hecho voto perpetuo de virginidad; y por esto, para agradar de todo en todo á su Criador, había dado un adiós eterno á toda esperanza mundana. Su respuesta es el grito del amor que desune, ó lo que vale tanto, es el grito del temor filial, que obliga al Justo á separar y alejar de sí cuanto pueda distraerle de Dios: «¿Cómo ha de ser eso? pues yo no conozco ni conoceré jamás varón alguno.»

Bienaventurados los pobres de espíritu, porque de ellos es el reino de los cielos. María es pobre de espíritu, pues de todo bien terreno se despojó, incluso de aquella esperanza que hacía palpitar el corazón de las hijas de Israel, induciéndolas á mirar la virginidad como un oprobio: por lo cual María renuncia al matrimonio y espera permanecer virgen, aún después que el ángel le anuncia su maternidad. Del propio modo en Ella va á tener exacto cumplimiento la Bienaventuranza prometida á los pobres de espíritu, verdaderamente temerosos de Dios. En Ella está el reino de los cielos, pues Jesús, el monarca soberano de su reino, acaba de encarnarse en sus entrañas.





SEGUNDA PALABRA: DON DE FORTALEZA

«El ángel en respuesta le dijo: El Espíritu Santo descenderá sobre tí, y la virtud del Altísimo te cubrirá con su sombra ó fecundará. Por cuya causa el fruto santo que de tí nacerá, será llamado Hijo de Dios... Porque para Dios nada es imposible.

Entonces dijo María: He aquí la esclava del Señor, hágase en mí según tu palabra.

S. Luc. I. 35—38.

¡Qué transformación! A la inquietud vacilante y ansiosa ha sucedido la confianza absoluta, la resolución de entregarse sin reserva á Dios, que todo lo puede, que apartando todos los obstáculos nos conduce con seguridad á fines, que de todo punto se escapaban á nuestras fuerzas. ¿Cómo llegar á ser Madre sin perder su virginidad? El ángel le contesta: Para Dios nada es imposible. A lo cual dijo María: He aquí la esclava del Señor, hágase en mí según tu palabra. Este es el grito del amor que transforma, esto es, del Don de fortaleza. «A veces, dice el Doctor Angélico, el Espíritu Santo mueve el ánimo del hombre, para que llegue al

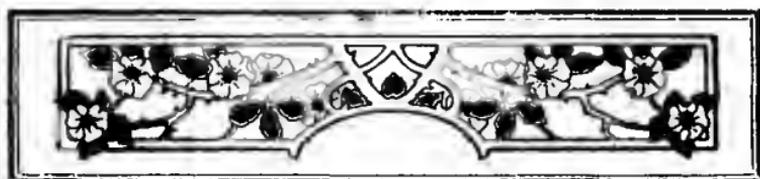
cabo de toda obra empezada, y escape todos los peligros que le amenacen; lo cual excede á la naturaleza humana, pues con harta frecuencia no está en manos del hombre, conseguir el fin de su obra, ni escapar los males ó peligros, puesto que á veces le oprimen hasta matarle.—Mas el Espíritu Santo obra aquella acción en el hombre, cuando le encamina á la vida eterna, que es el fin de todas las obras buenas, y la perfecta huída de todos los peligros: de lo cual se produce en el alma una confianza tan honda, que excluye todo contrario temor. Y según esto se pone la fortaleza entre los dones del Espíritu Santo» (1). Estas palabras del Sto. Doctor son un comentario literal de la transformación que se produjo en María. Completamente turbada había dicho. ¿Cómo será eso? El ángel le responde: la virtud del Altísimo te cubrirá con su sombra; para Dios nada es imposible. Entonces inspirada por el espíritu de fortaleza, pronuncia con valor aquella palabra heroica: He aquí la esclava del Señor, hágase en mí según tu palabra!

Bienaventurados los que han hambre y sed de justicia, porque ellos serán hartos. Esta es la Bienaventuranza que, según S. Agustín, corresponde al Donde Fortaleza. María tuvo verdaderamente hambre y sed de justicia ya que, aun en presencia de tan alta dignidad como se le prometía, viendo cumplirse en Ella la grande esperanza de Israel,

(1) Summa theol. q. 139, a. 1, c.—(Trad. directa del texto latino.)

mantuvo, sin embargo, los derechos de la virginidad que á Dios tenía prometida. Y por esto se ve ahora bienaventurada, harta de justicia: parirá al Mesías y permanecerá Virgen. El santo Niño que de Ella nacerá, será llamado Hijo de Dios. ¡Oh dichosa y bienaventurada María, siempre Virgen y Madre de su Dios!





TERCERA PALABRA: DON DE PIEDAD

«Por aquellos días partió María, y se fué apresuradamente á las montañas de Judea á una ciudad de la tribu de Judá: y habiendo entrado en la casa de Zacarías, saludó á Elisabet. Lo mismo fué oír Elisabet la salutación de María, que la criatura ó el niño Juan dió saltos de placer en su vientre; y Elisabet se sintió llena del Espíritu Santo. Y exclamando en alta voz, dijo á María: Bendita tú eres entre todas las mujeres, y bendito es el fruto de tu vientre.»

S. Luc. I, 39—42.

María saludó á Isabel. Cuál haya sido la salutación, no lo dice el Evangelio; mas fué indudablemente la expresión del amor que se comunica, que sólo desea compartir la felicidad y el bien que posee. Efectivamente; ved cuán presto se comunica, pues el hijo de Isabel, figura de la humanidad entera, salta de gozo en el vientre de su madre, la cual también es llena del Espíritu que vive en María. Este Espíritu que palpita en la salutación de la Virgen á Sta. Isabel, no es otro que el Espíritu de piedad, lo cual es un don divino que nos inspira reverenciar no solamente á Dios,

como Padre de la familia cristiana, mas también á toda esta familia y á cada uno de los individuos que la componen, cumpliendo con fidelidad los deberes que tengamos para con ellos, y haciéndoles participantes de la fidelidad que poseamos. Pues esto fué cabalmente lo que movió á la Santísima Virgen á cruzar montañas pedregosas y visitar con toda prisa á su prima Sta. Isabel para prestarle su asistencia y alegrar su corazón con la presencia del bendito de Israel, que llevaba en su vientre; y para santificar anticipadamente al Precursor, como anuncio de la santificación futura de la humanidad entera, la cual reconoce el Don de Piedad que á María inspira su visita, cuando por boca de Isabel le dirige estas palabras admirables: «Bendita tú eres entre todas las mujeres, y bendito es el fruto de tu vientre. Y ¿de dónde á mí tanto bien que venga la madre de mi Señor á visitarme? ¡Oh bienaventurada tú que has creído! porque se cumplirán sin falta las cosas que se te han dicho de parte del Señor.» Sí, feliz, bienaventurada María!

Las bienaventuranzas evangélicas, según Santo Tomás, se disputan el honor de atraer á sí el Don de Piedad, sin duda porque el ejercicio de este Don va siempre acompañado de un cortejo numeroso de prácticas buenas y excelentes deseos. Bienaventurados los mansos porque ellos poseerán la tierra; Bienaventurados los que han hambre y sed de justicia, porque ellos serán hartos; Bienaven-

turados los misericordiosos, porque ellos alcanzarán misericordia. Parece que el acto del Don de Piedad está formado de cuanto hay mejor en estos tres dones: mansedumbre, justicia y misericordia. De todo lo cual *vemos efectivamente ejemplos admirables* en la Visitación de Nuestra Señora; porque dulzura destila su saludo, como el recibimiento de Isabel lo testifica; y su visita es un acto de justicia, pues con ella cumple un deber; y la santificación del niño Juan obra es que respira misericordia. Por esto, podéis verla al mismo tiempo poseedora de la tierra por la santificación que en ella produce, harta de justicia por el gozo que su visita proporciona, y viendo en ella confirmada la misericordia del Señor por el nuevo testimonio, que á su felicidad añade la profecía de Isabel: «¡Oh bienaventurada tú que has creído! porque se cumplirán sin falta las cosas que se te han dicho de parte del Señor.»





CUARTA PALABRA: DON DE CONSEJO

«Tres días después se celebraron unas bodas en Caná de Galilea, donde se hallaba la madre de Jesús. Fué también convidado á las bodas Jesús con sus discípulos. Y como viniese á faltar el vino, dijo á Jesús su madre: *No tienen vino.* Respondióle Jesús: *Mujer, ¿qué nos va á mí y á tí? aun no es llegada mi hora.* S. Juan- II, 1-4.

«No tienen vino» ¡Qué confianza tan grande de la Madre en el Hijo se descubre en esta expresión lacónica!—María no le importuna, ni siquiera le pide; como conoce á fondo el corazón de su Hijo, se contenta con exponerle los sentimientos del suyo, propios del corazón de un ama de casa y á la vez de una invitada, que se conmueve al ver el disgusto que se van á llevar los dueños cuando sepan el accidente. *No tienen vino*: tal es el consejo, dicho con disimulo, de una madre, que tan bien conocidos tenía el corazón y la omnipotencia de su Hijo, en los cuales descansaba del todo: *Flamma amoris soporantis*.⁴ ¿Quién pudo inspirarle un impulso tan insinuante y á la vez tan firme, tan digno de Dios á quien se dirige, pues Dios es á quien se atreve á aconsejar, y don-

de tan claros se ven sus derechos de Madre? ¡Ah! Si alguna vez se comunicó el consejo como don á un mortal, fué ciertamente en este caso. ¿Qué hombre hay que por sí mismo pudiera hallar la fuerza persuasiva de un consejo parecido? ¿No vemos en él, por el contrario, la acción de una prudencia aconsejada con miras mucho más altas, dirigida por el Consejero divino?

Bienaventurados los misericordiosos, porque ellos alcanzarán misericordia. A primera vista parece que María no alcanzó misericordia, pues le dice Jesús: «Mujer, ¿qué nos va á mí y á ti? aun no es llegada mi hora.» Pero esto no es más que una apariencia. Saben muy bien las que son madres que bajo las exterioridades de aparente desdén y frialdad, con que sus hijos mayores contestan á sus insinuaciones, algo se oculta que no está frío; pues, aunque en nombre de la razón sus hijos les opongan resistencia, tienen ya su corazón rendido. La Virgen no se engaña: inspírale su corazón misericordioso que obtendrá piedad para aquellos seres afligidos; y, dirigiéndose á los sirvientes, les dice que hagan cuanto les mande su Hijo: el milagro se cumple.—Prevaleció su consejo, porque en hecho de verdad, era el consejo del amor, que el Dios de las misericordias le inspiraba. Dichosa fué María y bienaventurada por haber sido misericordiosa en este caso; pues que Ella alcanzó misericordia.



QUINTA PALABRA: DON DE CONSEJO

«Respondióle Jesús: Mujer ¿qué nos va á mí y á tí? aun no es llegada mi hora: *Dijo entonces su madre á los sirvientes: Haced lo que él os diga...* Díjoles Jesús: Llenad de agua aquellas hidrias. Y llenáronlas hasta arriba. Díceles después Jesús: Sacad ahora en algún vaso, y llevadle al maestresala. Hiciéronlo así. Apenas probó el maestresala el agua convertida en vino... llamó al esposo y le dijo: Todos sirven al principio el vino mejor; y cuando los convidados han bebido ya á satisfacción, sacan el más flojo; tú al contrario has reservado el buen vino para los últimos »

S. Juan, II, 4—10.

«Aún no es llegada mi hora, dice Jesús.» Mas la hora de María llegó, y Ella lo sabe; porque es cualquier hora en que el hombre tropiece con obstáculos, ó gima sumido en el disgusto ó en la miseria. Sí; María conoce todos nuestros sufrimientos y amarguras, desde la pequeña punzada de amor propio que puede sufrir quien la invitó al convite, al ver que ya no tiene más que dar á sus convidados, hasta las terribles amarguras que pueden comprometer gravemente nuestra vida.

Todo esto sabe María; pero no se contenta con saberlo: en su corazón arde la llama del amor compasivo—*flamma amoris compatientis*; y por esto dice á los sirvientes: Haced lo que él os dirá. ¿Quién le inspira este atrevimiento? ¿Cómo osa decir esas palabras, que ya suponen llegada la hora de su Hijo? Mayormente acabándole de decir el mismo Señor: «Aun no es llegada mi hora.» Es que el Espíritu Santo ilumina su alma con una ciencia superior: es que tras aquella expresión, dura al parecer: *Mujer ¿qué nos va á mí y á ti?* entrevé Ella inspirada por el Espíritu Santo, el corazón de quien muy pronto dirá: *Compadézcome de las turbas, Misereor super turbam.*

Bienaventurados los que lloran porque ellos serán: consolados. He aquí la bienaventuranza que S. Agustín hace corresponder al Don de Ciencia, y no le falta razón, puesto que, cuanto mejor se conoce el mundo, tanto más se ve lleno de tristezas y miserias y pecados. El corazón tierno de María entrevió la amargura de las penas humanas en el disgusto que se iba á llevar el dueño de la casa; ese disgusto bien mirado apenas merecía consideración, pero basta muy poco á quien es inspirado por el Don de Ciencia. En cuanto María conoce las desgracias, no puede menos de llorar con los que lloran. ¡Cuánta ternura encierran estas palabras: No tienen vino! Mas ved cuán presto quiere remediar el mal, cuando dice: Haced lo que os dirá. Y el agua se convierte en vino; y la ansie-

dad que yá iba clavando sus uñas en el corazón del triste anfitrión, sírvele ahora de más contento y alegría. Y cuando éste se dirigiera al esposo, que nada sospechaba, y le dijera: Tú, al contrario de todos, has reservado el buen vino para lo último; ¿qué lengua podrá explicar el gozo que inundaría el corazón de la Virgen y el consuelo que con las dichas palabras recibiría? Bienaventurados los que, alumbrados por el Don de Ciencia, lloran, porque ellos serán consolados!





SEXTA PALABRA: DON DE INTELIGENCIA

«Al cabo de tres días de haberse perdido, le hallaron en el Templo, sentado en medio de los doctores, que ora les escuchaba, ora les preguntaba. Y cuantos le oían quedaban pasmados de su sabiduría y de sus respuestas. Al verle, pues, sus padres, quedaron maravillados. Y su madre le dijo: *Hijo ¿por qué te has portado así con nosotros? Mira cómo tu padre y yo llenos de aflicción te hemos andado buscando.* Y él les respondió: *¿Cómo es que me buscabais? ¿No sabíais que yo debo emplearme en las cosas que miran al servicio de mi Padre? Mas ellos por entonces no comprendieron el sentido de su respuesta. Enseguida se fué con ellos, y vino á Nazaret: y les estaba sujeto. Y su madre conservaba todas estas cosas en su corazón.*

S. Lucas, II, 46-52.

Al leer este sagrado texto, alguno se maravillará de que en él veamos retratado el Don de Inteligencia, cuando hallamos frases como esta: «Hijo, ¿por qué te has portado así con nosotros?» ó esta otra: «Mas ellos no comprendieron el sentido de su respuesta»; en los cuales en verdad que no aparece muy clara la inteligencia. Pero es que no hemos leído ese texto hasta el fin, que dice: «y su

madre conservaba todas estas cosas en su corazón», en las cuales palabras resplandece maravillosamente la obra peculiar del Don de Inteligencia.

Para encontrar una cosa es preciso buscarla; y para recibir, fuerza es que pidamos. En el *Cantar de los Cantares*, donde siempre los santos vicron simbolizada la unión perfecta del alma con su Dios por una encendida caridad, leemos frases que pintan muy al vivo la angustia y solicitud del alma que perdió á su amado, y los encuentros de dulcísima ternura, momentáneos á veces, á veces seguidos de una posesión tranquila y sosegada. María es la Esposa de los Cantares, y su Amado es Jesús, á quien conoce por el Espíritu de inteligencia, que descendió sobre Ella el día de su Anunciación. Pero mientras vivimos en este mundo miserable el Don de Inteligencia no excluye la oscuridad de la fe. A veces el alma, por un impulso vivísimo del corazón, ve de repente á su amado, pero al instante se le esconde, dejándola sumida en un mar de desconsuelo; entonces quiere retornarlo á recobrar y le busca con ansia indefinible.

Busqué al que ama mi alma;
Busquéle y no le hallé:
Levantarme he agora; y cercaré por la ciudad,
Por las plazas y lugares anchos
Buscaré al que ama mi alma;
Busquéle y no le hallé.
Encontráronme las rondas que guardan la ciudad;
Pregunteles: ¿Vistéis por ventura al que ama mi alma?
A poco que me aparté de ellos

Anduve hasta hallar al que ama mi alma;
Asile y no le dejaré... (1)

Con esta paráfrasis simbólica por guía, es preciso leer nuestra exposición. El Don de Inteligencia no excluye ni aún en María el que por el momento no se comprenda el objeto mismo á que se refiere. Más aún, lo exige en cierto modo, para despertar en el alma un ansia vehemente de buscarle, y hacer más vivo el afecto de su corazón por la ausencia del Bien amado, la cual atice y vueiva más ardiente la llama de su amor. *Flamma amoris consummantis*, ¿Visteis por ventura al que ama mi alma? dice entonces la Esposa á las rondas que guardan la ciudad: y María dice á su Hijo: Mira cómo tu padre y yo llenos de aflicción te hemos andado buscando.

Jesús en su respuesta alude directamente á su paternidad divina; mas ellos no lo comprendieron, como añade el Evangelio. José y María no entendieron por el momento el sentido de la respuesta: pero la Virgen nos lo ha manifestado, guardando todas estas cosas en su corazón; del propio modo que la Esposa, dejadas atrás las rondas ó patrullas de la ciudad, halló por fin á quien anaba su alma. Esto no quiere decir que María llegara á *comprenderlo* todo, supuesto que era imposible. Pero lo que hace es mucho mejor, pues *ve*; y ve con los ojos del corazón, que si no excluye la oscuridad, le dan sin embargo un conocimiento más

(1) Cantar de los Cantares, III, 1-4 (Trad. de Fr. Luis de León).

inmediato y de mayor certidumbre, que todas las claridades de la evidencia. María no comprende, es verdad; mas inspirada por el Espíritu Santo experimenta, siente la dicha de ser Esposa del Padre eterno, que es el Padre de su Hijo, y de ser la Madre de este Niño que ya se emplea en las cosas que miran á su Padre. María siente todo esto; lo ve vivo en el fondo de su alma, y allí, en su corazón, lo guarda religiosamente.

Bienaventurados los limpios de corazón porque ellos verán á Dios. El corazón de María es immaculado, es la limpieza misma; sólo el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo son sus amores: sólo vive de la contemplación de los más profundos misterios de la Divinidad. Ved ahí por qué es Bienaventurada.





SÉPTIMA PALABRA.—DON DE SABIDURÍA

Magnificat anima mea Dominum.

S. Lucas, I. 46-55.

El *Magnificat* es el cántico sublime de María, y como dice S. Bernardo, es la llama del amor que se alegra, *flamma amoris jubilantis*, es la voz que nace del seno más oculto del corazón donde reina Dios en absoluto; el cual corazón ve en todas las cosas, así en las que se refieren á su vida particular, como en las que intervienen en el gigantesco desarrollo de la historia de la humanidad, el dedo del Altísimo, que es en su concepto, la única realidad tan inmensa como firme, escondida tras los velos y envolturas de estas cosas de humo. En Dios y por Dios vivimos, nos movemos y somos: por lo cual el corazón que esto siente de veras, y mira todo cuanto sucede por el prisma de esta suprema causa, profunda é infinita á la vez; quiere entrar en comunicación con la sabiduría que al mundo rige, para identificar sus miras y caminos con las miras y caminos de ella. No es imposible esta identificación; antes bien es de muy fácil cumplimiento, pues nadie es capaz de impedir-la, ya que estas ansias y inspiraciones nacen de su caridad, cuyo gobierno tiene el Espíritu Santo.

Desde este punto existe ya el Don de Sabiduría, propio de los pacíficos que *sienten* de verdad estar con ellos Dios, el supremo Gobernador del mundo, y por eso llenos de entusiasmo, quisieran infiltrar el mismo sentimiento en todos los ámbitos del universo mundo. Este mismo Don de Sabiduría es el que inspira á la Virgen Santísima cuando, después de haber comunicado á Isabel el Espíritu Santo que en su alma vivía, y después de haber saltado de gozo en el vientre de su madre el niño Juan, figura de la humanidad, desahoga su corazón entonando este sublime cantar cuyas palabras son heraldos y predicadores del amor de Dios, que en su alma ardía; este cantar es la última palabra del purísimo corazón de María:

Alaba y engrandece
A su Dios y Señor el alma mía:
Y en mi espíritu crece
El gozo y la alegría
En Dios mi Salvador, en quien confía.

Y por que se ha dignado
Mi baja condición mirar clemente,
Mi nombre celebrado
Será de gente en gente
Llamándome dichosa eternamente.

El poderoso y pío,
Que santo es su renombre y su ornamento,
Ha obrado en favor mío
Maravillas sin cuento
Que exceden todo humano entendimiento.

Y su grande clemencia
Se extenderá propicia eternamente
A toda descendencia,
con tal que toda gente
Le doble la rodilla reverente.

De fortaleza y brío
Armó su brazo excelso, poderoso,
Y confundió al impío
Soberbio, presuntuoso,
En sus designios vano y orgulloso.

De la encunbrada silla
Derribó al poderoso y engreído:
Y á la plebe sencilla
Del estado abatido
Hasta el solio de gloria la ha subido.

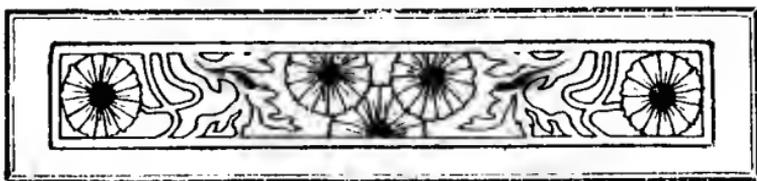
Colmó al necesitado
De bienes soberanos con largueza,
Y al rico confiado
En su falaz riqueza
Dejó vacío en mísera pobreza.

En gracia ha recibido
A Israel, recordando su clemencia:
Como hubo prometido
A la antigua creencia
A Abraham, y su larga descendencia.

Al Padre sea gloria
Al Hijo y al Espíritu cantada
En eterna memoria:
Como siempre fué dada,
Y será *por los siglos tributada*. (1).

(1) Cántico del *Magnificat* traducido por el Mtro. Fr. Diego González. (1733-1794).

LOS DONES EN EL CIELO



LOS DONES EN EL CIELO

Pentecostés Dominicano

«La Ciudad de Dios, aquella celestial Jerusalén, no es bañada por las aguas de algún río semejante á los nuestros, sino por las corrientes de las aguas, que nacen de la fuente de la Vida, que es el Espíritu Santo, con cuyas goticas acá nos saciamos: mas aquellos celestiales espíritus beberán de lleno, y se hartarán con la corriente más abundosa de sus siete espirituales dones.» (1)

Con estas palabras afirma S. Ambrosio la permanencia, y describe la abundancia de los dones del Espíritu Santo en el cielo. Las virtudes morales no tienen en la gloria razón de ser, pues á la fe sucede la clara visión, y á la esperanza la posesión: estas virtudes desaparecen con la vida terrena: sólo permanece la caridad, siendo en el fondo la misma; pero infinitamente más viva, más ardiente, pues no se alimenta su llama con la oscura lumbre de la fe, sino viendo cara á cara aquella Hermosura eterna, en quien resplandecen todas las hermosuras.

(1) San Ambrosio: *De Espíritu Santo*, I, I, cap. XVI, citado por Santo Tomás 1.^a 2.^{ae} q. 63, a. 6. *Sed contra*.

La caridad permanece: lo cual quiere decir que el Espíritu Santo sigue habitando en el corazón del Bienaventurado; sólo que en lugar de ser, como era aquí, semejante al peso alejado de su centro de gravedad que no descansa y halla doquier mil maneras de tropiezos, será entonces como el peso ya llegado á su término, que ni se menea, ni le inquietan obstáculos, y hace que el cuerpo á quien anima permanezca fijo en equilibrio perdurable. Y si entonces reina el Espíritu Santo mejor que nunca en el corazón del Bienaventurado, también los dones seguirán rigiendo su nueva actividad. Pero realmente, ¿para qué estos dones? Ya lo tenemos dicho; para tornar el alma dócil á la moción del *Espíritu Santo*; la cual docilidad nunca tendrá cumplimiento más acabado que en la Patria, cuando *Dios será todo en todas las cosas*, y cuando el hombre estará sometido á Dios por completo. (1)

Pero, dado caso que los dones subsistan en el cielo, todavía el campo donde su acción se desarrolla ha de sufrir modificaciones muy hondas. Pues no hay allí que buscar los desfallecimientos *que aquí sufre la esperanza*, ni los vetos con que la fe nos tapa los ojos, para oír y no ver los misterios de Dios.

No tienen allí lugar las precipitaciones que turban la seguridad y el acierto de nuestros consejos, ni las ignorancias y tropiezos que la mortificación

(1) 1.^a 2.^a, q. 68, a. 6. c.

se encarga de coronar en este mundo; no hay allí obras de misericordia que cumplir, ni adversidades que soportar, ni retoña ya el orgullo para tenerlo que ahogar con temores saludables... Todo esto se acabó; y estas dificultades, para cuyo vencimiento tanto nos ayudaban los Dones, se desvanecieron ya por entero. Razón por la cual dice San Gregorio Magno, que algo hay en los Dones del Espíritu Santo, que *desaparece* con el estado presente de la vida. Pero enseguida añade que *algo permanece*, lo cual no será ciertamente la fruición menos gloriosa de dichos dones. El Don de Sabiduría, en efecto, sigue llenando el alma del bienaventurado de divinas certidumbres: y el Don de Inteligencia la ilumina más que nunca; hínchela el Don de Consejo de satisfacciones racionales; el Don de Fortaleza la nutre con el dulce bocado de una confianza perdurable, mientras el Don de Ciencia derrama en ella las claridades de conocimientos profundos; el Don de Piedad le inspira sentimientos generosos de viva gratitud; y finalmente por el Don de Temor recibe más contentamiento en la felicidad presente, acordándose de las tempestades y peligros de que escapó tan felizmente.

*
**

La primera en recibir la impresión de los dones así transformados es la Virgen María. Los santos miramientos y la decisión valerosa de la Anunciación, el saludo misericordioso de la Visitación,

el consejo compasivo y la ciencia de las intenciones de su Hijo en las bodas de Caná, el silencioso recogimiento ante el misterio de la divina Paternidad de Jesús, la exaltación del *Magnificat*... todo, todo esto se ve reflejado todavía en su corazón y dibujado en su rostro, pero de un modo sin comparación más sorprendente; pues aunque María es siempre la Virgen de las siete Palabras del Evangelio, pero lo que entonces permanecía oculto, como sucede casi siempre al mérito verdadero, resplandece ahora de lleno en lleno, y los velos que encubrían su corazón ya se rasgaron, dejando ver la espléndida belleza de sus sentimientos. ¡Oh María, piadosa Madre! ¡qué bien pareces con esos atavíos! ¡Cuán hermosa estás! *¡Tota pulchra es!*

Mas he aquí que la Virgen abre su manto azul como el cielo, pues cielo es que rodea al mundo de su protección bienhechora; y bajo ese manto, como pajaritos cobijados bajo las alas de su madre, se ven nuestros santos colocados en el lugar preferente, como se los enseñó á nuestro bienaventurado P. Santo Domingo, en una visión consoladora.

*
*

Mirad: ¡Santo Domingo! Ya no es el Sto. Domingo de la *Crucifixión*, aquel sabio que postrado de hinojos ante la cruz, mojaba el suelo con sus lágrimas, llorando los pecados y miserias de los hombres, que le hacían ver tan al vivo el Don de Ciencia. Es el Santo Domingo de la *Coronación*,

con aquella estrella tan linda centelleando en su frente, y aquella cara llena de resplandores, teniendo la vista fija en el Dios tres veces Santo, para sondear en su mismo origen divino el misterio de la salvación del mundo, con una serenidad ya imperturbable que causa en su alma la clarividencia del cuidado con que Dios atiende á la salud de los pecadores. Detrás de él, mirad á su hijo predilecto, á S. Jacinto, apóstol de un pueblo que más tarde había de ser mártir; al Santo bendito, que vela sin cesar sobre el Este de Europa; y de cuyos labios brota continuamente una plegaria por la nación, tan infeliz ahora, que le hubo sido confiada á su celo evangélico. Mirad cómo participa de la alegría serena de su Padre: es que ve de claro en claro aquel eterno decreto, en virtud del cual la sangre de los mártires es semilla de cristianos. En su frente centellea también una estrella, imagen de la de nuestro querido Padre, y símbolo también de su destino, que es dar vueltas al rededor de la gran estrella dominicana. En el manto de la Reina de nuestra Orden ya hemos descubierto la primera constelación.

*
* *

Santa Catalina de Sena, Santa Inés de Montepelliciano, Santa Rosa de Lima y Santa Catalina de Riccis: he ahí un grupo escogido, donde las claridades de la inteligencia y los centelleos del temor filial y la lumbre suave de la piedad y los ardores confortantes de la fortaleza juntan sus armonías

tan distintas, y forman con ellas concierto indefinible, que siembra en dulzuras el alma.

Cuando en una noche tranquila de invierno, va un viajero bordeando las playas arenosas del mar, en cuyas aguas se miran, reflejándose, las estrellas, si de lo alto de un promontorio se para á contemplar la hermosura de aquel manto recamado de tan preciosos diamantes, de tantas estrellas y luceros que tiemblan silenciosos como si estuvieran en oración, verá tal vez levantarse de repente en el oscuro confín del horizonte, un grupo traperoidal de cuatro estrellas, que poco á poco se remonta, bañando de claridad suavísima aquella banda del cielo; la primera de todas es una estrella de primera magnitud, sobremanera hermosa. Es la *Espiga* de la Virgen, seguida del cortejo espléndido de las otras tres que forman la constelación llamada *Virgo*. No de otro modo se presentan á nuestra vista Santa Catalina de Sena y sus tres bienaventuradas hermanas; y así, destacándose en el fondo azul oscuro del manto de nuestra Reina, descubrimos una segunda constelación.

*
* *

En el cielo hay estrellas, como Sirio, de resplandores purpúreos, de luz roja, de llamaradas de sangre. Con esta manera de resplandor brillan á su vez nuestros mártires San Pedro de Verona y San Juan de Colonia. En sus ojos refléjase la fortaleza, no de quien está apercebido para el com-

bate, sino propia de quien, vencido ya el enemigo, disfruta tranquilamente los frutos de la dulce paz. Acuérdense de los esfuerzos que desplegaron en su martirio, y sonríen como si se tratara de un juego ya pasado; y es porque ahora ven claramente cuánta razón tenían para no temer, viendo, como ven, tan de cerca y en su mismo origen la fortaleza que les sostenía en la lucha, que es la Omnipotencia del Vencedor Eterno. De este modo en el cielo del manto de la Virgen brilla con resplandores purpúreos la tercera constelación.

*
**

Vienen ahora los santos dominicos, que fueron apóstoles por antonomasia. De su alma desaparecieron ya aquellos temores y sobresaltos, á la verdad terribles, que S. Pablo expuso en estas palabras: «No sea que habiendo predicado á los otros, venga yo á ser reprobado.» Cesaron ya los dolores; terminaron de «cumplir en su carne lo que resta que padecer á *Cristo en sus miembros, sufriendo trabajos* en pro de su cuerpo *místico*, el cual es la Iglesia.» Lucen allí con magníficos resplandores las glorias de dos apóstoles españoles: San Vicente Ferrer y San Luis Beltrán, que se dividieron ambos mundos para encender en ellos la llama del Evangelio. No tiene ya San Vicente aquel aspecto aterrorizador, ni San Luis está ya aterrorizado, porque ambos contemplan eternamente ante sus ojos el océano inmenso de la misericor-

dia divina. Estos santos ¿no podrían formar en el manto azul de María una cuarta constelación?

*
**

¡Gloria á la Trinidad Beatísima, que ya apareció la constelación de los Doctores! La santa y simplícsima Esencia de Dios fué siempre el objeto de sus amores de antes. Con qué ansia, con qué sudores, con qué constancia querían escudriñar, mientras vivían, las maravillas de su grandeza! De su corazón brotaba este cántico: «Por tí, ¡oh Señor!, somos entregados cada día en manos de la muerte: somos tratados como ovejas destinadas al matadero.» Su mesa de estudio era el altar del sacrificio: y el trabajo intelectual harto oscuro que ponían al servicio de la Fe, era su mortificación. Pero ahora ¡oh! con qué claridad ven lo que antes con tanto ahinco estudiaron! ¡Oh San Raimundo y San Antonino, qué mirada tenéis ahora tan centelleante, tan viva, tan devoradora! ¡y con qué avidez se alimenta viendo aquella suma de todos los bienes! Pero ¿qué lumbré es aquella tan inefable, que detrás de vosotros resplandece, como formada por llamas de oro? Todo el manto de la Virgen iluminado está con vivísimos resplandores; y no hay una constelación en este cielo divino que no bañe en ellos su luz. Es Santo Tomás de Aquino, arrebatado en éxtasis; allí se ve en el último lugar como en la *Crucifixión* de Fra Angélico: sus ojos abiertos del todo, como abismos sin fondo, dejan penetrar de lleno en lleno los torrentes de luz que

hacia él vienen de la Trinidad Beatísima. La gloria de Dios se engolfa en los profundos senos de su inteligencia y de allí desciende á su corazón y lo inflama, de donde brotan aquellos fuegos y llamas resplandecientes que brillan como soles y son causadores de aquel incendio: que si no fuera esta la causa verdadera, bien se podría creer que un sol llevaba escondido en el pecho, como cantó el poeta:

Sol inmortal irradia de su pecho.

Por esto en el manto azul de la Virgen Santísima resplandece como un sol la quinta constelación dominicana.

*
* *

Pero, dejadas á parte todas estas estrellas de primera magnitud, no creáis que el cielo del manto de nuestra Madre, permanece apagado y muerto: llénale de cabo á cabo una luz difusa, y el ojo que fijamente le contemple, lo verá resplandecer por doquiera con el brillo de infinitas estrellas diminutas; y ciertamente no se engaña, puesto que en el fondo mismo del azulado manto de la Virgen reina la vida, la vida gloriosa que le dan una multitud innumerable de almas dominicanas, de las cuales no pocas aun á simple vista se pueden distinguir: tales son los protectores de nuestra Orden, nuestros Beatos y Beatas, y todos nuestros hermanos y hermanas, que desde Santo Domingo murieron en el ósculo del Señor: vienen después

todos los hermanos y hermanas de nuestra Orden Tercera, cuyo corazón latió siempre al unísono del nuestro; y nuestros bienhechores asociados á nuestros sufragios, oficialmente ó no, poco importa, supuesto que lo fueron á nuestras obras y por tanto á nuestros méritos; y después viene el ejército innumerable de los devotos del Rosario, y de los cofrades del Santísimo Sacramento, del Nombre de Jesús, de la Milicia angélica; y después todos los doctores que han seguido nuestra doctrina «de la cual tanto bien han merecido», como los hijos de Sta. Teresa y su misma Madre, entre otros muchos; y finalmente la incalculable muchedumbre de almas salvadas por nuestras predicaciones y plegarias y mortificaciones y demás obras buenas. Así, por todo el cielo dominicano, se extiende una claridad simpática, una luz consoladora, una animación intensa, que hace sobresalir más el resplandor de los astros de primera magnitud. De modo semejante, en una noche serena, bañando el cielo con su luz blanquecina, por entre cuyos fulgores se destacan y se mueven las grandes constelaciones, se ve, cubriendo la esfera azul del firmamento, la faja brillante, la vía láctea.

*
* *

Almas santas, almas piadosas, almas dominicas: sobre vosotras se extiende el manto de vuestra Madre. ¿Por qué no seguir de una vez con docilidad las inspiraciones del Espíritu Santo, que enal-

teció á María hasta hacerla su Esposa, y por cuyo valimiento y ayuda lograron triunfar nuestros Santos?

«No habéis recibido, os diré con S. Pablo, el espíritu de servidumbre para obrar todavía solamente por temor como esclavos, sino que habéis recibido el espíritu de adopción de hijos, en virtud del cual clamamos con toda confianza: *Abba*, esto es, ¡oh Padre mío! Y con razón: porque el mismo Espíritu de Dios está dando testimonio á nuestro espíritu de que somos hijos de Dios. Y siendo hijos, somos también herederos: herederos de Dios y coherederos con Jesucristo, con tal, no obstante, que padezcamos con Él, a fin de que seamos con Él glorificados» (1). Si me replicáis, que no sabéis lo que hacer para eso, ni por dónde comenzar, os contestaré que dejéis obrar al Espíritu Santo, pues Él se encargará de conducirnos, como lo testifica el mismo Apóstol por estas palabras: «El Espíritu Divino ayuda á nuestra flaqueza; pues no sabiendo siquiera qué hemos de pedir en nuestras oraciones, ni cómo conviene hacerlo, el mismo Espíritu hace ó produce en nuestro interior nuestras peticiones á Dios con gemidos que son inexplicables. Pero Aquél que penetra á fondo los corazones, conoce bien qué es lo que desea el Espíritu; el cual no pide nada por los santos, como no sea según Dios» (2).

(1) Epíst. á los Romanos. VIII, 15-17.

(2) Id., V, 26-27.

Así, pues, cuando se celebre todos los años la fiesta de Pentecostés, aniversario de aquel día sublime en que el Espíritu Santo descendió sobre el mundo y tomó posesión de él, entrad dentro de vosotros mismos, replegad las alas de vuestro corazón, y reflexionad seriamente, en presencia de la Virgen María, Esposa del Espíritu Santo, y de todos los santos de nuestra Orden, que fueron sus confidentes, sus amigos, sus fieles discípulos; y cuando estéis así recogidos, pedid á ese Espíritu consolador, que habita en vosotros, que interponga su valimiento en vuestro favor, que interceda por vosotros con uno de esos inefables suspiros que obtienen de Dios la santidad.

Ven, Espíritu Santo;
Y envíanos del cielo
Los rayos de tu luz.....

Eibl. Noviciado Dominicano.



INDICE DE MATERIAS

Páginas

Censura y aprobación	5
INTRODUCCIÓN: Dones del Espíritu Santo: su objeto	9
I.—Los Dones del Espíritu Santo y la vi- da sobrenatural.	31
II.—Don de temor: <i>San Luis Beltrán, San Vicente Ferrer, Santa Rosa de Lima.</i>	49
III.—Don de Fortaleza: <i>Santa Catalina de Ricci, San Juan de Colonia, San Pe- dro Mártir.</i>	59
IV.—Don de Piedad: <i>Santa Inés de Monte- policiano; San Pio V, San Raimundo de Peñaafort</i>	73
V.—Don de Consejo: <i>San Antonino de Flo- rencia</i>	87
VI.—Don de Ciencia: <i>SANTO DOMINGO DE GUZMÁN, San Jacinto de Polonia.</i>	103
VII.—Don de entendimiento: <i>Santa Cata- lina de Sena</i>	119
VIII.—Don de Sabiduría: <i>Santo Tomás de Aquino.</i>	135
IX.—Los siete Dones del Espíritu Santo en el Purísimo Corazón de María	149
Los Dones en el Cielo: <i>Pentecostés domi- nicano</i>	175
